

ANA DELSO

**TRESCIENTOS
HOMBRES Y YO**



Anna Delso o Ana Camello García, nacida el 20 de octubre de 1922 en Andújar, provincia de Jaén (España), fue una activista libertaria, anarcosindicalista y miembro feminista de la organización Mujeres Libres, primero en España hasta el final de la guerra civil y luego en Canadá.

Ocupó la Secretaría de dicha organización en Vilanova i la Geltrú durante la contienda, y la de Solidaridad Internacional Antifascista (SIA) ya en el exilio.

En este fragmento autobiográfico, nos narra sus vivencias en Francia tras la guerra civil.



Ana Delso

Nº 48-AA 0786

Trescientos hombres y yo

ESTAMPA DE UNA REVOLUCIÓN

Fundación **Anselmo Lorenzo** Testimonios / 6

Ana Delso

TRESCIENTOS HOMBRES Y YO

Estampa de una revolución



Ana Delso a sus 66 años

Traducción del francés de Antonia Ruiz Cabezas

Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo

<https://fal.cnt.es/>

Madrid, 1998

Colección Testimonios/6

Edición digital: C. Carretero

Cubierta de esta edición: Mayo-junio de 1936 Francia. Imagen perteneciente a “las huelgas felices”.

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Contenido

PREFACIO

I. EVOCACIÓN

II. TRESCIENTOS HOMBRES Y YO

III. LA RESISTENCIA

EPÍLOGO. TREINTA Y SIETE AÑOS DESPUÉS

*A mi hermano Miguel
y a mi nieta Nathalie*

*Yes I am a prisoner
fear not to relay my crime.
The crime is loving the foresaken.
Only silence is shame.*

Bartolomeo Vanzetti, compañero de Nicola Sacco

RÉQUIEM POR UNA APÁTRIDA

Dime
Dime un país
El más grande
O el más pequeño
Por el que nunca se haya
Reprimido la libertad de alguien
Escarnecido la dignidad de alguien
Por el que nunca se haya
Vertido la sangre de alguien
Por el que nunca se haya
Explotado a alguien
Por el que nunca se haya
Hecho llorar a alguien
Dime
Dime qué país es
¡Y le haré mío!

REQUIEM POUR UNE APATRIDE

Nomme-moi/Nomme-moi un pays/Soit-il le plus grand/Ou le plus petit/Pour lequel on n'ait jamais/Réprimé la liberté de quelqu'un/Bafoué la dignité de quelqu'un/Pour lequel on n'ait jamais/Répandu le sang de quelqu'un/Pour lequel on n'ait jamais/Exploité quelqu'un/Pour lequel on n'ait jamais/fait pleurer quelqu'un/Nomme-moi/Nomme-moi ce paysdà/Et je le ferai mien!

Estas memorias son una aportación a la memoria colectiva del pueblo español. Las revoluciones, no son los teóricos quienes las hacen, sino las personas anónimas, los que y las que luchan, se batien y mueren. La mayoría de los teóricos se parecen en realidad a los generales, mueren en la cama.

He querido, con mis propias palabras, palabras sencillas, contar una revolución, la mía, a la que, como persona anónima, he contribuido, así como la historia de un puñado de gente que un día quiso ser libre.

Es en cierta forma mi diario de a bordo. Habiendo perdido el original debido a las circunstancias, he intentado reconstruirlo lo mejor que he podido. A pesar del tiempo transcurrido, más de cincuenta años ya, he vuelto a vivirlo con la misma intensidad y emoción.

El día que el general Franco logró la victoria sobre el gobierno legal de la República española, el Papa Pío XII le hizo llegar el telegrama siguiente:

«Elevando nuestra alma a Dios, le damos las gracias sinceramente a vuestra Excelencia, por la victoria de la España católica.»

Pío XII

PREFACIO

La historia de Ana Delso tiene como trama la supervivencia, el valor y el amor. Se trata ciertamente de la historia de su propia vida, pero es a su vez la de cientos y miles de otros revolucionarios y refugiados que abandonaron la España franquista en los años que siguieron a la Guerra Civil española. Esta autobiografía es un testimonio de supervivencia tanto física como espiritual y, ante todo, de esperanza tenaz en un mundo mejor. Es, igualmente, una historia de amor, el amor de Ana por Dioni y, más tarde, por su hija, un amor vivificante tanto para los que lo sienten como para las personas de su entorno.

Esta obra muestra cómo se creó y fortaleció una red de personas, agrupadas en condiciones angustiosas, cómo lograron no sólo sobrevivir, sino también, ayudarse mutuamente y preservar sus creencias. En fin, no es la vida de una gran líder la que se nos cuenta, sino la de una mujer como tantas otras en la que aprendemos a reconocer, a lo largo de su relato, un ser «ordinario que sale de lo ordinario». Así se describe Ana, con la abnegación que la caracteriza: «No soy más que una entre tantas otras mujeres de esa inmensa legión de personas anónimas que lucharon, sufrieron, murieron en las cárceles de Franco y que hicieron esta revolución que fue un vivo

ejemplo de lucha encarnizada contra el fascismo, la religión y todas las formas de opresión [\(1\)](#)».

No se pueden leer las memorias de Ana sin que nos impresione el poder de sus convicciones, su empeño (y el de otros) en vivir y en proseguir la lucha que permitirá concretar su visión anarcosindicalista de una sociedad colectivista más igualitaria. Demasiado numerosos son, sin embargo, los que de mi generación (e incluso de la suya) ignoran el contexto subyacente de este relato autobiográfico. Lo que nos lleva a preguntarnos de dónde se puede extraer un compromiso tan profundo como el descrito en estas páginas; o en nombre de qué, estas gentes —desposeídas, exiliadas, abandonadas por el resto del mundo, por así decir— han persistido en creer, luchar, esperar. Para responder a estas cuestiones es preciso tener una idea de lo que fue la Guerra Civil española y los años de organización revolucionaria que la precedieron.

Lo que la mayoría de los norteamericanos conoce de la Guerra Civil española se puede resumir en dos nociones lapidarias. Algunos la perciben como una primera etapa de la lucha que enfrentaba la democracia al fascismo. Extraen esta conclusión del hecho de que Hitler y Mussolini aportaran una ayuda masiva a Franco, aprovechando la ocasión para experimentar las técnicas y estrategias de guerra (incluidos los bombardeos intensos a ciudades, de los que hace mención Ana) que utilizarían a una mayor escala en el transcurso de la II Guerra Mundial. Otros, sobre todo en los Estados Unidos, ven en ella una batalla entre los «rojos» y los fascistas. Esta noción parece estar validada por el apoyo que el Partido Comunista prestaba a las Brigadas Internacionales que acudieron en ayuda de la España republicana a finales de 1936. No obstante, no fue la lucha entre la democracia y el fascismo lo que generó la determinación y el

coraje que se manifiestan tan claramente en estas páginas. Se inspiran más bien en un empeño revolucionario que tenía como objetivo la creación de una nueva sociedad más igualitaria. Así, mientras las milicias y los militares republicanos se enfrentaban a los soldados rebeldes en los campos de batalla, los aldeanos y el proletariado de la España republicana emprendían una revolución social de gran envergadura. Implantaron un sistema de autogestión industrial en toda Cataluña y en buena parte de las regiones industriales de Castilla y Valencia. Reajustaron el sistema de distribución de la tierra y la producción agrícola en las regiones rurales de Aragón, Castilla y Valencia. En fin, modificaron totalmente el modo de vida cotidiano y las relaciones sociales en su tentativa de dar cuerpo a esa visión colectiva de inspiración anarquista que se había desarrollado en España en el transcurso de los setenta años precedentes.

No podría, en unas cuantas páginas, detenerme en cada jalón de la Revolución, como tampoco podría analizar los diversos impulsos que animaron a los hombres y mujeres que tomaron parte en la Guerra Civil [\(2\)](#). Debo, pues, contentarme, por una parte, con intentar describir la naturaleza de los empeños anarquistas y socialistas revolucionarios que dieron lugar a esa conmoción social, y, por otra, situar la Revolución y la represión subsiguiente en su más amplio contexto internacional. Espero así poder ofrecer un bosquejo de la naturaleza de los compromisos que el coraje, la pasión y la lealtad que animan esta obra han engendrado, así como un resumen de los acontecimientos que son descritos en estas memorias.

¿Qué estaba en juego en la Guerra Civil española? En 1936, España era un país desunido [\(3\)](#). Las diferencias eran en parte políticas, las provincias del centro del país, dominadas por una burocracia cada

vez más obstructiva y por grandes terratenientes que favorecían un gobierno fuerte y centralizado en Madrid, contaban con el apoyo de la Iglesia Católica y de un ejército con un gran número de oficiales. Estos grupos provocaban la hostilidad de los movimientos regionalistas, anarquistas y socialistas que tenían mayor fuerza en las regiones exteriores (los movimientos regionalistas más activos estaban concentrados en las provincias vascas y Cataluña; el movimiento anarquista tenía sus raíces en Cataluña y Andalucía, mientras que los socialistas eran fuertes sobre todo en Asturias y Castilla).

Otro punto de desacuerdo era la economía. Efectivamente, la economía española (suponiendo que se la pudiera llamar así) había conocido un desarrollo muy irregular. La Cataluña industrializada tenía poco en común con las comarcas agrícolas, de débil rendimiento, de la Galicia rural. Las pequeñas fincas de Aragón estaban a años luz de las grandes propiedades de Andalucía y Extremadura. Los hombres de negocios bien establecidos en los centros financieros del País Vasco y Cataluña apenas si valoraban lo que consideraban una Administración central parásita.

Esta escisión económica era causa de división y confrontaciones sociales importantes en numerosas zonas de España. Las relaciones entre los terratenientes de Andalucía y los trabajadores, en su mayoría migratorios y sin tierras, eran tensas y hostiles desde hacía generaciones. Esta hostilidad fue el origen de un movimiento anarquista fuerte y militante, miles de obreros y sus familias se levantaron y emprendieron la lucha en favor de la redistribución de las tierras y de la instauración de un orden social más justo [\(4\)](#). En la zona industrial de Cataluña, las relaciones entre trabajadores y empresarios no eran menos precarias. Los obreros trabajaban en

condiciones insalubres y en espacios reducidos, no tenían voz (o muy poca) en lo que concernía a su salario o a las horas y condiciones de trabajo; muchos de ellos apenas si tenían para ir viviendo. Ana nos señala, por ejemplo, que casi no había ido a la escuela, que tenía doce años cuando entró en el mercado laboral y que ganaba un salario de miseria como aprendiz en la industria textil. Su experiencia se correspondía plenamente con la de otras jóvenes de su época y clase social. La vida de los hombres seguía una curva semejante, excepto que, como hoy en día, las categorías de trabajo industrial a las que tenían acceso eran más numerosas [\(5\)](#).

Como ya he mencionado, sobre estas divisiones sociales y económicas fueron sentadas las bases de una organización social de gran envergadura. Los anarquistas y los anarcosindicalistas, que eran muy fuertes gracias al apoyo que procedía de las regiones rurales de Andalucía y de los sectores industriales de Cataluña, se habían dedicado a la organización de los trabajadores desde 1869. La aparición del socialismo no tuvo lugar hasta algunos años más tarde, pero esta ideología ganaba numerosos adeptos, sobre todo en Andalucía y en las regiones centrales de España.

Sin embargo, el esfuerzo de organización de la clase obrera, sobre todo en lo que concierne a los anarquistas, aspiraba a bastante más que la simple sindicación de la masa de trabajadores. La CNT (Confederación Nacional del Trabajo) se consagró a la creación, en numerosos pueblos y barrios, de escuelas y centros culturales (ateneos) situados en lugares improvisados (en almacenes, por ejemplo). Ofrecía también a los obreros y sus familias la posibilidad de aprender a leer y escribir, a reunirse, a hacer excursiones a la montaña o al mar, y acceder a la cultura de la que habían sido privados hasta entonces. En varios municipios, los sindicatos de la

CNT pusieron en pie «escuelas racionalistas» [\(6\)](#), centros educativos no tradicionales, no jerarquizados, fuera del seno de la Iglesia, donde se escolarizaba a niños y niñas e incluso a algunos adultos, y que servían igualmente de centros culturales. A fin de favorecer aún más los contactos sociales y políticos entre los jóvenes, existía el movimiento de las Juventudes Libertarias, el cual, como da testimonio Ana, servía de marco para la socialización de las ideas anarquistas, ofreciendo al mismo tiempo un entorno de compañerismo y solidaridad. Cuando estalló la Guerra Civil, la CNT y la UGT (Unión General de Trabajadores) contaban cada una entre ochocientos cincuenta mil y un millón de miembros, todos fervientes partidarios de la organización del medio de trabajo y (en el caso de los anarcosindicalistas) de la comunidad misma, como medio de acceder a una sociedad más igualitaria. La existencia misma de estas importantes organizaciones y el alcance de sus intervenciones constituían una amenaza para la autoridad tradicional de empresarios y propietarios, así como para el Ejército y la Iglesia.

Después de largos años de monarquía «constitucional» autoritaria, tras la dictadura de Primo de Rivera (1923-1929), en 1931, España se convirtió en una República. Pero esta República, casi accidental, estaba desprovista de bases sociales serias; su creación no se debía más que a la abdicación del rey Alfonso XIII tras la victoria aplastante de los candidatos republicanos en las elecciones municipales. De 1931 a 1933, España fue gobernada por una coalición poco sólida de republicanos de centro y centro-izquierda que deseaba socavar el poder de la Iglesia, del Ejército y de los numerosos terratenientes, pero que dudaba en iniciar una política firme por miedo a alienar totalmente a estos grupos y provocar un golpe de Estado militar. De lo que resultaba que los trabajadores de la industria y los obreros agrícolas que continuaban viviendo en una miseria casi total

estuvieran cada vez más frustrados con este statu quo, mientras que los tradicionales detentadores del poder (los militares, la Iglesia y los terratenientes) se resistían a las restricciones que les eran impuestas. De 1933 a 1935, una nueva administración, de centro-derecha esta vez, tomó las riendas del gobierno. Pero a pesar de levantar muchos de los interdictos que habían afectado a las fuerzas tradicionales, y de reprimir aún más las actividades revolucionarias de izquierda, esta nueva administración fue incapaz de asegurar la paz social. El escrutinio de febrero de 1936 llevó al poder a un gobierno de Frente Popular que incluía en su programa liberar a los presos políticos y favorecer la instauración de un sistema social más igualitario. Pero el pasado pesaba demasiado en la balanza; una vez más, las reformas preconizadas por la Administración no fueron lo suficientemente lejos como para satisfacer a los obreros, aunque eran demasiado osadas como para complacer a las fuerzas de derecha. A golpe de apropiaciones de tierras por parte del pueblo y asesinatos políticos, que contaron con víctimas en los dos bandos, la atmósfera se envenenó, provocando un desequilibrio social y político. Cuando el 18 de julio de 1936, cuatro generales intentaron dar un golpe de Estado, los lazos que mantenían unida a la sociedad española estaban ya sueltos.

Pero los generales habían calculado mal. Contrariamente a lo que había sucedido durante los numerosos pronunciamientos militares que se habían producido durante todo el siglo XIX, el control del país no iba a serles entregado automáticamente. Esta vez las organizaciones obreras de muchas ciudades reunieron a sus miembros y a otros ciudadanos, tomaron por asalto los depósitos de armas y rechazaron a los soldados rebeldes. Así, Franco y los otros generales se encontraron con que eran los amos de menos de la mitad del territorio nacional, aunque les apoyaban la gran mayoría

de los militares y de la policía y disfrutaban de una potencia de tiro superior. Este fue el principio de una guerra civil sangrienta que escindió al país.

Esta guerra fue el resultado de las disensiones y conflictos sociales de los años anteriores. Con su rebelión, los generales pretendían restablecer un gobierno más autoritario, acabar con los sindicatos, meter en cintura a los agitadores sociales y restaurar el poder político y social de la Iglesia Católica. Pero, quizás paradójicamente, esta rebelión desencadenó una revolución social sin precedentes. A pesar de haber sido advertido de una tentativa de golpe de Estado, el gobierno republicano se negó a proporcionar armas a las organizaciones obreras (sin duda por temor a que se volvieran contra él). Así, se encontraría sin defensa ante el levantamiento del ejército. Los obreros armados rechazaron a los insurrectos y la administración central no tardó en perder sus poderes en favor de los sindicatos. Las organizaciones obreras comenzaron a organizar milicias populares encargadas de luchar contra los militares, a formar patrullas con el fin de mantener el orden público en las calles de las ciudades y a crear tribunales populares para reemplazar a los anteriormente existentes.

Estos cambios tuvieron repercusiones en la vida social y económica del país, así como sobre su estructura. En las regiones rurales de Castilla, Valencia, Andalucía, Aragón y Cataluña, los agricultores arrendatarios, los aparceros y los jornaleros tomaron las tierras que habían estado trabajando durante años (muchos propietarios habían huido); los pequeños agricultores pusieron en común tierras y ganado para después reestructurar el régimen de propiedad y poner en funcionamiento un sistema de explotación agrícola colectiva. En las zonas industrializadas de Cataluña y

Valencia, los sindicatos se hicieron cargo de la dirección de las fábricas y crearon empresas autogestionadas de diversos tipos. La industria forestal de Cataluña es un ejemplo de ello, los sindicatos colectivizaron todos los elementos de producción, desde la tala de la madera hasta la venta al por menor de los productos terminados, pasando por las diversas etapas de transformación de la materia prima. Los sindicatos de la madera, de panadería..., cerraron las instalaciones pequeñas, poco rentables e insalubres, para construir en su lugar nuevas fábricas, mejor equipadas (en el caso de la industria de la madera, por ejemplo, se instaló una piscina y un centro de ocio para uso de los obreros). A menudo, se instalaban en las fábricas guarderías y otros servicios colectivos. Sería falso, no obstante, decir que estos cambios se efectuaron sin oposición. Aún así, durante los primeros meses de la guerra, la vida social fue objeto de profundas modificaciones, de las que Ana nos habla en la primera parte de sus memorias [\(7\)](#).

Otro elemento de este gran fresco de la revolución social fue la importante evolución de las relaciones entre hombres y mujeres, tema que se repite de forma constante en las memorias de Ana. En el movimiento anarquista español, hacía tiempo que se había entablado el complejo diálogo sobre la «problemática de las mujeres», y un gran número de las esperanzas y de las tensiones que esta cuestión creaba vinieron a añadirse a los sentimientos que salieron a la luz durante los meses, léanse los años, que duró la Revolución [\(8\)](#). ¿Qué papel serían llamadas a jugar las mujeres en el seno del movimiento revolucionario? ¿Qué lugar ocuparía la emancipación femenina en el proyecto revolucionario? Aunque más o menos todos los anarquistas coincidían en admitir que las mujeres españolas eran manifiestamente víctimas de la opresión (los salarios de éstas eran por lo general bastante inferiores a los de los hombres,

se les otorgaba un status de subalternas tanto en el hogar como en el trabajo, la tasa de analfabetismo femenino era netamente más elevado y disfrutaban de poca libertad en el plano social), no se llegaba a un consenso sobre las medidas a adoptar para atajar esas desigualdades. Algunos afirmaban que las mujeres debían esperar a que triunfara la revolución antes de exigir sus «derechos», mientras que otros sostenían que era preciso incorporar estas cuestiones al programa anarquista, y que el triunfo de la revolución igualitaria presuponía la integración previa de las mujeres en las organizaciones revolucionarias.

Como lo subraya claramente Ana, la puesta en práctica de este compromiso en favor de la igualdad de sexos dejaba a menudo mucho que desear. Como me contaron otras mujeres de la generación de Ana, demasiados de estos hombres, «anarquistas de la calle», se volvían «el hombre de la casa» cuando entraban en sus hogares, porque rechazaban o no llegaban a conciliar sus aspiraciones socialistas igualitarias con su comportamiento hacia sus compañeras o sus hijos. La revolución social permite, no obstante, ampliar el papel de las mujeres en muchos aspectos. Trabajaron al lado de los hombres en las industrias recientemente colectivizadas (e incluso en la producción agrícola colectivizada), y, como lo describe Ana cuando habla del caso de Vilanova i la Geltrú, jugaron un papel muy activo en la gestión de su medio laboral.

En otro plano, unos grupos de mujeres fundaron Mujeres Libres, una organización que nació en Barcelona y Madrid y que se desarrolló muy deprisa en toda la España republicana. Esta organización tenía por objetivos la capacitación de la mujer y su liberación del «triple yugo de la ignorancia, el sistema capitalista y la dominación masculina» [\(9\)](#). La misma Ana hizo mucho por la

implantación de esta organización en Vilanova, donde, entre otras cosas, los miembros se ocupaban del bienestar y la instrucción de muchos de los niños evacuados a esa ciudad en el transcurso de la guerra. Por otra parte, Mujeres Libres colaboraba con los sindicatos a fin de poner en funcionamiento programas de formación que permitieran a las mujeres trabajar en las fábricas, donde reemplazarían a los hombres que marchaban al frente. Los miembros de Mujeres Libres elaboraron todo un abanico de programas de alfabetización y escolarización de adultos, iniciaron cursos de puericultura y salud materna y organizaron sesiones de animación destinadas a las obreras con el fin de que éstas pudieran tomar conciencia de su propia voz y adquirir la costumbre de hablar en público, ¡principalmente en las reuniones sindicales! Ciertamente, Ana no fue la única en maravillarse del alcance y la calidad de la intervención femenina durante este período, cualquiera que fuera su fuente, Mujeres Libres u otra.

Estas memorias tratan en gran parte de los años que siguieron a la Guerra Civil, cuando la revolución social había sido aplastada hacía tiempo (primero por los ejércitos de la República y luego por el régimen de represión brutal instaurado por Franco) y cuando la España revolucionaria no era más que un recuerdo, una esperanza. Ya durante el avance de las tropas franquistas (y una vez la guerra terminada), los anarquistas y los socialistas fueron especial objeto de una enorme brutalidad. Centenares, miles, fueron masacrados en redadas gigantescas; otros miles languidecieron en las cárceles de Franco por la sola razón de haber sido identificados como anarquistas. El miedo, engendrado por años de represión, permaneció profundamente anclado en la población. En 1977 visité España para comenzar mi investigación sobre la Revolución; a pesar de que Franco había muerto ya, mucha gente temía aún contar sus

recuerdos de esa época [\(10\)](#). Llegué a la conclusión de que para comprender mejor la frustración de la posguerra era preciso no sólo tener en cuenta la Guerra Civil en sí, sino también el contexto de la derrota republicana. De este contexto aún queda por explorar un aspecto (y me refiero tanto al contexto de la guerra como de la derrota): se trata de su dimensión internacional. Cuando estalló la Guerra Civil, en el verano de 1936, Hitler se había adueñado ya del poder en Alemania. Terminó en la primavera de 1939, poco antes de que la invasión de Polonia por Alemania desencadenara oficialmente la II Guerra Mundial. El clima político internacional de la época influyó ampliamente en el desenlace de la Guerra Civil española. Los que, se pensaba, eran los «aliados naturales» de la República — Inglaterra, Francia (esta última tenía incluso un gobierno de Frente Popular) y los Estados Unidos— querían evitar a la vez indisponer a Hitler y Mussolini y otorgar su ayuda al gobierno «rojo» español. Adoptaron, pues, una política «neutralista», negándose a vender armas a la República e implantando incluso un embargo sobre la venta de material juzgado de utilidad «estratégica». Esta política fue aplicada, de todas formas, de manera bastante aleatoria: durante toda la guerra, y a pesar del pretendido embargo, el gobierno rebelde de Franco se las arregló, de una manera u otra, para abastecerse de aceite y gasolina en sociedades comerciales americanas. Por su parte, Hitler y Mussolini hicieron saber de forma nada ambigua que no tenían la menor intención de respetar las disposiciones del infame «pacto de No Intervención» que ambos habían firmado en agosto de 1936. En el transcurso de los años que siguieron, aprovisionaron a los rebeldes franquistas de armas, material de guerra y tropas y les proporcionaron apoyo aéreo masivo. La República, en la práctica, se encontraba aislada y abandonada. Sin el apoyo de México, y, a partir de octubre de 1936,

de la Unión Soviética, Madrid hubiera podido caer en manos de los insurrectos antes de finales del 36. Hagamos notar, sin embargo, que el apoyo soviético, que fue sin duda un elemento crucial de la resistencia continua contra la rebelión, afectó igualmente al desenlace de la revolución social y, según algunos, de la guerra misma [\(11\)](#). En efecto, la URSS estaba preocupada por las repercusiones internacionales de esta guerra: si Stalin era partidario de una estrategia de tipo «frente popular» era porque deseaba captar al Occidente capitalista para su lucha contra el fascismo. Tenía, pues, interés en minimizar (e incluso ocultar) el aspecto revolucionario de la Guerra Civil española a fin de convencer a Occidente de que se trataba solamente de una guerra en la que se enfrentaban la democracia y el fascismo.

A medida que la guerra se prolongaba, el apoyo soviético se convirtió cada vez en más esencial para la supervivencia de la República española, lo que tuvo como resultado un reforzamiento de la influencia del Partido Comunista (que no contaba en el comienzo de la guerra más que con tres mil adherentes) sobre la política republicana. En el mes de noviembre de 1936, los anarquistas se vieron obligados a elegir entre formar parte del Gobierno o verse privados de armas. Desdeñando sus principios, aceptaron cuatro puestos ministeriales con la esperanza de proteger los logros de la Revolución. Pero ya en mayo de 1937 se hizo evidente que los anarquistas y los revolucionarios estaban acorralados. Unos grupos, liderados por comunistas, atacaron la Central Telefónica de Barcelona (dirigida por la CNT), provocaron batallas en las calles que duraron varios días y consiguieron finalmente la derrota de los anarquistas (y, en consecuencia, la dimisión de sus cuatro ministros).

En el mes de agosto del mismo año, columnas móviles, con comunistas a la cabeza, desfilaron por Aragón desmovilizando cientos de propiedades colectivas agrícolas. Cada vez más, los reglamentos administrativos ponían trabas a la autonomía de las industrias colectivizadas. En el frente, a menudo, no se proporcionaban armas a la milicia anarquista o no se ponían a su disposición más que armas anticuadas o de mala calidad. Existen informes de que tropas comunistas actuaban de común acuerdo para aislar a los combatientes anarquistas e incluso para tenderles emboscadas. Ana cree que su hermano cayó en una trampa de esta clase en el frente de Aragón, víctima de lo que ella llama «el terror rojo». Este fue el desencadenamiento de la contrarrevolución que tuvo como resultado la desmoralización de los anarquistas y otros revolucionarios sociales y que, quizá, convenció a muchos otros para que abandonaran la lucha de una vez por todas.

El aislamiento de la República y de los hombres y mujeres que habían combatido el fascismo español se prolongaría bastante más allá de los años que duró la contienda. Este aislamiento ocupa un gran lugar en la obra de Ana. Mientras las tropas franquistas se acercaban a Barcelona en las primeras semanas de 1939, miles de españoles se dirigieron hacia el norte y la frontera francesa. No esperaban quizá ser recibidos como héroes, pero al menos esperaban encontrar asilo bajo la protección de un gobierno de frente popular que estaba a su vez enfrentado a los fascistas franceses. Como explica Ana con tanta angustia, el recibimiento fue muy diferente. De mala gana, los franceses abrieron el paso fronterizo a esos miles de refugiados que habían llegado hasta allí a pie o en carro desde Barcelona y las ciudades circundantes y que, en su éxodo, habían tenido que afrontar la nieve, el granizo y los ataques intermitentes de la aviación franquista. Sus problemas no

acabaron al otro lado de la frontera, ni mucho menos. Una vez en Francia, la mayoría de ellos se vieron de inmediato internados en campos situados a lo largo de la costa mediterránea, donde provistos de un mínimo de mantas y con raciones estrictas de agua y alimentos, se vieron obligados a afrontar bajo las tiendas los rigores del invierno y los calores del verano. Cuando Francia entró en la II Guerra Mundial, se empezó a sacar a los españoles de estos campos para integrarlos en equipos de trabajo bajo control militar a fin de que reemplazaran a los obreros franceses en las minas, las fábricas y, en la época de la cosecha, en las granjas. Ana y sus compañeros se vieron así movilizados a finales de 1939, y es su experiencia en un equipo de trabajo bajo control militar lo que nos cuenta de forma tan convincente en su libro [\(12\)](#).

Durante la ocupación alemana de Francia, gran número de refugiados españoles vivieron en el temor constante de ser transferidos. Efectivamente, muchos refugiados españoles cayeron en manos de la Gestapo y fueron enviados a campos de concentración alemanes. Para Ana el futuro era aún más incierto, puesto que había abandonado sin autorización el lugar que le había sido asignado y no poseía, en consecuencia, documentos de identidad. Nos cuenta las numerosas ocasiones en las que se libró de ser detenida gracias a la ayuda, bien de compañeros, refugiados españoles, bien de franceses, desconocidos la mayor parte de las veces, que le ofrecían cama y comida a pesar de los peligros que eso comportaba. Nos cuenta también con la discreción y modestia que la caracterizan, cómo se convirtió en mensajera de la Resistencia francesa, arriesgando su vida recorriendo las montañas en una bicicleta prestada mientras su hijita la esperaba en casa.

Pero no hay que olvidar que el valor y el sentido de compromiso extraordinario de Ana eran compartidos por muchos otros. Innumerables grupos de refugiados españoles, viendo en la lucha contra los nazis una prolongación de su propia lucha contra Franco, se unieron a la Resistencia francesa. Bien es cierto que muchos de ellos esperaban que una vez la guerra terminada, Francia les ayudaría a liberar a España de la férula franquista. Puede verse en la negativa a responder a esta espera el abandono definitivo de los revolucionarios españoles por parte de las democracias occidentales.

Tampoco ante esta última decepción, ni Ana ni la mayoría de sus compañeros anarcosindicalistas cedieron a la tentación del desengaño. Después de que Ana y su marido se establecieran en Montreal, continuaron en el seno del movimiento obrero su lucha por una sociedad mejor. Ana no ha perdido nada de su compromiso visceral por la causa de la igualdad de las mujeres, aunque su militancia obstinada le haya valido ser marginada por algunos de sus compañeros sindicalistas.

Lo que me ha parecido más apasionante en la lectura de esta obra o en mi relación con los hombres y mujeres que hicieron la Revolución y vivieron la represión es su capacidad de conservar la fe y de continuar la lucha a pesar de esta represión, a pesar de la infidelidad de aquellos con los que creían poder contar. El hecho mismo de haber redactado estas memorias da testimonio de la convicción de Ana de que la historia no debe ser relegada al olvido y de que para comprender las luchas de hoy, es necesario conocer las de ayer; de ahí la importancia de compartir sus recuerdos con los que vienen después de nosotros.

Por lo tanto, es importante que este documento no vaya simplemente a añadirse a los archivos, testigos mudos del pasado,

sino que se lea como una declaración de esperanza en el porvenir, una esperanza que Ana hace claramente destacar al dedicarle la obra a su nieta. Nada podría exhortar o desafiar mejor a la lectura que esto que Ana me escribió un día:

Aún se hablará mucho de experiencias como éstas que hemos vivido. Lo más importante, no obstante, no es haber hecho esta revolución, sino haberla continuado en otros lugares, cada uno y cada una en su terreno particular, o en varios a la vez, que es lo que yo he hecho después, y sin bombos ni platillos.

Martha Ackelsberg

*Martha Ackelsberg es profesora de Ciencias Políticas en el Smith College, Northampton, Massachusetts. Ha publicado artículos sobre el movimiento anarquista español, sobre la Revolución española, sobre Mujeres Libres, así como sobre teoría feminista y movimientos políticos contemporáneos. En la actualidad trabaja en la redacción de una obra titulada *Strong is What We Make Each Other: Vision and Strategy in Mujeres Libres*, estudio basado a la vez en la investigación de archivos y en entrevistas a mujeres que tomaron parte en la Revolución española.*

CAPÍTULO I

Evocación

Soy un poco Picasso, un poco Lorca, Machado y Manuel de Falla. Soy un poco Mariana Pineda y la Libertaria, un poco también la Giralda de Sevilla y la Alhambra de Granada. Soy una cicatriz. Soy mucho el Guadalquivir que fluye por Andalucía. Nací en Andújar, en la casa de mi abuelo, pero mis padres me inscribieron en Madrid. Nacer en la capital era de más prestigio, y proporcionaba privilegios además (un acceso más fácil a la escuela, a los servicios de sanidad y al trabajo en los ministerios).

Unos días después de mi nacimiento, mi madre volvió a Madrid, a la calle Palos de Moguer, en el barrio de Atocha, cerca de la estación del Sur, donde mi padre era ferroviario. Cuando aún no andaba, nos mudamos al número 33 de la calle General Prim, en el barrio de Tetuán de las Victorias. Después, a los 12 años, mi familia volvió, por un breve período, a casa de mi abuelo en Andújar, región de mis ancestros, donde comencé mi aprendizaje de costurera, sin ningún salario. Eran los años de la gran crisis, mi padre acababa de dejar su empleo y quería establecerse de ebanista por su cuenta.

Andújar es el país de los jazmines que reptan perezosamente, como los lagartos, sobre los muros soleados de los jardines interiores blanqueados con cal y donde las mujeres hacen rosetas

que se prenden en el pelo. Andújar es también el país de los higos chumbos, que se recogen con el rocío de la mañana y que se comen mientras están aún frescos. Es sobre todo la calle Larga, donde se encuentra la casa de mi abuelo, con su pozo junto al que crece un rosal gigante que recubre, guiado por un enrejado, casi todo el patio. Bajo el enrejado, cerca del pozo, pende una jarra de barro cocido llena de agua que rezuma gota a gota, dejando un reguero húmedo sobre las losas rojas. Es mi cosmos misterioso y sentimental, casi el único recuerdo bello que me queda de España.

Andújar es uno de los sitios donde las injusticias sociales son más flagrantes; es la tierra de los latifundios, de los terratenientes despóticos; tierra de folklore, de vino y de castañuelas; tierra mísera, de hambre y revuelta, una de las cunas legendarias del anarquismo español.

Me acuerdo de los trabajadores temporeros, muertos de cansancio y de privaciones al borde de las carreteras de Andalucía, que recorrían a pie buscando trabajo según la temporada en las propiedades de los terratenientes, y a quienes la Guardia Civil perseguía por un puñado de aceitunas robadas.

Me acuerdo también de las procesiones de Semana Santa que organizaban las cofradías de las clases dominantes y que acababan en festejos y comilonas a los que estaban invitados los curas y que los niños pobres y hambrientos se contentaban con mirar a través de las ventanas. Recuerdo las manifestaciones del 1º de Mayo. Curiosa, le pregunté a mi abuelo quién era toda esa gente, y él me respondió: «los pelusos». Que en español quiere decir, los desheredados, el subproletariado.

Tengo doce años y las voces de los piconeros de Andújar me dejan pensativa. Los piconeros son los más pobres entre los pobres de Andalucía. La burguesía los considera escoria porque la mayoría son analfabetos. Sólo con verlos y oírlos, un malestar nace dentro de mí. Con sus pesadas cargas a la espalda van pregonando y vendiendo por las calles el producto de su duro trabajo: «¡Picón!, ¡picón!».

El picón es el carbón de madera que alimenta los braseros durante los fríos días del invierno. Los braseros se ponen debajo de una mesa redonda que se llama camilla, tiene un hueco en el centro y está cubierta de una faldilla de franela roja. Cuando uno se sienta a la mesa, se levanta la faldilla y se tapan los pies y las piernas para tenerlos calientes.

Podría ser un poco torera, aunque la idea me repugna. El gran Manolete era primo de mi madre. Se hizo riquísimo, pero sus orígenes se remontan a los piconeros. En la familia de mi madre, me han contado que había también un millonario. Era anticuario en Madrid y París. A su muerte, legó toda su fortuna al santuario de Santa María de la Cabeza en Sierra Morena. Su retrato adorna la nave principal del santuario.

En la familia de mi padre hay un teniente de la Guardia Civil. No hay de qué enorgullecerse, y nunca he intentado conocerle. También hay un comunista en la familia de mi padre, y que ya lo era mucho antes de la llegada a España de la GPU y de la Checa. Mi tío Juan era de aquellos que aún no asesinaban a sus amigos. Pasó más de veinte años de su vida en prisión, entrando y saliendo como el cántaro va a la fuente. Y entre medias se las apañaba para hacerle una retahíla de críos a mi tía Dolores, la hermana de mi padre. Mi tía Dolores era una especie de madre Coraje que sabía replicar a los guardias más tenaces que venían a registrar su casa o a arrestar a su marido. Este

tío Juan servía como de barómetro de la situación política y social de España, antes y durante la dictadura de Franco. En mi opinión era más anarquista que comunista.

Después de una corta estancia en Andújar, mi familia volvió a instalarse en Madrid, en el número 6 de la calle Antonio Quejido, en el barrio de Chamartín de la Rosa, justo detrás del ayuntamiento nuevo. Madrid no se parece a Andújar. Es una ciudad de funcionarios que se consideraban, en aquella época, superiores a las otras categorías de asalariados, a quienes despreciaban. Los madrileños se burlaban de los andaluces, de su forma de vivir y de hablar. Tal y como hacían los catalanes de los murcianos, alardeando continuamente de superioridad y otorgando gran importancia, entre otras cosas, a los apellidos de resonancias catalanas, sobre todo en los medios nacionalistas y burgueses. Fue quizás debido a esta triste realidad por lo que mis padres prefirieron que fuera madrileña y no andaluza.

En 1934, durante la insurrección de octubre, vivía pues, en Madrid, en casa de mis padres. Y allí vi desencadenarse toda la cólera de un pueblo contra el Estado, la Iglesia y el Ejército. Vi a curas con sotana disparar al pueblo desde lo alto de los campanarios, a la Guardia Civil disparar a bocajarro sobre los huelguistas, hombres muertos sobre la acera, delante de mi casa. Esta insurrección de octubre surgió en los centros mineros de Asturias, pero se extendió por toda España. Sería aplastada con un salvajismo sin precedentes por el gobierno de la República, que hizo un llamamiento a las tropas coloniales acantonadas en el Marruecos español y a la cabeza de las cuales no se encontraba otro que el general Franco, ya a rebosar de ambición. En cada familia de mi barrio hubo al menos una persona encarcelada.

Dos años más tarde, el 18 de julio de 1936, estoy aún en Madrid y sigo siendo aprendiz de costurera. Ahora gano una peseta al día. Tengo quince años. Estalla la guerra civil, el pueblo se moviliza. Las dos grandes organizaciones sindicales, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo, de filiación anarcosindicalista) y la UGT (Unión General de Trabajadores, de filiación socialista) se adelantan al gobierno republicano y comienzan la lucha contra el levantamiento del general Franco.

Mi hermano Miguel tiene veintiún años, es ebanista y miembro de la CNT. Movilizado en el seno del sindicato, toma las armas contra el franquismo. Le sigo un poco por todas partes. Procuro ser útil. Quiero un fusil, como él. Se burla de mí. Los fusiles que tomaron a los rebeldes franquistas atacando el cuartel de la Montaña, esa misma mañana, son grandes y muy pesados. Varias chicas tienen uno, ¿por qué yo no? Miguel me responde:

—¿No ves que son mayores que tú? ¡Haz otra cosa, no es trabajo lo que falta!

Convoyes de camiones se preparan para conducir a los milicianos a la Sierra de Guadarrama, donde se encuentran las primeras tropas fascistas. Les consigo alpargatas a los que las necesitan. Miguel parte con el convoy.

No quiero reescribir la historia de la batalla de Madrid. Otros lo han hecho ya, varios sin haberla ni vivido, contando cada uno su versión. Hay tantas historias como historiadores, como siempre... En cuanto a mí, no quiero más que contar lo que viví en esos momentos con muchos otros.

ARANJUEZ

¿Para quién tocan tus campanas ahora?
¡Oh, campanas de mi infancia!
En los jardines de los ensueños
bajo el manto de azul y plata que es tu cielo.
Reunidas se encuentran todas las flores
rosas rojas y jazmines blancos
flores de manzanos y flores de almendros.

Y del lejano... muy lejano
de una torre centenaria
me llegaba el eco de tus campanas.

Una niña pequeñita
le preguntaba a una vieja viejecita.
Dime abuelita, dime.
¿Qué es ese ruido que oigo?
Y la vieja viejecita le responde
¡Escucha niña, escucha!
Son pajaritos que vuelan
con sus alitas de oro.

Y la niña se durmió
en los brazos de la vieja.

Mientras la niña dormía
el viento se levantó.
Y por el horizonte lejano y sombrío
aparecieron nubes negras

con reflejos de pólvora y fuego.
Y todas las flores
Y todos los pájaros
cegados por el polvo... caían muertos.

Las piedras lloraron, el aire lloró.
Y los jazmines ya no eran jazmines.
Y la rosas ya no eran rosas
¡todo era ceniza y lava!

La niña se despertó
y le preguntó a la vieja
¿Qué pasa abuelita? ¿qué pasa?

Duerme angelito, duerme...
son cuatro caballos que pasan
jinetes de Apocalipsis
con herraduras que matan.
¡Aranjuez de mis sueños!
¿Qué han hecho de ti?

Déjame recordarte
con tus flores, con tus rosas rojas
y tus jazmines blancos,
con tus manzanos y tus almendros
con tus campanas y tus pájaros de oro.

¡Oh, campanas!
¿Para quién redobláis ahora?
¿Para otras niñas?
¿Para otras viejas?

¡Oh, Aranjuez, Aranjuez!

NOVIEMBRE 1936

La línea del frente se acerca a Madrid. Se cavan trincheras alrededor del ayuntamiento de Chamartín de la Rosa, muy cerca de mi casa. La batalla se encarniza alrededor de la ciudad. Los bombardeos se intensifican. La aviación alemana, que ha venido en ayuda de Franco, no nos deja un respiro. Nos acostamos donde podemos, vestidos, en sótanos, en las estaciones de metro. Vivimos como los trogloditas. Los víveres son cada vez más escasos. El frío de noviembre comienza ya a hacerse sentir. Por la noche, toda la ciudad está sumergida en la más total oscuridad.

Orden de evacuación de los niños hacia Cataluña. Me encargo de un grupo entre los que se encuentran mis hermanas pequeñas, Dolores y Antonia. Se forman los convoyes en los locales del ayuntamiento. Es preciso partir al amparo de la noche. Los niños son embarcados en vehículos del ejército, desordenadamente, aprisa. El llanto de las madres y de los niños es difícil de soportar, abandonar Madrid es casi como ir al encuentro de la muerte. Pero no hay elección, es necesario que los niños salgan de este infierno.

Tomamos por la carretera de Valencia. Los faros de los vehículos van apagados. Paramos en cada puesto de centinela. Se oye de continuo el fragor de la batalla a lo lejos. Los milicianos inspeccionan los vehículos con linternas, miran a los niños con compasión. Con los ojos muy abiertos, van acurrucados en sus asientos improvisados, han olvidado el hambre, la sed, hacer pipí. Como sus padres, que

luchan en el frente de la ciudad, no son más que un inmenso miedo. Después, los milicianos mueven la cabeza en silencio y su mirada parece decir: buena suerte, niños. Esta misma escena se repite varias veces antes de abandonar la zona de peligro.

A la mañana siguiente, llegamos por fin a Valencia. Los niños están muy cansados. Nos dejan en el anfiteatro de la Universidad. Los estudiantes, miembros de la FUE, asociación estudiantil, nos distribuyen víveres y se ocupan de organizar nuestra marcha en tren hacia Cataluña. Intento lavar, con los medios a mi disposición, a los más pequeños. No tenemos ni mudas ni toallas, nada.

Por la tarde, nos dirigimos a la estación de ferrocarril de Valencia. Hay un convoy que transporta tropas a Barcelona. Se han reservado en él algunos vagones para los niños. El tren se pone en movimiento.

Dos soldados, un hombre y una mujer, entran en el compartimento donde voy yo. La mujer es grande, rubia y tiene los ojos azules. Hablan una lengua extraña. Me pregunta cómo me llamo. Yo le pregunto a ella su nombre. Se llama Odette. Creo comprender que es francesa, que vuelve de Albacete con su compañía y que ahora se dirigen a Barcelona. Se saca una navaja de su bota de soldado para ratificar lo que dice. En Albacete, efectivamente, se fabrican muy buenas navajas, que han dado un gran renombre a la ciudad.

También es allí donde se hallan acantonadas las Brigadas Internacionales. La región es bonita, el vino es bueno, la guerra está lejos y todo respira calma. Es el lugar de reposo de los que han venido a España, no a luchar, sino a respirar el glamour de la cosa, son esos revolucionarios de pacotilla que van de ciudad en ciudad y de cuartel en cuartel, comiendo y bebiendo a costa de la casa sin ir

nunca a menos de cien kilómetros del frente. Los verdaderos revolucionarios están allí, luchando y muriendo por el ideal en el que creen.

Nos alejamos de Valencia, atravesamos campos de naranjos que se pierden en la lejanía. Los niños, a pesar de su enorme cansancio, están fascinados por este espectáculo, nunca han visto tantas naranjas. Aquí la guerra parece no existir. En las pequeñas estaciones, los niños de los pueblos nos saludan y nos traen ramas cargadas de naranjas. ¡Me dieron una estupenda para mi compartimento, de la que pendían nueve naranjas magníficas!

En un impulso de generosidad y de orgullo muy españoles, le ofrezco a la mujer soldado una naranja tendiéndole la rama. Con gran sorpresa por mi parte, se queda con la rama y la pone en el portaequipajes, por encima de su asiento. Los niños me miran, miran a la mujer y miran las naranjas. Nadie se atreve a decir nada, tan irreal parece todo.

Quizás la mujer soldado, que ha comido y bebido bien en Albacete, ignora que en Madrid, donde hay guerra, las cosas son diferentes. ¡Nueve naranjas para unos niños hambrientos, parecía un cuento de hadas! Además, me parece que en el cuartel Karl Marx de Barcelona, hacia donde se dirige, tampoco faltan los víveres. Es mi primer y decepcionante contacto con las gloriosas Brigadas Internacionales.

Dolores, mi hermana pequeña, me tiende un paquete que mi madre le dio antes de nuestra salida de Madrid. Lo abro y encuentro un pan y unos trozos de tocino curado que distribuyo entre los niños. Devoran aprisa la escasa ración. Pero no quitan los ojos de las naranjas, y sus ojos son como cañones apuntando un objetivo,

dispuestos a disparar. Poco a poco se duermen saboreándolas con la vista. Y sus ojos decían lo que no podían decir sus labios.

El ruido del tren me impide dormir. Me dejo llevar por mis pensamientos. Una escena que tuvo lugar unos días antes en el local de las milicias me vuelve a la memoria. Me habían llevado una buena pieza de carne que debía cortar en lonchas muy finas para que hubiera un trozo para cada uno. No tenía más que un cuchillito cuya hoja no tenía ni punto de comparación con la navaja de la mujer soldado, y no conseguía hacer las lonchas lo bastante finas. Cogí una especie de machete. Nada, no me servía de nada. Mi grito de cólera alborotó a toda la casa y mandé todo al carajo. Ahora sé que los buenos cuchillos se encuentran en las botas de las Brigadas Internacionales y no donde deberían estar.

Se para el tren. Saco la cabeza por la ventanilla, estamos en Vilanova i La Geltrú. Ha venido gente a recibimos. Al bajar, todos los niños le lanzan una mirada sombría a la mujer que les ha robado las naranjas. Ella y su compañero quieren decirnos adiós. ¡Qué de buenos sentimientos! Me dan ganas de decirles: ¡Idros a hacer puñetas!

Se reparte a los niños en familias por un período de tiempo indeterminado. El comité de acogida me encuentra un domicilio temporal en casa de un obrero de la construcción.

Al día siguiente, descubro el mar. Lo veo por vez primera. ¡Qué magnífico es! El azul del agua se confunde con el azul del cielo. Aquí, todo es tranquilidad, la calma más total. La comida es relativamente abundante. No hay sirenas de alarma ni ataques aéreos, al menos por el momento. No hay bombardeos ni cañonazos ni refugios improvisados en el metro, en los sótanos o en las trincheras.

Pienso en los compañeros que se quedaron en Madrid. Mientras yo disfruto de toda esta calma, ellos continúan en la lucha... Recuerdo el entierro de una amiga muerta en el frente. Tenía dieciocho años. El día mismo de su marcha hacia la Sierra comparábamos nuestra estatura con la altura de los fusiles. Siendo como eran más grandes que ella, no le daban miedo. ¡Qué largos y qué pesados eran esos fusiles! Pienso en Miguel, mi hermano, herido en combate. La víspera de dejar yo Madrid le visité en un hospital improvisado —en una de esas casas transformadas en hospital para acoger a los heridos del frente y que se llamaban «hospitales de sangre»— en la calle Bravo Murillo, en el punto donde terminaba el barrio de Cuatro Caminos y comenzaba el de Tetuán de las Victorias.

En esa casa reina una agitación febril. El olor es insoportable, huele a sudor, fiebre y sangre. Me dan unas ganas enormes de abrir de par en par puertas y ventanas. Recorro con la mirada a unos y otros. Todos parecen verdaderos niños a pesar de sus barbas de varios días. La mayoría tiene entre diecisiete y veintiocho años. Conozco a algunos, a los que repartí alpargatas un poco antes de montar en los camiones que los llevarían a la Sierra.

Fue en este pequeño hospital de las milicias confederales de la central obrera anarcosindicalista, CNT, donde conocí al Dr. Norman Bethune [\(13\)](#), canadiense venido a España como voluntario. Le llaman el forastero. Vi cómo llevaba a mi amigo José Luis a la espalda. José Luis, que no tiene más que diecisiete años, está un poco atontado debido a los calmantes que le administran, y como no hay silla de ruedas en ese hospital, el forastero se lo carga a la espalda para llevarle a la sala de reconocimiento.

Mi hermano Miguel parece sufrir mucho. Me hubiera gustado preguntarle sobre el frente, sobre la defensa de Madrid, pero no

tiene fuerzas para hablar. Tengo ganas de llorar, pero me contengo. Me acuerdo de la tremenda cólera que sentía cuando oía a La Pasionaria en la radio, pregonando a voz en grito su eslogan simplista: «No pasarán».

—Acuérdate, hermanita —me decía entonces Miguel—, ella acabará mejor que nosotros. Si esto se avinagra, será la primera en ponerse a salvo, recuérdalo.

Sí, tenía razón. Ella no vivió la vida de troglodita de los madrileños.

A Miguel, este hermano que tanto quiero, le vuelvo a ver dándome la mano cuando íbamos a la escuela del barrio (el poco tiempo que fui). Yo era más valiente, me decían, y cuando los muchachos le pegaban, yo me tiraba de los pelos y les gritaba: «¡La madre que os parió!» Y salían corriendo a más no poder.



Tres milicianos en el frente de Madrid.
Miguel, el hermano de Ana, en el centro

MORIR EN MADRID

No he muerto en Madrid
Muero un poco por donde paso
Están los que siembran la muerte
Y los que la cosechan.
Partir es morir un poco
Amar es morir mucho
Pues cuanto más se quiere, más se muere
Y raramente recogemos
Lo que sembramos.
De muchos campos del mundo
he recorrido los surcos.
He rozado las flores silvestres
Y los rosales llenos de espinas
Como la abeja que liba néctar
En cada flor
Jirones de mi carne He dejado en cada espina.
No he muerto en Madrid
No he nacido para las muertes rápidas.
Todos los días interrogo a las estrellas
Con gran elegancia me vuelven la espalda
Diciéndome:
Mira los surcos de los campos
Las flores silvestres
Y los rosales llenos de espinas

En cada una de ellas hay sitio para ti
Para tu carne, para tu alma
Para toda tu vida.
No he muerto en Madrid
¡Y qué me importa!

MOURIR Á MADRID

Je ne suis pas morte á Madrid/Je meurs un peu partout où je passe./Il y a ceux qui sèment la mort/Et ceux qui la ramassent./Partir c'est mourir un peu/Aimer c'est mourir beaucoup/Car plus on aime, plus on meurt/Et rarement on récolte/Ce que l'on sème./De bien des champs du monde/J'ai parcouru les sillons./J'ai ffolé les fleurs sauvages/Et des rosiers pleins d'épines/Comme l'abeille qui prend du nectar/Dans chaque fleur/Des lambeaux de ma chair/J'ai laissé dans chaque épine./Je ne suis pas morte á Madrid/Je ne suis pas née pour les morts rapides./Tous les jours j'interroge les étoiles/Avec grande élégance, elles me tournen le dos/En me disant:/Regarde les sillons des champs/Les fleurs sauvages/Et les rosiers pleins d'épines/Dans chacune d'elles/Il y a une petite place pour toi/Pour ta chair, pour ton áme/Et pour toute ta vie./Je ne suis pas morte á Madrid/Et peu m'importe!

1937

Vilanova i La Geltru es un gran centro industrial de la provincia de Barcelona. Me hospedo en casa de Félix Prats. Félix es delegado del consejo municipal que administra la vida social y económica de la ciudad. Su mujer, Gertrudis, a la que llaman Tulita, trabaja en una carnicería autogestionada. Tienen una niña, María de los ángeles. Está también el abuelo. Este cultiva el jardín y se ocupa de los pollos y de los conejos. Me quedo aquí mientras se organiza la casa (escuela y colonia de vacaciones) que acogerá a todos los niños venidos de Madrid y de los pueblos y ciudades cercanos al frente de Aragón.

Voy a menudo a la biblioteca municipal, donde se encuentran los locales de las Juventudes Libertarias. Allí hago muchos amigos. Aquí, sobre todo las chicas, discuten mucho sobre la organización feminista Mujeres Libres, que existe desde principios de 1936, antes de la guerra civil. La mayoría son trabajadoras del textil, de la multinacional Pirelli y de otras industrias de servicios.

Toda la ciudad de Vilanova, o casi, funciona según un sistema autogestionario. Las prácticas tan discutidas y soñadas desde hace siglos se han puesto en marcha por fin. Todo parece funcionar como sobre ruedas. Se pone un gran cuidado en todo lo que se emprende, pero el país está en guerra, lo que exige enormes sacrificios. Cada una y cada uno ponen lo mejor de sí mismos. Todo depende de

nosotros, exclusivamente. Lo sabemos. Vivir o reventar. ¿Cuánto tiempo durará esta prórroga? No somos tontos, la ayuda que Alemania e Italia dan a Franco pesa mucho en la balanza. Nosotros, revolucionarios españoles, estamos casi solos en la lucha contra el monstruo del fascismo. Lo sabemos. ¡Poco importa! Estos momentos, aunque sólo sean por sí mismos, valen la pena ser vividos y los viviremos, con y contra todo, y en presencia del mundo. Aquí, en Vilanova i La Geltrú, como en otras muchas ciudades, se juega la gran carta, al menos una de las cartas importantes de la revolución española, y yo soy testigo.

La capacidad de organización de las mujeres me deja estupefacta. Varias de ellas juegan un papel preponderante en su sindicato, CNT, y forman parte al mismo tiempo del comité de autogestión de su fábrica. Se encuentran en el mismo nivel de igualdad que los hombres en una sociedad no jerarquizada. Es una transformación total y radical de la vida social. ¡Las mujeres españolas lo necesitaban tanto! Se desembarazaron de la esclavitud que les imponía el clero, el marido, el padre, los hermanos y todos los demás. A todos los que nos dicen:

—Sí, estamos de acuerdo con vuestras reivindicaciones de mujeres, pero es preciso dejar todo eso para después, pues vuestra actitud puede crear divisiones.

Les respondemos:

—¿Para después de qué? ¡Es ahora o nunca!

—Sí, pero...

Sus ideas son una cosa y su mujer y su familia otra. Su mujer es de ellos, intocable. Ellos pueden ir, como las abejas van de flor en flor,

de mujer en mujer. Lo cual encuentran muy natural, pero no pueden aceptar que una mujer pueda hacer lo mismo. La sempiterna divisa de la mujer, buena madre, buena esposa, fiel y obediente, debe cambiar [\(14\)](#).

A partir de estas consideraciones, y de muchas otras, se organiza y nace el grupo Mujeres Libres en la ciudad de Vilanova i La Geltrú. Consuelo Pujante y yo asumimos el secretariado. Durante la semana, soy yo la que se encarga de que el local, que se encuentra en las ramblas, permanezca abierto.

Es aquí donde escribo mi primer artículo feminista, que será publicado en el *Boletín Oficial* de la ciudad. Ricardo Mestre, el director del periódico barcelonés *Catalunya* (escrito en catalán), periódico que tiene ciertas similitudes con *Solidaridad Obrera*, órgano oficial del comité regional de la CNT, se ocupa igualmente de la dirección del *Boletín Oficial*. Por lo tanto, le presento ese artículo rimbombante, del que hoy me río, tan infantil era. En él exhortaba a las mujeres a que jugaran el papel al que tenían derecho en la experiencia única que estábamos viviendo. Citaba como ejemplo a las mujeres de la Revolución Rusa. Ricardo lo aceptó. No tenía más que dieciséis años y muchas cosas que aprender todavía...

Todas las mujeres que por sus actos se han negado a someterse siempre me han seducido, y es así desde mis primeras lecturas de adolescente. Da igual que se trate de Concepción Arenal, la socióloga del siglo XIX, cuya lema era: «Odia el delito y compadece al delincuente», que vivía en una España que condenaba a las mujeres al oscurantismo y que visitaba las prisiones; de Marie Curie, de sus trabajos y descubrimientos; de Louise Michel, la valiente y resuelta combatiente de la Comuna de París; de Emma Goldman, esa lituana-americana, gran humanista, feminista y libertaria.

Pienso también, y muy particularmente, en esa gran figura del anarquismo español que fue Federica Montseny, mujer de letras, hija de la escritora Soledad Gustavo. Difícilmente se le perdonan los errores cometidos durante la Guerra Civil. Entre otros, aquellos y aquellas que poseen el monopolio de la virtud no le perdonan haber aceptado en esa época, y como anarquista, un puesto de Ministro en el seno del Gobierno republicano.

Qué de esperanzas y promesas traía consigo el grupo Mujeres Libres en un país como España, marcado por las religiones cristiana, judía y musulmana. Antes de la Revolución eran pocas, sino inexistentes, las mujeres que, en grupos o en institutos, seguían cursos de alfabetización, de mecánica, de conducción de vehículos pesados. Que las mujeres hicieran funcionar fábricas autogestionadas, servicios públicos o incluso sindicatos, al lado de los hombres, de igual a igual, no era tampoco cosa corriente en España antes de la Revolución. Que las mujeres, casadas o no, decidieran ellas solas y por sí mismas, como únicas dueñas de sus cuerpos, tener o no tener hijos, eso era incluso menos frecuente.

La utopía libertaria tan cantada, el sueño imposible de Don Quijote, nosotros hicimos que existiera, sin esperar a que nos lo ofrecieran. Y aunque duró poco, este sueño, nosotros lo emprendimos un día con el deseo de hacer posible un ideal que preconiza que «para el gobierno de los hombres basta la organización de las cosas» [\(15\)](#).

Pero todo esto fue barrido con el mismo ímpetu de una ráfaga de viento en el transcurso de una tormenta.

Recibo una carta de Andújar anunciándome la muerte de mi abuelo. Durante una incursión de la aviación franquista, mientras

intentaba llegar al sótano de mi tío Federico para ponerse a resguardo, tropezó en un escalón y se mató al caer por la escalera. ¡Pobre abuelo! ¡Tenía tanto miedo de los bombardeos! Estaba parcialmente paralizado, tenía dificultades para moverse, era inevitable que un accidente de esa clase le sucediera un día u otro. Me tomé muy mal la noticia de su muerte.

Era «el abuelo de los pájaros». Cuando iba a visitar a la familia a Madrid, siempre nos llevaba un pajarito en una jaula. Nunca se separaba de su sombrero andaluz. Más bien corpulento, tenía un gran bigote caído, parecía un chino gordo. Un día, cuando le esperábamos en el andén de la estación de Madrid, alguien al verle gritó:

—¡Mirad, un rey chino!

A lo que mi abuelo replicó con orgullo:

—¡Que no soy un rey chino, que soy Marcelino!

En realidad se llamaba Antonio, como su padre, pues era el mayor y así lo quiere la tradición, pero todo el mundo le llamaba Marcelino. ¡Pobre abuelo!

Recibo también noticias de mi hermano Miguel. Ha vuelto a marchar al frente, a Teruel esta vez. Ahí los combates son difíciles y continuos, me escribe en su carta. En Vilanova i La Geltrú las necesidades de la guerra cada vez se notan más. Es preciso reagrupar a todos los niños de Madrid que están alojados en familias desde su llegada. Se organizan colonias de vacaciones en los ricos hoteles particulares de la costa, que están desocupados a causa de la guerra.

En la colonia en la que yo estoy, somos seis mujeres al cuidado de cuarenta niños. Hay también un maestro de escuela que se pone enfermo casi al principio. Es su compañera la que debe hacerse cargo ella sola de la enseñanza y de la administración.

Mis actividades en Mujeres Libres se reducen un poco debido a esta tarea, que ocupa todo mi tiempo. Asisto, no obstante, a todas las reuniones a las que soy convocada.

La guerra se acerca cada vez más a nosotros. Pronto nos rodean los nidos de ametralladoras de la DCA. Los Junker de la aviación alemana estacionados en las Baleares vienen a bombardearnos casi todos los días. Los cañones de la defensa de las costas españolas no están lejos. Es ahí donde se encuentra Dioni. Es comisario político. Le conozco en la biblioteca libertaria.

En la colonia, los víveres son cada vez más escasos. Todos los alimentos que tenemos son productos en conserva y nos llegan del extranjero por mediación de organizaciones humanitarias. Leche y carne en conserva, pescado seco, un poco de arroz y lentejas. Ni fruta ni verduras frescas, ni siquiera pan. Los niños padecen avitaminosis. Los casos de afecciones cutáneas se multiplican, haciéndonos caer en la desesperación, pues no sabemos cómo hacerles frente. Por un libro de medicina aprendo que el azufre es bueno para el tratamiento de ciertas afecciones cutáneas, preparo, pues, una pomada mezclando este producto con aceite de cocinar, pero da pocos resultados. Acentuamos las medidas higiénicas, multiplicando los baños de mar y el tiempo pasado en la playa. Pero el aire, el sol y el agua de mar no cambian nada, los niños padecen, simplemente, carencias alimentarias.

Se ponen cada vez más nerviosos a causa de los bombardeos. Para tranquilizarlos, en el momento en que suenan las sirenas los bajo a la carbonera. Los más pequeños se agarran a mis faldas, los consuelo como puedo, pero incluso yo mismo tengo a veces dificultades en superar mi miedo. Cuando salimos, estamos en un estado lamentable, tan negros como diablos.

Trabajo mucho, duermo mal y como aún peor. Estoy muy cansada. Me duele frecuentemente la garganta. La humedad del mar no me conviene, y aún menos las privaciones.

Dioni viene a verme cada vez que puede. Pero no es a menudo, pues raramente puede permitirse abandonar las fortificaciones de defensa donde se encuentra. Nos queremos. Un día me pregunta por teléfono qué es lo que le he dado de comer para que esté tan enamorado de mí, ¿pan con cerillas? Esta era su forma de expresar lo inusitado de su amor. Le respondí que del pan hacía tiempo que no habíamos visto ni el color, en cuanto a las cerillas...

Dioni acaba de ser trasladado a Rosas, cerca del cabo de Creus, en la provincia de Gerona, donde seguirá ocupándose de la defensa costera.

Caigo enferma. Me aconsejan un clima más seco, una región alejada del mar. Y necesito sobre todo una buena alimentación.

Esos malditos aviones no nos dejan ni un respiro. Una vez, las bombas cayeron tan cerca que el ruido de la explosión hizo reventar el tímpano de los niños. Les empezaron a sangrar los oídos. ¡Fue el pánico!

Algunos extranjeros que simpatizan con nuestra causa vienen a veces a visitarnos. Admiran la buena organización y la limpieza del lugar.

Prosigue el problema de la avitaminosis. Hay que seguir viviendo con él.

OTOÑO 1938

Pilar, mi mejor amiga, acaba de morir. Tenía dieciocho años. Una extraña enfermedad, posiblemente el tifus, se la llevó. Ni siquiera su hermana, Carmen Budesca, sabe muy bien la causa de su muerte.

Caigo enferma de nuevo, y esta vez no puedo continuar con mi trabajo. Me llevan a La Garriga, en la provincia de Barcelona, a una casona habilitada como sanatorio.

Dolores y Antonia, mis hermanas pequeñas, siguen en una colonia de niños de Vilanova i La Geltrú, con su maestro racionalista, don Fidel. Mi madre está allí también, pudo abandonar Madrid antes de que la carretera hacia Cataluña fuera cortada. No sé dónde se encuentra mi padre. ¿En un batallón, en algún lugar cerca del frente? Tampoco tengo noticias de mi hermano Miguel. ¿Vive aún? ¡Pobre Miguel! Si hay alguien que haya probado la hiel de esta guerra, ese es Miguel.

En La Garriga recibo buenos cuidados. Aquí, lejos de la costa, todo parece en calma. Me repongo lentamente pero de forma segura.

Estoy tranquila, ¿durante cuánto tiempo? ¿Es acaso la calma que precede a la tempestad?

Llega el nuevo año, 1939, ¿cómo saber lo que nos espera?

Recibo noticias de Dioni. Casi todos los comisarios políticos son comunistas y me dice que anda en dimes y diretes con ellos. Como anarquista, se niega a seguir sus directivas, que son las del partido. Le hacen la vida difícil. «Vas a ver, me escribe, si las cosas se ponen feas, los peces gordos escapan como ratas a la Unión Soviética, a la que sirven y a la que quieren más que a España misma. Y no se irán a pie, no, sino en avión.» Piensa, que dado el avance de las tropas fascistas, sólo Barcelona estará en posición de resistirles. Me sugiere que me dirija a esta ciudad y si las cosas se ponen mal, que me reúna con él en Rosas. ¡Lo cual es muy fácil de decir, yo no viajo ni en avión ni en helicóptero!

Mi madre ha venido a verme al sanatorio y ha vuelto a Barcelona. No sé cómo, pues no hay trenes de viajeros en circulación en ese momento y caen bombas por todas partes. «En Vilanova ya no se puede vivir debido a los bombardeos», me dijo. Habían caído ocho bombas en el huerto de naranjos que rodea la casa en la que vivía. La estación de ferrocarril y las fábricas Pirelli fueron destruidas durante estos bombardeos. No encontró las granadas que mi hermano le había dado durante un breve permiso. Le dije que las había mudado de sitio. Las había puesto en la aspillera de una casamata de la playa. Mi hermano me había enseñado cómo utilizarlas en caso de que tuviera necesidad. Era preciso agarrar la granada fuerte con una mano y quitarle la anilla con los dientes. Esperaba no tener que utilizarlas nunca.

ENERO 1939

Los acontecimientos se precipitan, las tropas fascistas están casi a las puertas de Barcelona. He tomado una decisión, tengo que marcharme de aquí, cuanto antes mejor. Le digo a Ada, otra chica de mi edad, que me acompañe. Ella también quiere irse del sanatorio. Nos dieron a cada una dos latas de leche condensada, algunas galletas y una manta que nos colgamos a la espalda en bandolera. Cogimos nuestro hatillo, besamos a las mujeres que se quedaban y comenzamos a caminar. Nos dirigimos a Gerona, y de ahí a Rosas, donde está Dioni.

En la carretera, después de algunas horas de marcha, paramos un camión y le preguntamos al chófer si quiere llevarnos. Hace una señal con la cabeza, aceptando. Después de un largo periplo nos volvemos a encontrar en el punto de partida, cerca de Cardedeu. No hemos hecho más que dar vueltas. Estamos atónitas. El militar que conduce el camión no ha abierto la boca en todo el camino. ¿A qué juega? Más tarde comprendí, debía de ser alguien que esperaba la llegada de las tropas franquistas.

Apenas bajamos del camión, comienza un bombardeo y ráfagas de ametralladora a ras de tierra. Nos echamos rápidamente en la cuneta creyendo que eran los últimos momentos de nuestras vidas. Poco a poco, nos damos cuenta de que estamos cerca de un campo de aviación. Los pequeños cazas están camuflados bajo los árboles que rodean la pista. Tan pronto como podemos nos vamos de aquel lugar a toda prisa.

Subimos a otro camión que esta vez se dirige verdaderamente a Gerona. Cambiamos varias veces de camión y hacemos largas

distancias a pie, temiendo ver aparecer a cada instante los aviones fascistas. Por fin llegamos a Gerona, sin aliento. Cansadas y hambrientas, nos ponemos a buscar un lugar donde pasar la noche. La cosa no es fácil, la ciudad está llena de refugiados que huyen de Barcelona. Nos indican por fin un cine. Nos instalamos allí como podemos, más mal que bien. Imposible dormir con tanta animación, es un ir y venir continuo de gente.

Al día siguiente, vamos con otras mujeres a lo que parece ser una oficina del Gobierno. Todo lo que nos dicen es que estemos preparadas; pronto saldrán camiones con dirección a Figueras. Yo quiero ir a Rosas. Me dicen que es imposible, que las carreteras están atestadas, o incluso cortadas. Entonces, decidimos subir a un camión que va a La Junquera.

Es imposible describir este desastre, esta marea humana, toda esta gente a pie, en carreta, a lomos de mula, en camión, avanzando penosamente por las carreteras. Son escenas inolvidables, dignas de los cuadros de Goya, donde lo sublime, lo absurdo, lo grotesco y la piedad se entremezclan.

Dejar el sanatorio de La Garriga para ir a pie a la frontera francesa, ¿es un acto de temeridad, de inconsciencia o las dos cosas a la vez? No lo sé, pero de una cosa estoy segura, el arte de sobrevivir es un arte reservado a los autodidactas y nadie puede enseñarlo.

Decidimos, Ada y yo, abandonar la carretera y proseguir nuestro camino a través de campos y montañas. Poco tiempo después, los franquistas y los nazis bombardean y ametrallan a toda esa gente indefensa de la carretera. Es una masacre, una verdadera carnicería, un acto de puro salvajismo. ¡El horror!

Desde nuestra salida de La Garriga, Ada y yo no hemos comido más que la escasa media docena de galletas que teníamos y bebido una lata de leche. Llegamos a La Junquera y entramos en una casa que parece abandonada. Nos acostamos en el suelo sobre nuestras mantas. Otras personas entran y hacen lo mismo. Nos adormilamos.

Alguien entra gritando:

—¡Hay abajo un camión! ¡Los que quieran ir a la frontera del Perthus que salgan de inmediato!

Enrollamos las mantas y nos las ponemos en bandolera. Parecemos dos soldaditos, Ada y yo. Mientras acabamos las últimas gotas de leche que nos quedan, bajamos la escalera que da a la calle. Montamos en el camión, y La Junquera queda atrás. Antes de que pase mucho tiempo, la ciudad será escenario de un violento bombardeo que provocará centenares y centenares de víctimas. La muerte nos rodea.

Al llegar a la frontera francesa, que está cerrada y vigilada por los gendarmes y la Guardia Móvil, comienza para nosotras una larga y angustiosa noche de espera, y para todas las personas que se han concentrado ante las barreras. ¿Las abrirán o no las abrirán? Es la angustia, el cansancio acumulado de noches sin dormir y de días sin comer. Es la pesadilla del miedo. Estamos casi sin fuerzas. Se pone a llover. Caerá toda la noche una lluvia mezclada con copos de nieve. Hace mucho frío. Nuestras mantas nos protegen un poco al principio, pero pronto están caladas.

De golpe, la Guardia Móvil se echa a un lado, las barreras se abren. No es para nosotros. Hacen pasar hacia la zona republicana un pequeño caza montado en un camión. Sin duda pronto caerá en manos franquistas. Las barreras se cierran.

Muchas de las que esperamos somos mujeres, jóvenes la mayoría, y todavía no hay muchos niños. A Ada le da un ataque de asma. Padece horriblemente. Estoy desesperada, no sé qué hacer para aliviarla. Parece que tiene un grillo en el pecho. Pobre Ada.

El Gobierno francés discute la legitimidad de abrirnos o no la frontera. ¡Cristo! ¡Que lo hagan pronto o que nos manden al carajo de una vez por todas! Hace cada vez más frío y estamos caladas hasta los huesos. La Guardia Móvil y los gendarmes nos miran impasibles. Me pregunto si tienen alma, conciencia. Si la tienen, debe ser bastante elástica. Lo que llevan sobre los hombros no son gruesos capotes, son corazas de acero.

Siempre he creído que en los momentos de grandes catástrofes, la Cruz Roja estaba presente en el lugar. Aquí brilla por su ausencia. Nuestro caso no interesa a nadie, ni a la Cruz Roja.

Es de día cuando se deciden por fin a abrirnos las puertas de Francia.

Nos amontonan en camiones y nos conducen a Boulou. Al mediodía, nos dicen que algunas mujeres, amas de casa de Boulou, han organizado una cantina para los refugiados españoles. Cuando llegamos no queda nada. Una de las francesas, desesperada, se pone a gritar:

—¡Comida! ¡Comida!

Es la primera palabra francesa que aprendo. Sacan unas patatas cocidas y nos las dan con un gran trozo de pan. Es la primera comida que tomamos desde hace días. Me duelen las mandíbulas y casi no puedo masticar. Ada está mejor, come. Nos miramos y por primera vez desde hace mucho tiempo nos sonreímos.

Nos encuentran un establo para dormir. Es un establo de donde han sacado a los animales y sobre el suelo han echado paja limpia. Es casi cómodo. Nos sentimos seguras. Ya hay allí algunas mujeres. Antes de dormirnos, una francesa aparece a la puerta con un bidón lleno de leche. Con un tazón, nos la distribuye. ¡La buena mujer! Va a dondequiera que sabe que hay refugiados. La paja nos parece caliente, suave y blanda, como nubes de algodón. Nos quedamos dormidas de inmediato. Cuando despertamos, vemos brillar el sol por las rendijas de la puerta. Estoy en un estado de semiletargo. ¿Cuántos días nos quedamos allí? Es difícil de calcular. No sé. Sólo sé que dormimos, dormimos, dormimos...

Vienen a buscarme. ¿Dónde está Ada? Ada está enferma, me dicen. Abandonamos Le Boulou. ¿Hacia dónde? No lo sé. Llegamos a una playa. Hace viento, mucho viento... Alguien me dice:

—Es Argelès, Argelès sur Mer. ¡Es el campo de concentración!

Dejo que otros lo describan. Otros lo han hecho o lo harán mejor que yo.

«Durante años, *Le Populaire* había denunciado los campos de concentración hitlerianos como una mancha sobre la civilización europea y lo primero que hizo Francia en esta guerra contra Hitler fue seguir su ejemplo. ¿Quién estaba internado en un campo de concentración? ¿Los fascistas quizás? No, los milicianos españoles, los refugiados italianos y alemanes, todos aquellos que habían arriesgado sus vidas luchando contra el fascismo.»

Arthur Koestler, *Lie de la terre*

Me juro a mí misma quedarme en este campo el menor tiempo posible.

CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Arena helada y alambre de espino.
En mis pensamientos
Se entremezclan
Los hilos de hierro
Con el hilo del agua
Y el gris del cielo.
Mis ojos se llenan
De granizo de espuma helada,
Puntas aceradas,
Para coser mis párpados.

Francia, 1939

CAMP DE CONCENTRATION

Sable glacé et barbelés./Dans mes pensées/S'entremélangent/Les fils de fer/Au fil de l'eau/Et le gris du ciel./Mes yeux s'emplissent/De grêlons d'écume gelée,/Pointes acérées,/Pour coudre mes paupières. France, 1939.

CAPÍTULO II

Trescientos hombres y yo

Francia 1940. Saint-Denis-lès-Martel, Departamento del Lot. Es una comunidad agrícola de cerca de novecientos habitantes, que no tiene hoy más que trescientos ochenta. Es también una estación de clasificación. Reina cierta actividad ferroviaria, pero después desaparece. La mayoría de los habitantes intenta vivir de la agricultura. Digo «intenta» porque la tierra es mayormente pobre.

Encontrarse sola, completamente sola, en un país extraño y compartir más tarde la existencia con trescientos hombres, escondida en un vagón de tren francés que lleva la inscripción: «Para uso del Ejército Francés, cuarenta hombres, ocho caballos», es algo inusitado.

Me preguntaréis: ¿Trescientos hombres? Y yo responderé: No, trescientos hidalgos, según las reglas del honor y del quijotismo, tan queridas por todo español que se precie. Se trataba de hombres con una conciencia social fuertemente desarrollada. Todos juntos vivimos horas angustiosas y seguramente el drama de nuestra vida. Eran un puñado de hombres vencidos a los que se persistía en describir como «rojos criminales» y a los que se calificaba con todos los adjetivos posibles e imaginables.

Nunca, ninguno de ellos intentó abusar de mi situación de fugitiva. Me escondieron y compartieron conmigo la escasa comida que la intendencia del ejército francés distribuía entre los hombres de las compañías militarizadas de trabajadores extranjeros. Nunca, ninguno de ellos intentó forzar la puerta del vagón adonde me retiraba cuando caía la noche, ni aprovecharse de la oscuridad que reinaba en esta estación en desuso de Saint-Denis-lès-Martel. Puede que la presencia en la compañía de Dioni, mi amigo en aquella época, que se convertiría después en mi compañero durante cuarenta años, hasta su muerte, me asegurara cierta protección.

La 539ª Compañía militarizada de trabajadores extranjeros está, como todas las demás compañías, bajo las órdenes de un oficial del ejército francés que ha permanecido fiel al Gobierno de Vichy. Su comandante es un ruso blanco cuya familia huyó de la Revolución Rusa y que abrazó la carrera militar en el ejército francés. Es el teniente Staroselsky. Estoy segura de que desde el primer día tenía conocimiento de mi presencia en uno de esos vagones en los que se alojaban los hombres, pero me ignoraba o fingía ignorarme.

Vivo en alerta continua, por temor a que me denuncien a las autoridades civiles. No poseo ningún documento de identidad, ningún salvoconducto. En definitiva, no soy nadie, podría llamarme María o Mariana y tener cualquier edad. Es precisamente a la cuestión de la edad a la que debo encontrar solución, y rápidamente. Como la mayoría de edad estaba fijada en los veintiún años, me digo, pues, a mí misma en primer lugar, y luego a los otros, que tengo veintiún años. Ya está, problema resuelto, al menos por el momento.



Campo de concentración de Bram.
Entre el grupo el padre de Dioni.

¡Qué precario es este refugio improvisado! Un montón de paja en un rincón del vagón, una escudilla que Dioni comparte conmigo y algunos enseres personales, entre los cuales, dos mantas del ejército. Ni agua ni electricidad ni sanitarios. Ciertamente es verano y todo es más fácil, pues los días son más largos y la naturaleza más clemente. Para asearnos, vamos por turnos a la fuente de la estación.

El problema más grave es la alimentación. Por la mañana, bebemos un poco de líquido caliente y marronzucho al que se complacen en llamar café; Dioni saca de su morral algunas cortezas de pan duro, restos de la víspera conservados cuidadosamente para el desayuno, y me pide que los moje en el líquido para darles un poco de consistencia y calmar mi hambre hasta el rancho de mediodía. La primera vez, lo recuerdo, me parece poco apetecible y me niego a hacerlo. Dioni me hace comprender que es la única

forma de mantener las fuerzas, todos los hombres de la compañía hacen lo mismo, acabaré por acostumbrarme.

La 539ª Compañía está acantonada en Saint-Denis-lès-Martel con el fin de suministrar a los agricultores de la región la ayuda necesaria para las cosechas debido a la falta de mano de obra ocasionada por la movilización de los hombres, muchos de los cuales han sido hechos prisioneros. Dioni, a menudo, se marcha por la mañana temprano para acudir a la granja que le han asignado. Vuelve tarde, pues los trabajos del campo se prolongan hasta la noche y cena con los granjeros, arreglándoselas para meter en su morral alguna cosa para mí. Durante su ausencia, si queda alguien de su grupo en el campamento —algunos hombres se alojan en tiendas del ejército, pues los vagones no son suficientes para todos— no olvida incluirme cuando hace el reparto de comida. Mi ración es igual que la suya, bien escasa.

Recuerdo que un día, al caer la noche, vuelvo al vagón donde nos alojamos Dioni y yo. Me tumbo sobre la paja esperándole y me quedo dormida. De repente, oigo un ruido y me despierto con un sobresalto, es Dioni que abre la puerta del vagón. Avanza en la oscuridad hacia el montón de paja, se inclina sobre mí y me muestra algo que tiene en la mano, es un trocito de queso fresco que el granjero le ha dado para cenar y que viene a compartir conmigo.

—Mira, —me dice.

Me lo mete casi en la boca.

—Cómetelo despacio.

Eso es la supervivencia.

Me pregunto a menudo cómo perciben mi presencia en esta estación el comandante de la compañía, el teniente Staroselsky, y sus subordinados. Le he visto varias veces pasar bien derecho por delante del vagón donde sabe que me encuentro. Sin desviar la vista en mi dirección, sin que su rostro de cosaco de pómulos salientes muestre la más mínima expresión, pasa marcando el paso y oigo el ruido de sus botas retumbar sobre el cemento. Nunca le he visto sonreír, su cara está como grabada en madera. ¿Es por la carga que se le ha confiado, velar por todos esos hombres que son sus oponentes? ¿No es él acaso un superviviente del yugo soviético? Nosotros, los anarquistas, no nos parecemos, no obstante, a los soviéticos y en muchos aspectos somos muy diferentes a ellos, incluso sus contrarios.

El comandante tiene una ventaja sobre nosotros, su uniforme del ejército francés le concede toda clase de privilegios y cierto poder sobre este puñado de vencidos, que podrían, según cierta leyenda, ser peligrosos. Poco a poco se dará cuenta de que sus temores son infundados. Con el transcurso de los días, de las semanas e incluso de los meses, llegará a apreciar las cualidades y las habilidades de la mayoría de esos españoles. Algunos de ellos son obreros altamente cualificados que supieron hacer funcionar todas las industrias autogestionadas de la zona republicana, entre las que se encontraba, por ejemplo, la General Motors de Barcelona. Para el mantenimiento de vehículos motorizados, el comandante sabrá sacar provecho de los conocimientos de los mecánicos que se encuentran en la compañía.

El vagón de los mecánicos, delante del que se efectúan los trabajos, está justo al lado del mío. Cuando Dioni se marcha a trabajar para los granjeros, no puedo moverme por la estación sin

ser vista. No puedo más que mirar a los mecánicos trabajar y a veces conversar con alguno de ellos.

Me acuerdo muy especialmente de dos; uno se llamaba Pelegrí y el otro, Paco. Este último me contó que había sido miembro dirigente de la organización estudiantil antifascista FUE. No me acuerdo de qué parte de España era. Parecía bien educado, tenía aspecto de intelectual, con sus gafas de concha, era afable y muy simpático. Parecía gustarle la mecánica, si bien no era un trabajador manual, y practicaba ayudando a los otros.

Pelegrí, ese era su apellido, era catalán, y un chico muy guapo. Tenía el pelo castaño, corto y rizado, y los ojos negros. Era bastante alto, y un mecánico excelente. Me acuerdo muy bien de él, pues fue quien me preguntó qué hacía en esta estación y fue con él con quien más conversé. Había pertenecido a la CNT e, igual que sus compañeros, mientras estaba en un campo de concentración, fue designado y enrolado a la fuerza en esta formación militarizada de trabajadores extranjeros donde recibía por única remuneración un escaso rancho infecto y un montón de paja donde dormir en el rincón de un vagón.

Un joven español ha hecho amistad con una chica del pueblo y vienen a visitarme a mi vagón a espaldas de los militares franceses. La chica me pregunta si sé hacer punto, esa tarea me mantendría ocupada durante el día. Le respondo que puedo intentarlo. Al día siguiente me trae suficiente lana para hacer un jersey. Es lana que ha podido procurarse muy barata y de la que Dioni sacará provecho. Esto me mantiene ocupada durante algunos días. Cada vez que un hombre pasa delante de la puerta del vagón, que debe permanecer abierta durante el día, se para a preguntarme cómo va el jersey y se ofrece para que verifique las medidas sobre él. Todos me preguntan

si el jersey es para ellos, pues les gusta mucho el color. Sin embargo, la lana es de un gris apagado. Una vez terminado el trabajo, el jersey fue la dicha de Dioni, que lo llevaba con gran satisfacción para envidia de los demás.

A veces, alguien me pregunta si podría coserle alguna ropa. Como tengo conmigo un pequeño costurero, cumplo esta tarea con placer. Y así pasan los días.

Un buen día, sobre las diez de la mañana, mientras estaba leyendo un periódico que Dioni había podido procurarse, veo que hay alguien plantado delante de la puerta. Con gran sorpresa descubro que no es un hombre, sino una mujer. Me dice con voz fuerte y con las erres un poco ásperas:

—¡Buenos días! Soy Olga, la mujer del comandante, y he venido a hacerle una visita.

Respondo a su saludo con la mejor de mis sonrisas, pero al mismo tiempo con un cierto temor mezclado de curiosidad.

—Entre, señora, aunque no puedo ofrecerle como silla más que un montón de paja.

—¡Que por eso no quede!

Dicho y hecho, se sienta a mi lado al estilo moro y comienza nuestro diálogo.

Me dice que vuelve de Suiza, donde su hija Irene está estudiando; que ha abandonado París antes de que la ciudad sea ocupada por los alemanes; que es hija de una familia de la nobleza rusa exiliada, unos condes parientes próximos de los Romanov; que ella misma es condesa, pero que en la Francia republicana se hace llamar simplemente madame Staroselsky. Alguien le ha dicho que en un

vagón se escondía una joven refugiada española. Picada por la curiosidad, ha querido conocer a esa intrépida persona que vive entre trescientos hombres. Pienso que le gusto. Se tranquiliza al ver que no tengo nada de «roja peligrosa», como se complacen en llamarnos.

Me dice que le dan miedo los revolucionarios, a causa de ellos, su familia se vio obligada a huir de Rusia. Le recuerdo que esos mismos aristócratas huidos son los que durante siglos hicieron pasar hambre al pueblo ruso, explotaron a los siervos y que pocos de ellos se rebelaron contra esa esclavitud. La excepción fueron León Tolstoi y Pedro Kropotkin, que desafiaron a la nobleza y a la Iglesia Ortodoxa. El primero, haciendo donación de sus tierras a sus servidores, y el segundo, lanzándose a la lucha social y a la defensa de los desheredados. En cuanto al cariz que tomó la revolución y en cuanto al comportamiento de la mayoría de los revolucionarios, estoy, en muchos aspectos, de acuerdo con la condesa. Le digo que en España, durante la Guerra Civil, que fue más bien una guerra social, la injerencia de los soviéticos, comunistas, autoritarios y neofascistas, se manifestó también mediante purgas y la eliminación a sangre fría en la prisiones secretas, las checas, de todos los que no compartían sus puntos de vista sobre la revolución. Que hiciéramos frente al fascismo internacional en una lucha sin cuartel contra el totalitarismo, y con tan pocos medios, no les convenía, pues querían recuperar para ellos solos esta lucha. Sé que al decirle todo esto no le digo nada que ella no sepa, sé también que a pesar de la simpatía que sentimos recíprocamente, no estamos en el mismo barco.

La condesa viene a verme regularmente. ¿Es porque soy la única mujer de los alrededores o porque mis temas de conversación le interesan? Hablamos durante mucho tiempo. Mi determinación, a

pesar de mi corta edad, le sorprende. Ella también me hace a veces confidencias, a menudo acompañadas de historias rocambolescas, de lo que se deduce que la nobleza, aunque en el exilio, no siempre se aburre. No es que tenga unas costumbres muy ortodoxas, como lo quisiera su religión. Por ella descubro un algo de la perversión de la nobleza y de la alta burguesía ociosas y depravadas. Bebe como una cuba y tiene por costumbre liarse con el que le place, sea príncipe o vagabundo.

Se propone seducir al joven Pelegrí. Preciso es decir que éste posee todos los rasgos necesarios para gustar incluso a una condesa, y sobre todo a una condesa que no es una primeriza en este campo y que se burla de la presencia de su marido. El muchacho, con un orgullo digno del mejor machismo español, aunque muy halagado por haber suscitado tal interés en la condesa, parece no obstante muy inquieto. Una conquista de este tipo puede acarrearle graves problemas... Pero el teniente Staroselsky debe de estar acostumbrado a las calaveradas de su querida esposa y no parece preocuparse demasiado. Por la algarabía que proviene a veces del vagón del comandante, las libaciones de los dos esposos y de los que yo llamo el Estado Mayor de la compañía (suboficiales y sargentos), rozan a veces la orgía. Pelegrí me ha dicho que más de una vez la noble dama ha querido llevarle al interior de este vagón para que participara en sus borracheras, pero él se ha negado siempre, a pesar del consentimiento del comandante, que mantiene cierta relación con los jóvenes mecánicos españoles y que se siente intrigado por este anarquista de modales agradables y gran habilidad en el trabajo. El comandante se quedaba perplejo cuando oía a Pelegrí conversar en inglés o en francés con su mujer. Qué raro, pensaría sin duda, que estos españoles antifascistas, estos devoradores de curas y niños crudos, estos rojos villanos, sean como

los otros hombres, que no tengan pezuñas ni cuernos ni cola y que hasta sean instruidos.

Un día, mientras estoy sentada en un bloque de cemento, no lejos de mi vagón, haciendo punto y hablando con Pelegrí, la condesa se nos acerca. Está visiblemente algo achispada y habla de forma incoherente. Nos dice que ha ido a pasearse por los alrededores del pueblo y que ha observado la mirada triste de dos vacas en un prado. Nos pregunta a Pelegrí y a mí si sabemos por qué las vacas tienen una mirada tan triste. Nos miramos sonriendo y le hacemos signo con la cabeza de que no tenemos ni idea.

—Es muy simple, nos dice, es porque se las ordeña todos los días y no se las monta más que una vez al año.

Reímos a carcajadas. Paco, que nos observa desde lejos, se pregunta qué puede pasar y se acerca lentamente. Examinando a la condesa con insistencia, dice:

—¡Vaya fulana!

Acuden otros españoles, y la condesa, animada y encantada por su éxito, comienza de nuevo. Un sargento, a quien parece no gustar este espectáculo, va a avisar al comandante. Paco lo ve y me dice que vuelva a mi vagón, lo que hago sin tardar. El comandante sale del suyo y llama a su mujer en ruso. La condesa ha ocupado mi asiento y responde a su marido en francés:

—Querido, ven a buscarme, me duele la pierna.

El llega, la toma por el brazo y comienzan a caminar. Ella finge cojear. Vuelve la cabeza y les hace un guiño a los hombres que la observan. Por una ranura del vagón puedo ver la estratagema y

apreciar la comicidad de la que esta noble dama es capaz. Tampoco es en esto una primeriza, estoy segura.

A la mañana siguiente, mientras los hombres se dedican a sus tareas cotidianas, me encuentro sola una vez más en mi vagón, sentada sobre el montón de paja, leyendo cualquier cosa. Veo aparecer a la condesa. Se siente nostálgica, los alemanes han ocupado París y no puede ya ni pensar en volver a su piso y a su vida. No arriesga nada, puesto que su marido se ha mantenido fiel a Pétain, pero la situación le inquieta. Piensa en los que ha dejado allí, en algunos de sus amantes. Me cuenta sus amores ilícitos, sus abortos en una Francia donde las leyes sobre esta cuestión eran de lo más severas. La persona que practicaba un aborto y la que lo sufría podían ser condenadas a largas penas de cárcel. El aborto se practicaba, sin embargo, a veces con consecuencias graves para las mujeres. Para las clases pudientes, que tenían medios para pagar un buen médico, los riesgos eran menores. En los años cuarenta, los honorarios de un médico abortista —eran muy pocos— alcanzaban los siete mil francos. Toda una fortuna en esa época. ¿Quién podía permitírselo? ¡Sólo las ricas! Para las otras mujeres, las mesas de cocina, y a veces el cementerio. Había médicos que por miedo a ser detenidos hacían el trabajo a medias y los hospitales debían tomar el relevo. Eso era lo mejor que podía pasarles a las pobres mujeres. Preciso es decir que en los hospitales los médicos no hacían preguntas. Estaban allí para curar y no para hacer de polis. Al menos, las mujeres que pasaban por sus manos no corrían ningún riesgo.

La condesa cada vez me sorprende más. Descubro en ella un tesoro de sentimientos humanos, de lógica y de sentido común. Se estableció entre nosotras, si no una complicidad cierta, al menos, una cierta complicidad. No obstante, cuando llega completamente

borracha, dice tonterías, pero hasta un punto que no hay quien la entienda. Es una verdadera pesada y casi debo ponerla de patitas en la calle.

Un día llega con una manta del ejército y me dice:

—Tenga, cójala, en previsión de las frías noches que no tardarán en llegar.

Miro la manta y le respondo:

—Es verdad, el frío llegará pronto y no tengo gran cosa que ponerme, me voy a hacer algo de ropa con ella.

—¿Y cómo, si no tiene máquina de coser?

—Ya verá.

Extiendo la manta sobre el suelo del vagón y comienzo a hacer cálculos. Espero a que se marche para continuar, pues necesito concentración para este tipo de trabajo. Comienzo por hacerme una cazadora, toda cosida a mano, claro está. El hilo no es del mismo color, pero qué importa. Los botones no son tampoco todos iguales, los he sacado de diferentes sitios, de viejos chaquetones que me han dado. Los hombres me ven tan ocupada que les intriga mi trabajo. Les digo que necesito botones para terminar la cazadora y se desviven por encontrarlos. Con lo que queda de la manta, me hago una falda, todo esto sin espejo donde verme ni plancha. El resultado es, creo, no demasiado malo, a juzgar por los silbidos que recibo cuando expongo mi obra a la vista de todos. A decir verdad, es realmente una proeza.

No sé si el sargento de intendencia se dio cuenta de que faltaba una manta ni si sospechaba la identidad de quien había cometido el hurto.

Un día, en el transcurso de una de nuestras numerosas conversaciones, la condesa me pregunta de sopetón:

—Recuerdo que el otro día mencionó el nombre de León Tolstoi, ¿conoce acaso sus obras?

Siempre me han apasionado los escritores rusos, he leído a Máximo Gorki, Dostoievski, Chejov, Pedro Kropotkin, Bakunin... Pero experimento por Tolstoi un sentimiento especial. La condesa me cuenta que conoce personalmente a la hija pequeña de Tolstoi, Alexandra, creo que se llama, quien siente una gran admiración por su padre. De una cosa a otra, hablamos de las mujeres rusas, de las grandes revolucionarias que, como se puede suponer, la condesa odia con todas sus fuerzas.

Le digo que ningún régimen ha perdonado a las mujeres rusas que se han apartado lo más mínimo de su rango. En la Rusia de 1870, el quince por ciento de las personas detenidas por los servicios policiales del zar eran mujeres. Le digo que probablemente no se conocerá nunca el número de mujeres víctimas del bolchevismo y, particularmente, del estalinismo. Ya en 1920-1921, la anarquista lituana-americana, Emma Goldman, había sido testigo de este drama social durante su estancia en Rusia. Después de que consiguiera abandonar el país, desplegó todas sus energías para denunciar ante el mundo el hecho de que la Rusia Soviética se había convertido en una gran prisión. Nadie quiso creerla en aquella época.

—¿Se da cuenta, señora, de lo extraña que es la vida? Usted, que ha sido perseguida por los bolcheviques, y yo, por los fascistas, estamos filosofando sentadas juntas sobre un montón de paja en un vagón de los ferrocarriles franceses.

Nos miramos y estallamos en carcajadas.

—Es una ocasión estupenda para tomar una copa juntas y olvidar un poco estas vicisitudes de la vida —me responde.

Para ella, todas las ocasiones son buenas para empinar el codo, pero la situación es, en efecto, paradójica, y merece ser resaltada.

Después de un momento de descanso, se pone a hablarme de cierta española que todo el mundo dice que es extraordinaria. Le pregunto de quién se trata, pues ha habido muchas mujeres extraordinarias antes y durante la Guerra Civil.

—Dolores Ibarruri, La Pasionaria.

Me encojo de hombros y le respondo que la Pasionaria vive muy segura y tranquila en Moscú, en la patria de los señores a los que ha servido bien en España. No invitó a ir allí a los defensores de Madrid a los que, no obstante, lanzó durante la guerra sus eslóganes simplistas, que se han convertido en legendarios, siendo el más célebre: «¡Más vale morir de pie que vivir de rodillas!»

Cuando las cosas empezaron a ir mal, abandonó España en avión, en primera clase, mientras las mujeres y las niñas españolas que habían luchado durante la guerra y la Revolución abandonaban el país a pie por las carreteras de Cataluña bajo las bombas de la Legión Cóndor de la Luftwaffe alemana. Nunca llegó a conocer las angustias de este éxodo, de este hostigamiento de las hordas nazis y fascistas. ¿Cuánto duró su viaje? ¿Ocho o diez horas como mucho? Cito a las mujeres sólo como ejemplo, el sufrimiento fue igual para todos, mujeres y hombres. La Pasionaria fue el mascarón de proa de la propaganda comunista, de ese barco no siempre limpio que cabeceaba sin cesar y que sería engullido por el océano. Ni todo el agua del mar podrá nunca lavarlo del todo. ¡Ah, qué bien sirvió a sus amos, aquellos mismos que firmarían el 22 de abril de 1939, apenas

unas semanas después del final de la guerra de España, el Pacto Germano-Soviético de No Agresión!

—Me gustaría saber en qué cama se acuesta ahora La Pasionaria —le digo a la condesa.

Me responde con desenvoltura:

—¡En la del zar, sin duda alguna!

—¡Oh, no! Esa se la ha reservado para sí papá bigote (Stalin). Quizá se acueste en la cama de su abuela... La cama de una aristócrata rusa vale más que un montón de paja en un vagón francés, ¿no?

—Sobre todo si es de los ferrocarriles franceses —me responde—. Me gustaría poder ofrecerle algo de beber pero, desgraciadamente, no es posible.

—No tiene importancia, el agua de la fuente no es tan mala. Sólo que debo tener cuidado de no dejarme ver demasiado por vuestro marido o los otros militares.

—Mi marido le da miedo, ¿no es cierto?

Le digo que sí con la cabeza, y añado:

—A veces me pregunto cómo es que una persona tan simpática y agradable como usted pueda ser la esposa de un hombre como el teniente.

—Ningún otro hombre hubiera tolerado mis calaveradas. Bajo su exterior frío y reservado, se esconde alguien no demasiado malo.

Quizá sea cierto, y casi tengo pruebas. ¿No toleraba acaso tácitamente mi presencia entre los trescientos hombres de la

compañía, y, sobre todo, no guardaba silencio respecto a esta situación ante las autoridades civiles?

Antes de dejarme, la condesa me anuncia que tiene que marcharse al día siguiente. De la forma en que se despide de mí, creo comprender que la compañía va a dejar también este lugar dentro de poco. Me cambia la expresión repentinamente. La condesa me mira en silencio.

—No sé qué va a pasar ni qué será de mí si al comandante se le ocurre denunciarme. No puedo volver al lugar de donde procedía, no he obedecido las órdenes de residencia asignada emitidas por la gendarmería nacional y huí sin ningún documento de identidad. Ya he estado sometida a juicio y esta vez, si me detienen, será el campo de concentración o quizá la deportación.

—No se inquiete, quizá las cosas se arreglen de otra forma, me dice estrechándome la mano calurosamente y deseándome buena suerte.

La observo alejarse con el corazón acongojado. Qué extraña es a veces la vida. Esta mujer y yo, al principio, no teníamos nada en común, muy al contrario, pertenecemos a dos mundos tan diferentes, tan alejados el uno del otro... Sin embargo, su partida deja un vacío en mí y un poco de nostalgia. De ahora en adelante, estaré cada vez más confinada al interior de estas paredes metálicas, desde donde no veo más que raíles paralelos.

¡Dichosa condesa! Nos cautivó con su anticonformismo. Fue un alto en nuestro vagabundeo, un aroma de rosas en nuestro cotidiano entorno de bruma grisácea.

Los hombres vuelven al acantonamiento, algunos solos, otros en pequeños grupos, tras haber cumplido su pesado trabajo en el campo. En sus rostros ennegrecidos por el sol y el polvo se leen la fatiga y el dolor de tener que aceptar este trabajo impuesto por la fuerza. Al final de la jornada, todo lo que uno de estos hombres gana son cincuenta céntimos, un poco de tabaco, un plato de sopa con un poco de queso y, si la propietaria de la granja se muestra generosa, un vaso de vino.

En el acantonamiento, lavarse no es cosa fácil, los hombres tienen que coger el agua del grifo de la estación y transportarla en recipientes improvisados, y el jabón es un lujo. Para afeitarse, cuelgan un espejo de una punta clavada en las planchas exteriores de sus vagones, o en un poste cercano. Los que vuelven más tarde, se acuestan nada más llegar. No creo que a la mañana siguiente tengan ganas o el gusto de acicalarse antes de ir a las granjas, donde los granjeros tampoco son un ejemplo de aseo personal.

Desde que la condesa se fue, mi vida en el vagón es más tranquila. Dioni se marcha temprano dándome siempre los mismos consejos: no debo dejarme ver inútilmente. Paco y Pelegrí vienen a veces a visitarme y hablamos de la mujer del comandante. Pelegrí, como hombre de honor, a menudo calla, pero sus silencios son elocuentes. Me parece que ha mordido el anzuelo que ella le tendió y que también lamenta la partida de esta mujer que era, después de todo, afectuosa.

Siento nostalgia... Quizá no sea más que un sentimiento de soledad un poco más pronunciado, algo inexplicable que me empuja a preguntarme por qué me encuentro aquí, por qué las cosas son como son, por qué estoy aquí a la edad en la que la mayoría de las chicas, en otras partes del mundo, viven con despreocupación,

cantando, bailando, riendo, viviendo en una casa, durmiendo en una cama, sentándose a la mesa con el resto de su familia, yendo a la escuela, comiendo a su antojo, lavándose, paseándose con sus amigos, yendo al cine, a la biblioteca y, sobre todo, no conociendo el miedo. Sin embargo, no tengo nada que reprocharme, no he cometido ningún delito. No he sido más que una víctima desde mi nacimiento, me he rebelado contra todo eso, he luchado por tener derecho, yo también, a mi justa parte, a mi cachito de cielo. ¿Es pedir demasiado? ¿Tan imposible es de conseguir? ¿Hay tan poco, que tenga que arrancarlo a la fuerza con riesgo de mi vida? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Durante mucho tiempo he buscado una respuesta. He llegado a la conclusión de que las clases pudientes que llenan las iglesias para dar gracias a Dios por sus favores llevan razón al hacerlo, que tienen que seguir haciéndolo una y otra vez para que esto continúe siempre, no en el cielo, sino en la tierra. El cielo, bien se sabe, está reservado a los pobres. Es en el cielo donde tendrán tres comidas al día y un lecho cómodo con sábanas limpias. Sí, así es como se habla a los pobres para incitarles a la resignación. Todos los que no quieren someterse, ya saben a qué atenerse. Los pobres..., a los que se hace desfilar bajo banderas al son de himnos nacionales, todas las iras se abaten sobre ellos, la del hisopo, la del cañón, la del fusil, la del amo que los domina.

Por la mañana muy temprano, llaman a todos los hombres para que se presenten en el patio de la estación. Yo observo por una rendija del vagón y tengo siempre la clara impresión de que el suboficial que cuenta a los hombres echa una mirada furtiva hacia donde sabe que me encuentro. Aprovecho este momento para ir, por detrás del vagón, a por agua al grifo para lavarme y lavar una o dos prendas de ropa interior que pongo a secar dentro del vagón en un alambre atado a los salientes de las planchas de madera.

En cuanto al agua potable, siempre hay algún voluntario que siente gran satisfacción en traérmela. Los días que todos los hombres han salido a trabajar fuera del campamento debo pasar sin beber y sin comer. Esos días sólo funciona la cocina de los militares franceses, y los buenos olores llegan hasta mí. El hambre se vuelve entonces insoportable, casi un suplicio. Miro el movimiento del sol alrededor del vagón deseando que la jornada pase deprisa y que los hombres vuelvan para la escasa comida de la tarde. Cuento también con la buena suerte de Dioni y espero que a su regreso al campamento me traiga algo de su comida. A veces es un trozo de pan de pueblo, otras, un poco de queso, o simplemente un huevo robado del gallinero.

Dioni me habla de la gran alegría que siente trayéndome estas naderías, que para mí son cosas divinas y succulentas, y viendo cómo los ojos me brillan, como el lucero del alba. Me parece que su mirada tiene algo muy diferente a la mía. Este algo es la compasión, la compasión hacia este animalito a la vez dulce y salvaje, acurrucado en un rincón del vagón sobre un montón de paja, que no se queja jamás, que no llora y que posee una gran determinación.

A medida que pasa el tiempo, mi presencia en este lugar intriga a los españoles. Los franceses deben de saberlo desde hace tiempo, no soy más que una refugiada española más.

Un día, mientras estoy sentada en el bloque de cemento que hay enfrente del vagón, Paco y Pelegrí vienen a verme. Se sientan en el suelo enfrente mío y Pelegrí, a bocajarro, sin más preámbulo, me pregunta cómo he venido a parar a esta estación, entre trescientos hombres.

Les cuento que venía del pueblo de Lamothe-Fénelon, en el Lot, más concretamente de una granja llamada La Gresse, explotada por un grupo de refugiados españoles, hombres, mujeres y niños. Algunas personas influyentes consiguieron arrancarles de los campos de concentración y los mandaron allí. El padre de Dioni es uno de ellos.

Yo llegué a esta granja de la forma menos ortodoxa que imaginarse pueda, escapándome del campo donde me encontraba. No tenía ni documentos de identidad ni salvoconducto. Para un extranjero, viajar en Francia sin autorización en tiempo de guerra es un delito grave, por el que pueden ponerte fuertes multas o enviarte a la cárcel. En mi caso, hubiera podido ser la deportación, pura y simplemente, pues era mi tercera evasión.

La primera vez que me escapé fue por evitar una eventual deportación a España. Temiendo que el Gobierno francés ejecutara sus amenazas y pusiera a los jóvenes refugiados españoles a disposición de las autoridades franquistas, jóvenes socialistas franceses, conscientes del peligro que corrían los jóvenes españoles que habían militado en los movimientos juveniles antifascistas, presionaron a los diputados franceses de izquierda, a todos los antifascistas y a todos los que simpatizaban con nuestra causa, informándoles de la enorme y terrible represión que se estaba llevando a cabo en España en ese momento y a la que no escapaba la juventud. Julia, una amiga de Dioni, fue asesinada en esa época en la prisión Modelo de Barcelona.

Como la respuesta de las autoridades francesas se hizo esperar, unos jóvenes franceses decidieron buscarme un escondite. Buscaron primero en Lyon y en Toulouse sin éxito, y lo consiguieron finalmente haciendo que los padres de un joven me aceptaran.

Tenían un café-hotel-restaurante en Saint-Rome-du-Tarn, en el Aveyron. Era el Hotel du Commerce, del que el señor y la señora Rudelle eran propietarios. Me convertí en camarera y criada para todo.

Algo después de la declaración de guerra entre Francia y Alemania, en septiembre de 1939, tuve que volver al campo de los exiliados españoles, que, mientras tanto, había sido transferido a algunos kilómetros de Saint-Affrique, a una vieja y miserable aldea abandonada donde las casas, con las ventanas rotas, estaban a merced de los vientos invernales. Nos acostábamos en el suelo sobre jergones rellenos de paja húmeda. Estábamos diez mujeres en cada habitación, bien apretadas unas contra otras. Una de las mujeres tenía una niña de dos años y medio; otra, en la habitación de al lado, tenía tres chicos de corta edad que pedían de comer todo el rato, lo que llenaba de desesperación a la pobre madre y a todas nosotras.

Había un riachuelo justo enfrente, al otro lado de la carretera, donde nos aseábamos por la mañana y lavábamos la ropa. Calentábamos sobre un fuego improvisado un cubo lleno de agua, enrollábamos los jergones y los poníamos contra el muro, y en la mitad de la habitación, por turnos, de pie dentro del cubo, nos lavábamos completamente. Era todo el lujo que podíamos permitirnos. No había calefacción. Los alimentos escaseaban día a día, a medida que el frío se hacía cada vez más intenso.

Dioni acababa de dejar el campo de concentración de Agde, en el Hérault. La carta que esperaba con impaciencia y que debía revelarme su nuevo destino llegó por fin. Después de un examen ante un consejo de revisión para los beneficiarios al derecho de asilo, había sido declarado apto para el servicio militarizado e incorporado forzosamente a la 192ª Compañía de Trabajadores Extranjeros

acantonada en Ferté-Imbault en Loir-et-Cher y destinado a los talleres de carga de municiones de la fábrica de Salbris. No recibiría más que cincuenta céntimos por día como salario a pesar del peligro constante de una posible explosión y la exposición permanente a productos químicos tóxicos.

Recogí mis cosas y le di el abrigo que había traído de España a la madre de la niña que estaba en mi habitación. La mujer no tenía ropa adecuada para afrontar el invierno y tampoco gran cosa para la pequeña. Al día siguiente, sobre las seis de la mañana, me levanté y me vestí sin hacer ruido. Tomé mi maleta y un hatillo y me fui sin mirar atrás. Estoy segura de que en ese momento todos los ojos estaban fijos en mí. Caminé hasta el cruce por donde sabía que pasaba un autocar en dirección a Saint-Affrique.

Esperé diez o quince minutos bajo un viento glacial. El autocar apareció al fin. Me palpé el bolsillo para asegurarme de que el poco dinero que había ahorrado durante mi estancia en el hotel seguía allí, saqué unos francos para pagar el billete e hice signo al conductor de que parase. El calor dentro del vehículo me reconfortó un poco.

No tardamos en llegar a Saint-Affrique. Descendí del autocar, tomé mi maleta, que el conductor había puesto ante mí, y me dirigí a la dirección de un tal Laurent que conocía. Era miembro del SFIO francés, y había venido con algunos compañeros a visitar a los refugiados del primer campo donde había estado internada. Era guantero y trabajaba en casa. La fabricación de guantes era la principal industria de la región. Era difícil calcular su edad, tendría entre cuarenta y cincuenta años. Llegué delante de la casa, llamé a la puerta. Una señora mayor vino a abrirme. Era todavía muy temprano y la señora pareció sorprenderse al verme. Le pregunté si estaba su hijo, me respondió que acababa de levantarse y que se pondría a

trabajar enseguida. Laurent escuchó la conversación y me pidió que subiera hasta su taller, que le servía también de dormitorio. Me hizo sentar y me preguntó qué me pasaba. Le conté mi evasión del campo y le hice partícipe de mi proyecto de ir a Lot. Le supliqué que me ayudara. Todo esto en un francés de lo más rudimentario, pero acabó por comprenderme, tan grande era su deseo de ayudar.

Me aconsejó que dejara mi maleta en su casa y salimos hacia la estación, donde se puso a buscar a un empleado que conocía, pues sabía que los ferroviarios franceses simpatizaban con la causa de los refugiados españoles. Le encontró por fin, hablaron en voz baja. El ferroviario nos hizo señas de seguirle y entramos en una habitación. Dibujó un plano sobre una hoja de papel ayudándose de un mapa, después me lo dio y me indicó con un ademán que le siguiera hasta la taquilla, donde compró él mismo el billete después de parlamentar con el cajero. Dejamos la taquilla y fuimos hacia el andén. Entonces me dio el billete. Quise pagárselo, pero se negó a aceptar el dinero.

—Guárdate el dinero, tendrás sin duda necesidad de él —me dijo.

Monté en el tren. Debía seguir las indicaciones y el horario que me había dado. Me deseó buena suerte. Laurent había permanecido en silencio, me dio dos besos, me pidió que tuviera cuidado y que le escribiera sin tardar para que pudiera enviarme mi maleta y se marchó.

Me encontré sola en un vagón completamente vacío junto a mi hatillo, de camino, una vez más, hacia lo desconocido. La audacia era mi credo, pero el temor a que me prendieran los gendarmes lo tenía siempre bien presente. Escuché el silbato del jefe de estación y el tren se puso en marcha. En la estación siguiente, en cuanto paró el

tren, le compré algo de comer a un vendedor ambulante. El hambre me acuciaba, no había comido nada desde la escudilla de sopa más bien agria de la víspera, acompañada de dos sardinas de lata y un trozo de pan duro. Los dos croissants calientes y aromáticos que compré me parecieron más que divinos. Los devoré como un lobo hambriento devora a su presa.

Si la memoria no me falla, la parada siguiente era Rodez. No me acuerdo si tuve que cambiar de tren, todo lo que recuerdo es que tuve que bajarme para esperar en una estación donde había varios gendarmes. Me senté en un banco al lado de una mesa y dos de ellos, bastante jóvenes, vinieron a sentarse a mi lado. Me dirigieron la palabra y, sin comprender lo que me decían, les respondí con una sonrisa, tras lo cual me levanté y me marché en el acto. Este hecho ha quedado grabado en mi memoria. Tenía miedo de que se dieran cuenta de que era española y de que me detuvieran. Los gendarmes eran desconfiados, sobre todo en las estaciones, pues en el Aveyron y en los departamentos limítrofes había algunos campos de refugiados, entre ellos el de Bram, donde había estado internado con anterioridad el padre de Dioni. Las fugas debían de ser numerosas y frecuentes y la caza más productiva debía de ser sin duda la caza del español o de la española. Siento curiosidad por saber cuántos terminaron en los pozos de las minas de Decazeville.

Cuando subí al tren de Capdenac, me senté al lado de una señora mayor y de un soldado que iba a integrarse a su regimiento. Parecían conocerse. El soldado era guapo y simpático, a juzgar por la manera en que se dirigía a mí. Me hizo algunas preguntas, las normales cuando se está de viaje, ¿de dónde viene? ¿a dónde va? Parecía sorprendido de verme viajar sola y debió de darse cuenta, por mi fuerte acento, de que no era de la zona. Le dije que era española y

que había venido a Francia a estudiar. Hizo como que me creía, pero no era tonto. Compartió su tentempié conmigo, y sólo de verme engullirlo debió de darse cuenta de que mi historia de estudiante con hatillo no se tenía de pie.

En Capdenac, la señora mayor, el soldado y yo descendimos del tren. El soldado nos invitó a tomar un chocolate caliente en la cantina de la estación y después me acompañó hasta la sala de espera, pues el tren de Lamothe-Fénelon no salía hasta las cinco de la mañana. Me dijo adiós y se fue. Al cabo de quince minutos le vi reaparecer, me sugirió que fuera a descansar a la sala de espera de primera clase, que era más cómoda y donde no había demasiada gente. Me acompañó y me ayudó a instalarme con la solicitud digna de un padre. Creo que se marchó tranquilo, con la sensación de haber realizado un gesto humanitario.

Me tendí sobre un banco, con la cabeza sobre el hatillo, y cerré los ojos. Lo que más temía era dormirme, pero los ronquidos de un viajero que dormía no muy lejos impidió que sucediera. La lámpara de la sala de espera estaba apagada y sólo el resplandor de las luces exteriores me permitía seguir los movimientos de la agujas del reloj de pared. Sobre las cuatro y media salí de la sala y le pregunté a un empleado cuál era el tren que salía en dirección de Lamothe-Fénelon. Me indicó el tren de la vía de enfrente.

Monté en un vagón completamente vacío que tenía por toda iluminación una bombilla de luz macilenta que le daba un aspecto siniestro. Hacía mucho frío. Buen ambiente para una película de espionaje, pensé. En realidad, era la guerra, si bien no había llegado todavía realmente hasta aquí, era «la drôle de guerre», como se la llamaría más tarde. Me acurruqué en un rincón para guardar el calor. El tren no tardó en ponerse en marcha.

No recuerdo cuánto tiempo duró el viaje. Consultaba a menudo el papelito sobre el que el ferroviario de Saint-Affrique había escrito el itinerario que debía seguir. Por fin el tren llegó a la pequeña estación de Lamothe-Fénelon.

Descendí y me dirigí al hotel de la estación para preguntar por la carretera que conducía a la granja de La Gresse. La dueña del hotel me indicó amablemente el camino. Estaba a tres kilómetros de mi destino. (Ignoraba en ese momento que su marido, que era comunista y el alcalde del pueblo, había sido arrestado y encarcelado tras la firma del Pacto Germano-Soviético. Ignoraba también que en este pueblucho había personas muy peligrosas y un servicio de delación que funcionaba bien, el cual estaba compuesto por el secretario del ayuntamiento y el jefe de correos, que era en este caso una mujer.)

Tomé el camino que la hostelera me indicó y al cabo de un rato, no lejos de la carretera, vi a un hombre trabajando en un campo. El hombre me miraba con curiosidad. Cuando llegué a su lado, le pedí que me indicara el camino y le reconocí: era el padre de Dioni. Su sorpresa fue grande, la mía también. Los gendarmes venían a menudo a la granja a inspeccionar los documentos de los recién llegados. Mi presencia podía causar problemas, yo no poseía ni un salvoconducto ni autorización para circular ni carné de identidad. Unos decían que debía presentarme enseguida en la comisaría, otros me aconsejaron que esperase a la próxima visita de los gendarmes, y fue lo que hice.

Vivían en esta granja: José Escuer, catalán de la provincia de Lérida, con su mujer y sus dos hijos, Adelina y José; Luis Vasca, su mujer, Enriqueta, cuya sobrina, María Batet, era la secretaria de Federica Montseny, así como sus dos hijos, Floreal y Nardo. Había

también una mujer, cuyo marido había desaparecido o había sido detenido en España, con su hija y su hermano. He olvidado sus nombres y los de otras cuatro personas: un hombre, una mujer y su hija, y el tío de ésta, que trabajaba de mozo en la panadería del pueblo. Había también una pareja joven de apellido Palau, más cuatro personas solas, entre las que cuento al padre de Dioni. En total eran veintiuna personas que habían podido ser sacadas de los campos de concentración y ser sustraídas a las compañías de trabajo obligatorio. Conmigo, éramos ahora veintidós. Diecinueve catalanes, un aragonés, un castellano, el padre de Dioni, y una madrileña, yo.

Como la granja no podía satisfacer las necesidades de todos, algunos habían buscado trabajo en las granjas de los alrededores o en la panadería. Una parte de su salario, y a veces la totalidad, era ingresada en la caja común de la granja.

En espera de que los gendarmes me descubrieran, se me asignaron varias tareas, entre ellas, la de ir al pueblo a hacer los recados con una carreta y un burro y la de llevar a pastar a los bueyes de labor, la vaca y los corderos. Siendo chica de ciudad, sin ninguna experiencia, me hundía en la desesperación cuando a todo este ganado le daba por correr en todas direcciones. El perro que llevaba para ayudarme no comprendía más que el patois de los pastores, formado por toda clase de onomatopeyas, llamadas y silbidos que me era imposible imitar a pesar de mis grandes esfuerzos y buena voluntad. El menos raro de estos animales era, sin embargo, el burrito. En lugar de seguir el sendero de la granja que conducía a la carretera, atrochaba a campo traviesa. Brincaba de tal forma que más de una vez estuve a punto de acabar en el fondo de los pozos contra los que chocaba la carreta. Algunas veces iba al campo armada de una azada a arrancar aguaturmas.

Todos esos trabajos me gustaban más, no obstante, que las tareas de la casa. Experimentaba un placer sin igual al recorrer los prados, al rozar la hierba fresca cubierta del rocío de la madrugada, al contemplar todos esos colores que se transformaban a medida que el sol se hacía más brillante, al saborear el silencio que me rodeaba y que sólo era roto por el piar de los pájaros multicolores. Era libre para concentrarme, soñar y pensar. Un ser humano solo es bien poca cosa frente a la humanidad entera y, sin embargo, todos los días, en todo el universo, los seres humanos, completamente solos, luchan y mueren por esta misma humanidad. En este silencio, en esta calma tan tranquilizadora, casi adormecedora, todo me parecía lejano, tan lejano, y, sin embargo, tan próximo: los campos de concentración, el éxodo, los bombardeos de Madrid, los de Vilanova i La Geltrú, el recuerdo de Miguel, mi hermano, herido varias veces en el frente de Madrid y en el de Teruel. ¿Qué suerte le había sido reservada en la derrota? Pensaba en mi padre encarcelado durante un año en la Modelo de Barcelona por posesión de armas porque los comunistas, que estaban a la cabeza del gobierno durante la Guerra Civil, habían decretado una ley que pretendía desarmar a todos los que no fueran comunistas. Pensaba también en mis dos hermanas pequeñas, que estaban en una escuela para niños refugiados de Madrid, y en Dioni, trabajando en medio de todos esos explosivos. Pensaba en mi madre, y esta escena, que todavía hoy me hace reír, me venía a veces a la memoria:

Fue durante el transcurso de los primeros bombardeos de Madrid, cuando la Luftwaffe —la Legión Cóndor— no nos dejaba un momento de respiro y cuando la gente pasaba la mayor parte del tiempo entre la casa y el refugio, en los sótanos o el metro. Mi madre aprovechó un momento de calma para lavarse. Había dispuesto la ropa limpia sobre una silla y estaba completamente

desnuda. De repente, sonó la sirena. Mi madre, asustada, no sabía qué hacer. ¿Debía ponerse la ropa sucia o la limpia? Completamente aturdida, no se puso ni la una ni la otra, cogió la gabardina de mi padre, que tenía una abertura muy grande por detrás y se la puso encima de la carne. Como no le dio tiempo a abotonársela, se la cerró bien, y cuanto más se la ajustaba por delante, más se abría por detrás, mostrando su anatomía posterior a todos los que se encontraban en ese momento en el refugio. Aún me acuerdo de las carcajadas a pesar de los momentos trágicos que vivíamos. ¡De todo puede pasar en el momento más inesperado! Por un corto lapso de tiempo todos olvidaron su miedo.

Un día, en la granja, lo que debía inevitablemente suceder, sucedió, los gendarmes se presentaron para la inspección de rigor y tuve que presentarme. ¿Documentos? Ningún documento. Una pregunta tras otra. Proceso verbal, comparecencia inminente en el juzgado. ¿Cuál sería el veredicto? Misterio. Me dijeron que esperase a que me convocaran. Como de costumbre, no se hizo esperar, debía presentarme ante el tribunal de Gourdon, cabeza de distrito del departamento del Lot. Fui allí acompañada por el padre de Dioni.

Delito de circulación en tiempos de guerra, de un departamento a otro, por una extranjera sin autorización previa, sujeto a una condena de... etc., etc. Evasión del campo de... etc., etc. Residencia no autorizada en un nuevo lugar, sujeto a una condena de... etc., etc. Resultado, y según el juez podía darme por satisfecha, se me condenaba a una multa de ciento veinte francos (una fortuna para la época) o, en su defecto, a unos meses de prisión.

El padre de Dioni se ofreció a pagar la multa, lo que le confería, según él y de forma tácita, derecho a velar por mi persona, ¿no era acaso la amiga de su hijo? Le hice comprender que yo no veía las

cosas de este modo. Siempre he sido muy celosa de mi libertad y he cultivado esta libertad como quien cultiva un jardín, es decir, con muchas atenciones. Quizás había olvidado que acabábamos de vivir una revolución en la que las mujeres habían sabido ocupar el puesto al que tenían derecho y que su visión muy machista y española de «las mujeres en la cocina» estaba caduca, aunque en el inconsciente de los más viejos siguieran subsistiendo restos de la civilización judeocristiana y árabe.

Los gendarmes me advirtieron y recalcaron muy seriamente que me encontraba en residencia asignada, con prohibición de circular libremente. Sólo me estaba permitido ir a la compra al pueblo. Aún no tenía documentos de identidad.

Dioni, que se encontraba en Loir-et-Cher decidió escribir una carta a Léon Blum, jefe del Partido Socialista (SFIO), que había sido Primer Ministro del Gobierno del Frente Popular en 1936 y que era ahora director del periódico *Le Populaire* de Blois. Le pidió, como lo más sencillo del mundo, que hiciera algo por mí, y se atrevió incluso a solicitar su ayuda para que me encontrase en la región un lugar donde poder residir. Léon Blum, a través de su secretario, le respondió de una forma muy emotiva, asegurándole que era posible. E incluso nos designó un lugar. Pero ese proyecto no pudo continuarse, el avance de los alemanes y los sucesos que siguieron pusieron fin a este plan y tuve que quedarme en la granja.

Un día recibí por correo una revista de California llamada *Ariel*. Su fundador, un amigo del hermano de Dioni, el doctor Félix Martí Ibáñez, que había sido el médico de las barricadas de Barcelona y el Consejero de Cultura de la Generalitat de Catalunya, se había refugiado en San Francisco después de la guerra. Había tenido la gentileza de hacerme llegar esta revista por mediación del hermano

de Dioni, Joaquín. Este se encontraba entonces en Londres, después de haber escapado de España en el último momento en un barco inglés, el Galatea, barco escuela de la marina de guerra. Dicha revista me llegó, pues, por correo y en buen estado. Tres días más tarde, un señor de unos cuarenta y cinco años, de aspecto severo, se presentó en la granja y preguntó por mí. Yo creía que esa visita estaba relacionada con mi evasión del campo. Pero no. Había recibido correo de los Estados Unidos y quería saber de qué se trataba. Le dije que, efectivamente, había recibido una revista, y fui a buscarla. Me acosó a preguntas, a las que respondí lo mejor que pude. Me dijo que la revista debía ser confiscada. En Lamothe-Fénelon, el servicio de control, compuesto entre otros por la jefa de correos y el secretario del ayuntamiento, funcionaba de maravilla, como podía verse. Se marchó y no volví a oír hablar de este asunto.

¿Se trataba del Deuxième Bureau francés o del Servicio de Información General para la región de Toulouse, que dependía del Ministerio del Interior del Gobierno de Vichy? Llegamos a la siguiente conclusión: el nombre de Martí Ibáñez [\(16\)](#) debía de figurar junto a los de otros miembros del Consejo Autónomo de la Generalitat de Catalunya en las listas de los Servicios de Información. Conocíamos la suerte reservada a Luis Companys, el presidente de la Generalitat, que fue entregado a Franco y fusilado. Los gendarmes continuaron con sus rondas habituales para asegurarse de mi presencia en la granja.

El 13 de junio de 1940, o sea, la víspera de la toma de París por los alemanes, vimos llegar a la propietaria de una granja situada en la otra ladera de la montaña. Preguntó por mí. Me llevó aparte y me dijo en voz baja que un tal Dioni Delso de Miguel se había presentado en su casa. Se había equivocado de camino viniendo de

Cahors con destino a nuestra granja y no osaba aventurarse más lejos por temor a que los gendarmes le detuvieran. Me propuso llevarme junto a él. Nos dimos prisa en subir la montaña por el camino que ella había tomado.

La última vez que había visto a Dioni fue en la estación de Béziers, durante el verano de 1939. Volvíamos entonces cada uno a nuestro campo, él al campo de concentración de Agde en el Hérault, y yo al campo de Saint-Affrique, en el Aveyron. François Pujol, joven socialista francés, me había ayudado a escaparme de mi campo para ir a visitar a Dioni al suyo y llevarle un poco de ropa y comida. El día y a la hora convenidos, me las arreglé para salir del campo sin que nadie se diera cuenta. François Pujol me esperaba en la estación. Tomamos el tren. En Agde, pedimos que nos indicaran el camino y continuamos a pie. La entrada del campo estaba custodiada por soldados; nos presentamos como señor y señora François Pujol, venidos a visitar a un interno del campo. Pujol mostró sus documentos de identidad. Entramos en un recinto rodeado de una alambrada de espino y esperamos. Vimos aparecer a mi Dioni vestido con un traje completo pero pasado de moda que le habían dado. Parecía un viejo campesino endomingado. Al verle así, no sabía si reír o llorar, él que parecía tan apuesto en su ropa de combatiente, con la camisa arremangada y las alpargatas blancas, cuando era comisario comandante de artillería de la defensa de las costas españolas. El plan, muy preciso, que François Pujol y él habían trazado sin que yo lo supiera, funcionaba de maravilla. Fue, pues, gracias a la complicidad de varias personas como pudimos salir los tres del campo haciéndonos pasar por unos visitantes. Volvimos a tomar el mismo camino hasta la estación para ir a Béziers, donde Dioni y yo pasamos juntos un día y una noche. Al día siguiente,

volvimos a nuestros respectivos campos, donde nuestra ausencia había sido disimulada.

Dioni, inquieto, estaba sentado en una silla en la cocina de la granjera y me esperaba. No daba crédito a mis ojos. Me contó que habían evacuado la fábrica de carga de munición al aproximarse las tropas alemanas y que su compañía de trabajadores extranjeros se dirigía en ese momento hacia el sur de Francia. No sabía exactamente adonde. Aprovechando una parada en la estación de Cahors, sin pensarlo, había saltado del tren. A la salida de la estación había una bicicleta pequeña con una caña de pescar, y como tenía que hacer cincuenta kilómetros hasta la granja, sin pensarlo, la agarró y salió a toda velocidad. Me dijo que no había tenido tiempo de pensar en el niño a quien debía de pertenecer la bicicleta. Era una cuestión de vida o muerte para él, no obstante, este hurto le entristecía. Le hubiera gustado ofrecer una reparación, ¿pero cómo? Era la guerra...

Mientras me contaba su aventura, me parecía verle con sus largas piernas pedaleando en esta bicicleta pequeña, y casi me daban ganas de reír.

Nos dirigimos a la granja a campo traviesa. Dioni se encontró allí con su padre.

Los gendarmes hicieron de nuevo su aparición y esta vez encontraron a un desertor, pero como era la *débâcle* no fueron muy severos con Dioni, que incluso tenía un grado militar. Le dijeron que esperara órdenes y que no se moviera, y así hizo.

Llevábamos juntos a pastar el ganado, charlábamos y hacíamos toda clase de proyectos, unos más locos que otros, sueños que nunca llegaríamos a realizar. No me cansaba de mirar esa cara que

me parecía tan bella, digna de las estatuas de Miguel Ángel, ni sus grandes ojos gris azulado. Físicamente no era el típico español, parecía un hombre del norte, incluso en su temperamento tranquilo y reflexivo.

Nos llevábamos once años. Yo le amaba profundamente. Le profesaba una gran admiración. Todas las pruebas por las que había pasado durante la guerra, las batallas que había llevado a cabo contra los comisarios políticos de obediencia comunista que veían con malos ojos la presencia de representantes de la CNT y de la AIT en el cuerpo, su internamiento en varios campos de concentración y su integración en diferentes compañías de trabajo le habían otorgado una madurez que suscitaba en mí un profundo respeto y un gran cariño.

Un día, los gendarmes se presentaron en la granja con una notificación de comparecencia. Significaba que Dioni debía presentarse a la mayor brevedad posible en Saint-Denis-lès-Martel, donde se encontraba acantonada la 539ª Compañía de Trabajadores Extranjeros, a la que debía incorporarse.

Al día siguiente por la mañana, recogió sus cosas, se despidió de todos, abrazó a su padre y partió. Yo hice con él parte del camino, después nos separamos. Me prometió escribirme. Le seguí con la mirada hasta que desapareció en una curva de la carretera. Me quedé allí, desamparada, inmóvil, petrificada, sin saber qué hacer. Ni siquiera había en mí revuelta ni cólera, lo cual es extraño. Volví a la granja con la cabeza baja y el corazón apesadumbrado.

Unos días más tarde recibí una carta de Dioni en la que me indicaba su nuevo destino. Muy poco a poco empecé a elaborar un plan de evasión.

En la granja las cosas no iban muy bien, había demasiada gente y las visitas de inspección de los gendarmes se hicieron cada vez más frecuentes. Algunos se marcharon a Burdeos.

Recibimos la visita de Germinal Esgleas, el compañero de Federica Montseny, quien había venido también a la granja. Germinal Esgleas y Federica Montseny han sido pilares en el movimiento libertario y anarcosindicalista español. Esgleas venía, como representante de los refugiados españoles, a entrevistarse con el alcalde de Lamothe-Fénelon para arreglar ciertas cuestiones administrativas que concernían a la granja colectiva. Pero éste, que era comunista, había sido encarcelado tras la firma del pacto germano-soviético. Esgleas no tuvo más remedio que entrevistarse con el secretario.

El secretario del ayuntamiento me daba mala espina. Había tenido que hablar unas cuantas veces con él y siempre había intentado tirarme de la lengua. Mi desconfianza crecía de día en día; empezaba a sentir el peligro. Esgleas y yo fuimos a la estación en la pequeña carreta, que yo conducía. Me impresionó mucho la calidad de su francés y la conversación que mantuvo con el secretario, la cual denotaba una gran cultura.

Por fin llegó el día en que decidí poner en marcha mi plan de partida. Hice un paquete con unas pertenencias, tomé mi pequeña maleta e hice que me llevaran a la estación en la carreta que había conducido yo tantas veces, dejando atrás a todas esas personas, algunas de las cuales tuvieron un triste destino.

Todos me prodigaron sus consejos. Los abracé muy fuerte, sobre todo a los niños... Pobres niños... Se erigen monumentos a la memoria del soldado desconocido y a los héroes de todas clases, a veces tan imponentes y grandes que se desplomarán por sí solos.

Quizás un día, a alguien, en alguna parte, se le ocurra erigir uno a la memoria del sufrimiento de todos esos niños españoles que conocieron los horrores de la guerra primero y del exilio después, y que la Historia ha olvidado. A todos esos niños... pobres niños...

Dimos un rodeo para evitar pasar por el pueblo y que nos vieran. Eché una última mirada a ese rincón de la campiña francesa que había sido para mí una experiencia feliz de solidaridad. Una tregua. Antes de entrar en la estación abracé a la persona que me había acompañado y acaricié largamente la cabeza del burrito que tantos malos ratos me había hecho pasar. Tomé mi billete hacia otro lugar, otras gentes, otras penas y otras alegrías también. Mi vida era una serie de aventuras, el resultado cruel y lógico de un penoso y largo exilio, que es ya un poco la muerte, aún cuando no se tengan más que dieciocho años.

Fue así como llegué a Saint-Denis-lès-Martel y me encontré con Dioni y los hombres de la 539ª Compañía, que se alojaban en vagones en desuso.

Poco después de mi marcha recibí una carta de la granja. El joven José Escuer me escribía que su padre acababa de ser detenido y que se encontraba en la prisión de Toulouse con Germinal Esgleas. No tuve más noticias de ellos hasta algún tiempo más tarde. Me enteré de que

Franco había pedido al gobierno francés la extradición de Federica Montseny y de que los tribunales franceses se negaron a concederla. ¿Por qué razón? ¿Por razones morales? ¿Quién sabe?

Juan Peiró, otra figura importante del anarcosindicalismo español, tuvo menos suerte. Le capturaron, fue un verdadero rapto. Querían que colaborara con los sindicatos fascistas.

—¡Matadme —dijo—, nunca colaboraré con vosotros!

Le fusilaron junto a otros seis cenetistas en el campo de tiro de Paterna.

Recibimos una carta de Londres vía España en la que el hermano de Dioni nos decía que su intervención y todos sus esfuerzos ante el Foreign Office pidiendo la intercesión de éste ante el gobierno de Franco a fin de intentar salvar la vida de Peiró habían sido inútiles: Peiró estaba ya muerto. ¡Cuántos refugiados españoles en Francia fueron secuestrados por las policías francesa, española y alemana y desaparecieron sin dejar el menor rastro!

La narración que le hice a Pelegrí fue larga. Fue en el transcurso de varios días como le conté mi historia. Así se explica, pues, mi presencia en estos lugares, en este vagón —cuarenta hombres, ocho caballos— de los ferrocarriles franceses que me sirve de refugio, de dormitorio, de comedor, de cuarto de baño, de cárcel y, a veces, también de circo, cuando la simpática y querida condesa venía con sus extravagancias a alegrar un poco mis tristes y largos días. Todavía la veo riendo locamente el día que le dije en broma:

—¡Ya no tengo ni padre ni madre ni perro que me ladre!

—¡Viva! —gritó.

¡Dichosa condesa!

La temporada de la cosecha avanza, la carencia de mano de obra ocasionada por la guerra se vuelve cada día más apremiante. Las compañías de trabajadores extranjeros se convierten por este motivo en un remedio y el Estado francés las hace circular de un pueblo a otro, de una región a otra a fin de satisfacer la necesidad de mano de obra que tienen los agricultores. Son trabajos duros y

penosos para los que no están acostumbrados a estas tareas, e incluso para los que lo están, debido a las condiciones insalubres en las que viven, a las carencias alimentarias, a la falta de ropa, de calzado y de alojamiento y a la ausencia de cuidados médicos. Para la mayoría de los españoles, estas condiciones de vida se remontan al principio de la guerra civil.

Ya dura demasiado.

Una tarde, a la hora de la formación, después de haber contado a los hombres, se da la orden de que estén preparados en los vagones a las siete de la mañana. La compañía abandona Saint-Denis- lés- Martel.

¿Qué será de mí? ¿Qué harán conmigo? ¿Podré seguir a la compañía? Por la noche, no pego ojo. A fuerza de dar vueltas y vueltas en mi montón de paja, se esparce. Siento los salientes de las planchas ásperas bajo mis costillas. Dioni, destrozado por la fatiga de su dura jornada, duerme profundamente.

Apenas es de día cuando se levanta. Después de la distribución del café, la veintena de hombres que duermen en la tienda se reúnen con nosotros en nuestro vagón.

Espero que con el barullo de la partida, el comandante de la compañía se olvide de mí. Los hombres han subido ya a los vagones. La angustia me atenaza la garganta. La locomotora escupe nubes de vapor. De repente, estamos en movimiento. No me atrevo a moverme, temo que el tren se pare y que los militares entren a detenerme. Pero nada de eso sucede, el tren toma velocidad y comienza a devorar los kilómetros presos entre los dos raíles. Estoy salvada. Todas las miradas están fijas en mí, sonrisas de satisfacción comienzan a dibujarse en todos los labios.

El tren se para mucho en las vías de clasificación de las estaciones. Es el tren de los rojos apestados, de los que han perdido la guerra, de los vencidos. ¡Nada de privilegios para la chusma!, debe de decirse la gente bienpensante que nos mira al pasar. Otros nos saludan con la mano y nos hacen comprender por gestos lo que no pueden expresar de viva voz, y eso, al menos, es el principio de algo que no tiene nombre, un nombre lo suficientemente justo y preciso que pueda describirlo, que quizá un día se invente, que salga de la boca de un niño, de un principito o de un pequeño vagabundo, ¡quién sabe!

El tren se para por la noche en la vía de estacionamiento de una estación donde hay una fuente. Es una tubería larga rematada con un grifo, como los que se pueden ver en cualquier estación de pueblo. Se distribuye a cada uno pan, dos sardinas en lata y agua de la fuente. En el interior del vagón, los hombres extienden la paja y se echan encima lo mejor que pueden. Está oscuro. Sólo la pálida luz de un farol se refleja sobre la puerta entreabierta del vagón. Todo está en silencio.

Alguien me pide una canción. Dudo, insisten... Me pongo a cantar *Te quiero*. Era una canción muy de moda antes de la guerra, se oía por todas partes. Me defiendo como puedo. Creo que más bien que mal. Nadie habla. Es un silencio conmovedor, como la confesión de un secreto que nos hace sufrir. Son hombres después de todo, hombres que pueden sufrir también. En silencio. Con coraje.

Al despuntar el día, el tren se pone en marcha lenta y penosamente. Cuatro horas más tarde el convoy se para en pleno campo. A lo lejos se distingue un caserío que parece desierto, y viñas abandonadas. Nos hacen bajar del tren y caminar hacia el caserío, a lo largo de un riachuelo por donde corre un agua límpida. El

comandante toma el camino con uno de los vehículos que ha hecho bajar de una plataforma del tren y da la orden de cargar todo el equipamiento militar en los otros vehículos que le siguen enseguida.

¿Con qué fin nos meten aquí? Nos alojan en viejas casuchas insalubres. Después de las tiendas y los vagones, ahora vamos a vivir entre verdaderos muros de piedra. Las puertas y ventanas, a fuerza de ser batidas por los vientos, se encuentran en un estado lamentable. Los días de lluvia, el agua corre por las paredes y entra por las chimeneas. Dioni y yo nos instalamos en una especie de pequeña alcoba donde apenas cabemos. Nos distribuyen jergones de paja confeccionados con una gruesa tela negra, que disponemos en el suelo. A pesar de todo, el riachuelo que atraviesa el caserío nos colma de alegría, pues vamos a poder bañarnos, lavar la ropa y mirar fluir tranquilamente el agua clara y cristalina.

Ahora formo parte integrante de la compañía sin tener la obligación de presentarme a la convocatoria de inspección diaria. Ya no se ignora mi presencia y no tengo necesidad de ocultarme. Dioni y yo vagamos por las viñas abandonadas, donde las pocas uvas que encontramos son incomedibles.

Un día llega al acantonamiento una mujer pelirroja, muy raro en una española, que lleva consigo una niña rubia y de ojos azules. Son Rose y Roser, catalanas de la provincia de Gerona. Proceden del campo de concentración de Rivesaltes, en los Pirineos Orientales. No sé cómo esta mujer ha podido llegar hasta este caserío con el fin de reunirse con su marido, que se llama Gibert. Fue maestro en una escuela racionalista de la provincia de Gerona durante la revolución libertaria. Es un muchacho muy guapo de modales exquisitos, lleva un bigotito siempre bien recortado y se las arregla, a pesar de todas las carencias de higiene a las que nos vemos sometidos, para

conservar cierta apariencia de aseo. Me he dado cuenta de que lleva siempre, a pesar de las sucias tareas que debe cumplir a veces, un anillo precioso y bien grueso en la mano izquierda; me dijo que era un recuerdo de su compañera y que por nada del mundo se desharía de él.

A su llegada al acantonamiento, Rose y Roser deben contentarse con estar al lado de Gibert en el dormitorio común, al lado de los otros hombres. A Gibert se le mete entonces en la cabeza construir un refugio para ellos tres. No habla a nadie de su proyecto. Empieza a acarrear grandes piedras en una vieja carretilla oxidada que ha encontrado en el hueco de una escalera. Todos sentimos gran curiosidad por saber lo que pretende hacer. Cuando el montón de piedras es lo bastante grande, comienza, sin herramientas, sin nada, a poner piedra sobre piedra, como un hombre prehistórico, con una paciencia, una minuciosidad, un cuidado del detalle, que envidiarían arquitectos de más talento.

A medida que el trabajo avanza, cada cual hace sus comentarios. Se llega incluso hasta a comparar a Gibert con don Quijote, y a su refugio, con una de las muchas locuras de ese valeroso caballero. ¡Pobre Gibert! ¡A veces se parecen tanto, don Quijote y él! La misma delicadeza, la misma espiritualidad, la misma necesidad de proteger y defender a «la viuda y el huérfano», en este caso, su compañera y su hija.

Su pequeño castillo es de dimensiones más bien reducidas, apenas lo bastante grande para que tres personas puedan dormir en él. Le pregunto por qué lo ha hecho tan pequeño, me responde con una impasibilidad desconcertante que como las noches son cada vez más frescas, eso les permitirá estar más juntos y guardar mejor el calor. Esta morada que Gibert hubiera preferido pomposamente señorial

carece de lo esencial. No tiene techo, nada, absolutamente nada. Ni la menor plancha ni el menor madero para poner algo por encima y protegerse de la lluvia y del mal tiempo. Le pide al cocinero de la compañía el hacha que éste utiliza para preparar la leña de la cocina y se va a cortar ramas de árboles que apila unas sobre otras para formar una especie de tejado de bálago. Y he aquí su fortaleza inexpugnable que no es más sólida, sin embargo, que un castillo de naipes debido a su tejado frágil y vulnerable. Afortunadamente, no nos quedaremos mucho tiempo en estos parajes y no tendrán que afrontar aquí los rigores del invierno.

GIBERT O LA NOSTALGIA DE UN CASTILLO ESPAÑOL

Eras un caballero
Sin capa ni espada
Pobre y humilde
Sin lanza ni coraza
De hidalgo era tu corte

Allende el Pirineo llevaste tu galanura
Y la nostalgia de tu castillo de España
Donde, contra medievales fantasmas
Libraste tus más feroces batallas.
En medio de un campo de la moderna Galia
Con paciencia monacal, jamás igualada
Erigías, piedra sobre piedra
Tu inexpugnable fortaleza

Donde dar cobijo al fruto de tu amor
Y a tu Dulcinea amada
Roser y Rosa eran sus nombres ¿cómo olvidarlas?
Gibert, el techo, ¿dónde está el techo? le preguntaba
¿El techo, me preguntas?
¡El firmamento, el firmamento!
¡Míralo, pues, anda!
¡Ni Velázquez ni Goya Pintaron jamás tal joya!
Y cuando la lluvia caía Le ponías unas ramas.
Piedra sobre piedra
En un campo de la moderna Galia
Un caballero errante
Sin capa ni espada

Nunca hemos llegado a comprender el objeto de transferimos a este rincón perdido de Francia. Sin duda, algunos antiguos propietarios ambiciosos y sin escrúpulos habían querido aprovecharse de la mano de obra extranjera barata, proporcionada por el Estado, para volver a poner en explotación las viñas que ellos mismos habían abandonado. Como la tarea se reveló demasiado ardua, el comandante debió de juzgar que no valía la pena emprenderla.

Así pues, debimos partir de nuevo. Adiós, pequeño rincón tranquilo, adiós, riachuelo, adiós también, pequeño castillo de Gibert. Si alguien ha intentado demoler esta fortaleza, lo que dudo, no sabía lo que hacía; si por el contrario nadie ha osado hacerlo, lo que juzgo más probable, este pequeño castillo español debe de seguir allí y así por los siglos de los siglos. Otros caballeros errantes

pasarán quizás un día por aquí y se preguntarán a qué otro don Quijote ha podido ocurrírsele tal idea. ¿Un castillo? ¿Un molino de viento? Quizás sea las dos cosas a la vez.

Rose y Roser no vienen con nosotros, toman otra dirección. Volvemos a embarcarnos en un tren compuesto únicamente por vagones para animales, en dirección a la región de Catus-Luzech, en el Lot, donde seremos acantonados en un castillo fortaleza en ruinas que se remonta a la Edad Media.

La humedad rezuma de los muros y reina un fuerte olor a moho. Delante del castillo pasa una carretera estrecha junto a la que fluye tranquilamente un pequeño río. Un sendero en ligera pendiente conduce a la fortaleza. En otros tiempos, damas, caballeros y caballos, en imponentes cortejos debieron de tomar este camino para ir de caza o asistir a grandes festividades, para ir a las cruzadas o simplemente para ir a hacer la guerra a otros señores de los alrededores. Millares de siervos, servidores, esclavos, carne de cañón, debieron de marchar también por este camino. A los mendigos debían de detenerlos antes de que llegaran a las caballerizas, que se encontraban al final de la cuesta cerca de la entrada. Era aquí donde debían de repartirles los fondos de las marmitas y las escasas limosnas, tan queridas de las almas caritativas que quieren ganarse las gracias del cielo, o lanzar a las jaurías de perros en su persecución.

Este castillo, muy querido de los nostálgicos de un pasado lejano, va pues, a convertirse en la fortaleza-prisión de estos caballeros de otra época, de estos caballeros sin coraza, sin espada, cubiertos de harapos, hambrientos y sin esperanza, que llevan en bandolera un viejo morral repleto de recuerdos, algunos gloriosos y otros amargos, muy amargos. Estos caballeros sin estandarte ni oriflama

han escrito con letras de sangre una página de la historia, la historia de los indigentes y de los oprimidos de la tierra, la historia de la libertad. Se han batido uno contra mil con orgullo. Han hecho frente a una parte de la humanidad malhechora, cruel y despiadada, acaparadora y pérfida, despótica y totalitaria, que en nombre de la legitimidad de su justicia aplasta a todos los que tienen la audacia o la temeridad de cruzarse en su camino.

Me avergüenzan un poco los privilegios que nos conceden a Dioni y a mí. Ocupamos, entre todas esas grandes salas abandonadas, una especie de pequeño boudoir que debió de pertenecer a una de las nobles damas de antaño. Una gran ventana ojival da a un patio interior. Muchas piedras se han desprendido de los muros y se amontonan en desorden en el centro de la habitación. Una espesa maleza de hierbajos y flores silvestres añaden un poco más de desolación a estos lugares, que debieron de ser, sin embargo, encantadores. Los batientes de la ventana hace tiempo que abandonaron sus goznes, lo que permite libre entrada a los murciélagos, que se pasean por todas partes, y a la lluvia y al viento. Sobre el gran reborde de la ventana, hacemos una pequeña lumbre de ramitas para recalentar la escudilla de sopa de lentejas y nabos que nos dan y a la que añadimos lo que podemos, a veces unas cortezas de pan o un puñado de fideos que hemos podido procurarnos por no sé qué milagro; otras, nada en absoluto.

Dioni duerme cada vez peor, me parece que resiste peor que yo la falta de alimentos. Aunque nuestras raciones sean idénticas, su constitución física y la mía son muy diferentes y su necesidad de alimentos más grande. Veo cómo desmejora a ojos vistas.

Una tarde, durante la convocatoria, se distribuye a cada uno una lista con las órdenes a cumplir. Dioni y un grupo de cincuenta

hombres deben salir al día siguiente a trabajar para unos agricultores, cerca de Luzech, me parece. Serán alojados a cargo de la intendencia militar, que les proporcionará también una parte del avituallamiento. Como está demasiado lejos, sólo podrán volver al campamento una vez por semana.

Su primer día libre, Dioni y sus compañeros vuelven completamente cambiados. Han podido comer todo lo que han querido y les han dado incluso raciones de vino. Dioni me dice que no ha tenido dificultades para dormir, lo que confirma nuestras sospechas de la relación entre las carencias alimentarias y el insomnio. Me trae una bolsa llena de nueces, algunos dátiles y un buen trozo de queso que compartimos con otros.

Durante su ausencia, un grupo de jóvenes españolas ha llegado a la fortaleza. Proceden de diferentes campos de concentración. Ignoro por qué motivos las han transferido aquí. Quizá para hacerlas trabajar o para poder responder a las demandas apremiantes de mano de obra que los alemanes hacen al gobierno de Vichy. No será ni una cosa ni la otra. Se quedarán aquí con el resto de la compañía y no serán enviadas a Alemania. Eran mujeres jóvenes y hermosas que, como yo misma, habían militado en los movimientos feministas y en los movimientos de juventudes antifascistas; algunas habían incluso formado parte de unidades combatientes, lo que en esa época no era poco decir de una mujer. Las españolas, al menos las más jóvenes, debieron romper las cadenas forjadas por siglos de dominación de las culturas árabe y judeocristiana, que habían marcado a todos los hombres españoles (y también a las mujeres).

Me acuerdo muy bien de una de ellas, Guadalupe, a la que llamábamos familiarmente Lupe. Era el vivo retrato de la mujer española clásica, morena y con grandes ojos negros. Parecía salida

del libro de Próspero Mérimée, *Carmen*. Era la Carmen rebelde, frondosa, enamorada de la libertad, incitante, pero ferozmente independiente y capaz de atajar toda clase de avances masculinos.

Viene a menudo a mi boudoir a hablar conmigo, a comer nueces, a utilizar el fuego sobre el reborde de la ventana. Este pequeño boudoir es el rincón donde nos sentimos entre amigas para pasar el rato. Está también Canosa, un personaje tan colorista como Lupe. Este joven, que padece calvicie precoz, es el tipo de poeta clásico, espiritual, burlón y de físico más bien frágil.

Un día, nos dice que ha sido en otro tiempo peluquero de señoras, y para probarnos que no miente, saca de su equipaje una tenacilla de rizar y se le mete en la cabeza rizarnos el pelo. ¡No quiere perder práctica! Todas declinamos su generosa oferta, excepto Lupe, que es muy atrevida. Canosa, sirviéndose de las brasas del fuego para calentar la tenacilla, comienza muy concienzudamente a rizarle el pelo a Lupe. A medida que el trabajo avanza, disimulamos nuestras risas. Lupe no puede ver nada. Cuando termina, le tendemos un espejito de bolsillo para que pueda verse. Todo el mundo estalla en carcajadas, excepto Canosa, que tiene el rostro algo descompuesto y parece decepcionado al ver que no apreciamos su gran arte. Lupe, que es muy guasona, se pasea por todas partes haciendo gala de su ridículo peinado; todo lleno de ondas y perfectamente ejecutado, es propio de principios de siglo. Todo el acantonamiento se burla. Pobre Canosa, ¡tanto esfuerzo para nada! Está tan molesto que no se da cuenta de que su trabajo nos ha permitido olvidar nuestra miseria por un momento.

Este es el Canosa que Dioni defenderá algo más tarde, cuando la compañía sea transferida a Isère para ejecutar trabajos en el Salto de Cordéac, a cuenta de la Entreprise Industrielle (plan hidroeléctrico

para la Electricidad de Francia). Sucedió así: Canosa está trabajando, deja caer por descuido, parece ser, un madero sobre el pie de uno de los capataces, un suizo alemán de nombre Kul. Ese nombre le va de maravilla, es un tipo de la peor especie, el nazi por excelencia, no le gustan los exiliados españoles, les hace la vida dura a sus hombres y denunciará a Dioni y a otros a la Gestapo. Kul se pone entonces a golpear a Canosa. Dioni lo ve, coge a Kul por el cuello, resistiendo con dificultad las ganas de tirarle puente abajo. Este gesto impulsivo le costará a Dioni un montón de problemas después.

Pero volvemos por el momento a nuestra vida en la fortaleza fría y húmeda. Por la noche intentamos tapar la enorme ventana como mejor podemos, con tablas y mantas viejas. Las condiciones higiénicas son lamentables. Está el río en la parte baja del camino y todo el campo alrededor, pero a medida que la estación avanza cada vez se vuelve más difícil aprovecharse de estas circunstancias.

Lo más angustioso sigue siendo el problema de la comida. Los hombres ya no van con los agricultores, la temporada de la cosecha está prácticamente casi terminada, lo que nos priva de los pequeños excedentes de avituallamiento que nos ayudan a aguantar.

Dos mujeres, cada una con una niña pequeña, llegan a la fortaleza. Rose, la mujer de Gibert, es una de ellas. Le han ordenado que se reúna con su marido. Ella y la pequeña Roser se encuentran en la indigencia más completa. Da verdadera lástima verlas llegar, después de miles de peripecias, sin recursos, sin papeles, haciendo hasta lo imposible por evitar los golpes, llegan a este lugar miserable difícil de describir. ¡Las pobres!

A veces, los cocineros de los militares franceses sisan restos de comida, los recalientan y vienen a traerlos a las mujeres y los niños.

Es un gesto de gran conmiseración, pero pienso que es injusto para los hombres. Es verdad que no hay suficiente para todos, pero me cuesta aceptar ese regalo.

Pronto corre el rumor de un nuevo traslado. Esta vez nos envían a Saboya. El invierno muy riguroso de esta región nos hace temer lo peor. Si además de estar mal vestidos, mal calzados y mal alimentados, debemos ahora luchar contra el frío, la nieve y el viento del invierno alpino, ¿qué va a ser de nosotros?

Estábamos en alerta. Circulaban toda clase de rumores: ¿qué destino le estaba reservado a las mujeres? ¿Seguirán a la compañía? ¿Volverán a un campo de concentración? Una vez más experimento los horrores de la inquietud, del temor a ser separada de Dioni. Una vez más tengo que acallar mis miedos, afrontar los acontecimientos con estoicismo, apretar los puños, fingir que soy capaz de soportarlo todo.

Llegan las órdenes: las mujeres seguirán a la compañía, al menos hasta Bourget-du-Lac. Los hombres irán hasta Modane, cerca de la frontera italiana, más exactamente al cuartel de Replat, en la montaña, donde probablemente pasarán el invierno.

Dejamos el castillo a pie. Dioni pone nuestras cosas sobre la bicicleta, la ha conservado con la esperanza de poder restituirla a su dueño algún día. Formando un gran cortejo, tomamos el camino a la estación más próxima.

No recuerdo cuánto tiempo anduvimos, pero sí recuerdo a la gente que nos miraba al pasar, que se paraba en las aceras para vernos mejor. Esta vez había también mujeres y niños entre nosotros, lo que hacía más grande su asombro. ¿Era piedad o desprecio lo que sentían? No sabría decirlo.

Añaden al convoy de vagones para animales dos vagones de pasajeros de tercera clase. Uno para el mando francés, los otros para los que quieran subir a ellos. El viaje se anuncia largo, Dioni y yo cogemos sitio en el vagón de pasajeros, será sin duda más cómodo. Quizás tengamos solamente ganas de cambiar de decorado. ¡Qué error! El viaje dura dos días y una noche, dos días y una noche pasados en nuestros asientos sin poder movernos, tan apiñados íbamos. Tenemos los miembros inferiores entumecidos. Abrirse camino por ese laberinto de piernas para ir al lavabo se convierte en una tarea ardua. En los vagones para animales podíamos echamos sobre la paja y si acaso dormir un poco.

Se dice que es en las cosas banales y anodinas del día a día donde se revelan los sentimientos más profundos del ser humano. Una vez más voy a poder comprobar la bondad de uno de estos trescientos hombres con los que comparto mi destino desde hace algún tiempo. Las raciones distribuidas por la intendencia para el viaje son reducidas al más estricto mínimo. Una parte del trayecto se hace, pues, sin alimentos. Un joven español, Pedro Alonso (Pedrito), que está al servicio de los oficiales franceses, ha sisado a éstos dos bocadillos de carne de ternera. Viene a nuestro vagón y alarga el brazo para darme el segundo. Hago un ademán instintivo de rechazo, negándome a cogerlo. No soy una niña, puedo aguantar lo mismo que todo el mundo. Miro a mi alrededor. Todos los ojos están fijos en mí. No comprenden mi negativa. Adivino, de repente, lo que quieren decirme.

—No seas tonta, cógelo —me dice Pedrito.

Dioni insiste también. Tomo el bocadillo con vacilación, como si fuera algo vital que le quitara a alguien, algo que pudiera establecer

la diferencia entre la vida y la muerte. Este trozo de pan y carne me pesaron mucho tiempo en la conciencia.

¡Pedrito, qué muchacho tan distinguido! Era apenas algo mayor que yo. Quizá nuestra juventud desdeñaba el adoctrinamiento que había podido recibir. Era un comunista que no tenía nada que ver con los estalinistas. Como Requena, que había perdido una mano durante la guerra y a quien remendaba su ropa raída. Pedrito, mis otros compañeros de infortunio y yo navegábamos en el mismo barco a la deriva, un barco zarandeado por una tormenta espantosa que ensombrecía el mundo. Habíamos entregado todo por intentar salvar a este mundo del oscuro abismo y de la nada en la que zozobraba, primero en España y luego en toda Europa.

Después de la Liberación, alguien que sobrevivió al campo de concentración de Buchenwald me dijo que había visto una sola vez a Requena, lo que quiere decir que debió de terminar sus días en los hornos crematorios de ese campo de exterminio. Requena fue oficial del ejército republicano español durante la Guerra Civil.

Nuestro convoy entra por fin en la estación de Bourget-du-Lac. Fue en las orillas de este lago en la ladera de la montaña donde el poeta Alphonse de Lamartine tomó posesión de una gruta donde daba rienda suelta a sus más íntimos pensamientos [\(17\)](#).

En la misma estación separan a los hombres de las mujeres. Los hombres son alojados provisionalmente en los hangares del campo de aviación y las mujeres somos diseminadas por diferentes alojamientos improvisados procurados (supongo) por las autoridades locales y el comandante de la compañía. Después de haber «solucionado» la cuestión de la ubicación de las mujeres, la compañía marcha hacia Modane, cerca de la frontera italiana, donde

los hombres experimentarán los rigores del frío alpino para el que no están en absoluto preparados.

Para las mujeres la vida no va a ser tampoco fácil. Se nos concede a cada una asignación militar diaria de siete francos, suma que apenas da para mal comer durante los primeros quince días del mes. Para poder obtener la asignación, no obstante, es preciso estar casada. Por lo tanto, se improvisan las parejas, a lo que se prestan los hombres de buena gana.

Nadie posee documentos de identidad. Eran documentos que podían ser comprometedores para varias personas y los destruimos todos antes de abandonar España al final de la guerra. Por lo tanto, podemos llamarnos como queramos, tener la edad que queramos y ser la mujer o el marido de quien queramos. Me parece que el comandante es en parte cómplice de esta iniciativa, pues cierra los ojos a todas estas irregularidades. De un día para otro, todas somos señoras casadas.

Es así como, de la forma más sencilla del mundo, tomé un apellido que amo y que llevo desde entonces, y al que no tengo intención de renunciar, es mi forma de venerar la memoria de quien me lo ofreció en un gesto de generosidad.

¡De qué forma nos impone la sociedad sus normas y obliga a la gente al disimulo para poder sobrevivir! ¡Representamos con éxito la comedia del azar para honra de las instituciones y de las normas de la moral hipócrita!

El alojamiento asignado a una decena de mujeres, entre las que me encuentro, está situado en la calle principal de Bourget-du-Lac. Ya en esta época es un municipio dedicado al turismo y cuya población está compuesta principalmente de comerciantes y

pequeños burgueses. Es evidente que nuestra presencia en este lugar es muy visible y no deseable, pues a pesar de la guerra, aportamos una nota de desgracia a estos parajes hechos para los privilegiados de la tierra. Nos quedamos, no obstante, varias semanas, y pasamos aquí la Navidad de 1940.

Cuando se aproximan las fiestas, el 24 de diciembre para ser más exactos, Dioni, que trabaja en Modane con todos los hombres de la compañía, sufre un terrible dolor de muelas y tienen que concederle un permiso para que le atiendan en Chambéry. No le trataron el diente en absoluto; se lo arrancaron sin más miramientos, de la misma forma que amputaron sin discernimiento a los heridos de guerra españoles que pasaron la frontera francesa y fueron atendidos en ciertos hospitales franceses donde miembros de la Cruz Roja simpatizantes de Franco y varios religiosos pudieron vengarse de todas las falsas historias de matanzas que les habían contado. ¡Era preciso salvar el honor, y toda esa buena gente defendía la gloria de Dios!

Como Chambéry no está muy lejos de Bourget-du-Lac, Dioni decide venir a verme sin permiso ninguno. Un español que hace tiempo que está establecido en Francia y que es amigo de una de las «nuevas esposas» de nuestro grupo viene también a visitarnos ese día y nos trae algunas vituallas que comemos sobre las rodillas, sentados sobre asientos improvisados. ¡Es casi una verdadera Navidad! Dioni se marcha al día siguiente dejándome sola y desamparada.

Al día siguiente, recibo la visita de la condesa Staroselsky. Va acompañada de su hija Irene y ha venido a pasar las vacaciones de Navidad en Aix-les-Bains, justo al otro lado del lago. Verla me produce una gran alegría. Una vez más, se sienta en el suelo sobre

un jergón de paja. No para de hablarme de Pelegrí. ¡Ah, está realmente cogida! Le digo lo que me emociona este amor insólito (¿es el amor alguna vez insólito?). Le pregunto sin rodeos si se da cuenta de la gran diferencia que existe entre ella, aristócrata de vieja cuna, y Pelegrí, ese español indigente sin rey ni ley. Me responde que muy bien hubiera podido ser una nihilista o una anarquista. ¿No habían salido la mayor parte de los nihilistas rusos de las clases acomodadas, de la aristocracia más bien? La manera en que vive su vida representa a sus ojos la prueba tangible de sus convicciones. Insinuó que es quizá también la prueba de que los individuos de las clases dominantes detentan privilegios y una cierta libertad en relación con todos los que no pueden permitirse nada, demasiado ocupados como están en sobrevivir.

Como las autoridades militares de la zona fronteriza no toleran ninguna presencia femenina en la zona del cuartel de Replat, no puede ver a su enamorado, así que viene varias veces a visitarnos, para encontrar en nosotros algo de él.

Cuando se terminan las vacaciones se vuelve a marchar con su hija. No la he vuelto a ver. No sé qué habrá sido de ella. En cuanto a nosotros, recibimos la orden de abandonar este lugar, tenemos que hacerlo en el más breve espacio de tiempo posible. Las mujeres se diseminan por todos los alrededores, en pueblecitos o en caseríos de montaña. Me quedo sola con Miguela y su hija Pilar. Nos dirigimos a un pueblecito en la ladera de la montaña llamado Le Catón a buscar refugio en casa de tres españolas que viven allí en una casa grande. Acceden a hacernos sitio. Bajamos entonces a Bourget a recoger nuestras cosas.

Recuerdo ese traslado. Se puso a nevar copiosamente, no se veía nada...

Empujamos con todas nuestras fuerzas un carro de mano que nos han prestado y que se niega a avanzar por el camino cubierto de nieve. Sin aliento, abandonamos finalmente el carro a la orilla de la carretera. Estamos agotadas y transidas de frío. Da pena ver a la pequeña Pilar. Por fin llegamos a la casa. Alguien sale a nuestro encuentro, es Panes, un viejo anarquista, compañero de una de las tres mujeres, que, al estar enfermo, ha descendido de Modane. Me abraza fuerte contra su pecho y me pongo a llorar como una Magdalena. Me dice:

—No llores, pequeño soldado, has llegado a buen puerto.

Nos hace entrar en la casa y sale a pedir ayuda a un grupo de españoles que trabajan cortando madera en un bosque cercano al pueblo. Van a buscar el carro adonde lo dejamos.

Al día siguiente se lo devolvimos a su dueño. La bajada fue más fácil, la tempestad de viento y nieve había cesado.

Miguela, la pequeña Pilar y yo nos instalamos mal que bien y la vida retoma su curso. Participamos en la recogida de leña para la calefacción que sirve también para cocinar nuestros escasos alimentos. Es preciso hacer frente al frío intenso del invierno alpino. Todos los días subimos a la montaña para recoger ramas y sisar de los grandes montones de leña que han cortado los leñadores grandes maderos que acarreamos apoyándolos en las caderas. Caminamos por los surcos hechos por las carretas de los leñadores, calzadas de unas simples alpargatas. Después tenemos que trocear la madera con una sierra vieja que hemos encontrado y que debe de pertenecer al propietario de la casa. Todos los días tenemos que llevar a cabo esta dura faena que agota nuestras fuerzas ya debilitadas por la falta de alimentos.

Es en esta época cuando descubro que estoy embarazada. Escribo a Dioni, que sigue en Modane, para darle la noticia, llena de gozo pero también de temor debido a nuestra precaria situación. Dioni está encantado y al mismo tiempo se muestra muy inquieto por los mismos motivos. Me avisa de que ha obtenido del comandante un permiso para venir a verme y que me traerá un par de botas del ejército que un zapatero español de la compañía ha adaptado a mi número.

REPUBLIQUE FRANCAISE — DEPARTEMENT de LOIR-&-CHER

Travailleurs Espagnols
1922 COMPAGNIE

Bénéficiaires du Droit d'Asile

COMMISSION DE REVISION

Le Né. Delfo de Miguel Dionisio
né le 24 novembre 1911 à Vitimaia appartenant
à la 1922 Compagnie de Travailleurs Espagnols. Camp d' Busan
s'est présenté le 20 MAI 1940 devant la Commission de Révision
siégeant à Camp du Busan
Il a été déclaré apte aux prestations.
Camp du Busan, le 20 MAI 1940
Le Président de la Commission,
 blum

Tras su paso por los campos de concentración, muchos refugiados pasaron a Compañías de Trabajo militarizadas

El momento tan esperado de su visita llega por fin. Después de besarme desembala sus tesoros sobre la mesa de la cocina. Me trae, además de las botas, una bolsa llena de comida que alguien de la intendencia le ha dado.

—Come, come.

Insisto en distribuir la comida de forma razonable, para que dure el mayor tiempo posible, como es mi costumbre. Me responde:

—Al diablo lo razonable, come cuanto te apetezca. Vivamos el presente. No pienses en el mañana.

Eran estas reglas de existencia las que prevalecían durante la Guerra Civil. Me pongo a devorar lo que me ha traído, riendo y llorando al mismo tiempo.

Somos incapaces de hacer ningún proyecto. Me dice que, probablemente, con la llegada de la primavera, la compañía será transferida cerca de Gap, en los Altos Alpes, para efectuar la reparación de una carretera y que quizás deberíamos ir pensando en instalarnos, Miguela, la pequeña y yo, cerca de su acantonamiento.

Dioni vuelve a Modane. Bien calzada, a pesar de que las botas del ejército son más bien pesadas, la recogida de leña me parece algo más fácil, pero mi vientre empieza a aumentar de tamaño y los haces de leña me resultan cada vez más pesados y más difíciles de transportar. El hambre se vuelve también más intolerable. Tengo sin embargo para reconfortarme la obra maestra de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Conseguí este libro de una forma un tanto rocambolesca.

Durante mi estancia en casa de Paul Rudelle, en el Hotel du Commerce, uno de sus tíos, misionero en la India, que estaba de

vacaciones en Francia y que se alojaba temporalmente en un monasterio no muy lejos de Saint-Rome-de-Tam, había sustraído dicho libro de la biblioteca del monasterio. Me lo dio a cambio del aguardiente que le servía por la mañana cuando se quedaba a dormir en el hotel, antes de ir a decir misa en la pequeña iglesia que se encontraba justo detrás. Siempre me pedía que no le dijera nada a nadie, lo que me daba mucha risa, y yo, escupiendo al aire, le juraba guardarle el secreto. Este misionero, a pesar de la sotana, tenía toda la pinta de ser un juerguista sin escrúpulos. Me resultaba divertido.

Recuerdo cómo se pavoneaba cuando iba con su sobrino y conmigo por las terrazas de los cafés de Millau, cuando salíamos de compras, y le decía a la gente que estaba sentada a nuestro lado señalándome con el dedo:

—Es roja, una roja española, pero bonita, ¡eh!

Lo que ponía furioso a su sobrino, pero a mí me divertía, y respondía yo:

—Tampoco está él nada mal, pero si se le quita la sotana no le queda gran cosa.

Un día, el misionero me preguntó de sopetón cómo es que era tan desabrida en cuestión de religión. Le respondí que cuando tenía diez o doce años, y de forma inconsciente, me hice arrianista. Como Arrio, me negaba a creer en la divinidad de Jesucristo y en todo lo que derivaba de esta cuestión. Doña Amparo y Doña Mari, las dos nobles damas encargadas de enseñarme el catecismo los jueves por la tarde —y que me servían la merienda, había que atraer las moscas a la miel— bien lo sabían. ¡Qué de trabajos se tomaban para que comulgara con sus enseñanzas! Desesperadas, me declararon idiota.

No comprendía nada. Conmigo, chocaban contra un muro de indiferencia e incomprensión. Había niños que seducidos por sus promesas y regalos comprendían rápido. No me contaba entre estos, ¡qué quieren!

El misionero replicó que era una marisabidilla y que las pagaría caras. Le respondí que otros tan sabios como él ya me lo habían predicho y que todavía estaba esperando a que la predicción se cumpliera. Le dije también que podía continuar bebiendo o comiendo antes de decir misa, que Dios era bueno y misericordioso con los rateros juerguistas como él, que me quedaría con el *Don Quijote* en recuerdo del hurto que había cometido y que éste era quizá el más bello gesto de su vida.

Así pues, un día que estoy leyendo en este libro el capítulo en el que Cervantes, tan acertadamente y con su particular estilo, describe con todo lujo de detalles las bodas de Camacho (el fastuoso y pantagruélico festín, las succulentas piezas de carne asándose en el espetón, los corderos enteros, los lechones, las decenas de odres de vino, las montañas de pan recién hecho), me da una indisposición. ¡Tanta es mi hambre!

Para describir con detalle los síntomas del hambre que me invade necesitaría casi un curso de anatomía. Es al principio una impresión difusa, apenas perceptible; después el hambre se instala y evoluciona lentamente mientras leo. Delante de mí se presentan todos los pollos asados. Las barras de pan recién hecho, suspendidas de una cuerda, bailan una especie de vals macabro. El vino que fluye de una fuente romana se vuelve multicolor antes de transformarse en una inmensa ola que avanza hasta mis labios. Mis papilas gustativas se excitan, después son los músculos de la garganta los que se contraen para desencadenar en el estómago un baile de

arañas. La cabeza me da vueltas, gira de un lado, gira del otro, como un barco ebrio e incontrolable. Tengo dos opciones: caer en un letargo morbosos y malsano o reaccionar de la forma más positiva posible, rugiendo como una leona. O más bien como dos leonas, una grande y otra pequeña, pues ya estoy de cuatro meses. El hambre se transforma en cólera, sería capaz de comerme hasta al mismo Dios por los pies, o a cualquier otro, sin discriminación. Abandono la lectura...

Y así es como una joya de la literatura española se convirtió para mí en aquella época, a pesar de mi admiración sin límites y mi amor por Cervantes, casi en un instrumento de tortura.

Por fin llega la primavera. Cuando no tengo nada que llevarme a la boca, ni siquiera una miga de pan olvidada en el fondo de un cajón, me voy al campo a recoger cardillos que preparo con un poco de sal y vinagre, y me doy el atracón. Somos, a la fuerza, dos leonas vegetarianas mucho antes de que llegara la moda. ¿Cuántas hierbas comí así? El diablo lo sabrá.

El grupo de cinco mujeres se ha reducido a Miguela, la pequeña Pilar y yo, las otras se han marchado a otros destinos. Para gran alivio nuestro, el invierno ha dado paso a una primavera magnífica y nuestras necesidades de leña son menos apremiantes, lo que nos permite descansar un poco.

El pueblecito de calles empinadas, situado casi bajo la ladera de un lugar llamado Dent du Chat, es una maravilla. Pero no disfrutamos de todo su esplendor, de la vista sobre el lago de Bourget, sobre la abadía de Haute-Combe y, a los lejos, sobre Aix-les-Bains... Casi no tenemos nada que comer. ¿Cómo, con nuestros más que escasos recursos, comprar provisiones a los agricultores sin escrúpulos que

venden sus productos a muy alto precio? Las pocas patatas o colinabos y los pocos litros de leche que conseguimos procurarnos hay que hacerlos durar el mayor tiempo posible. Casi es un milagro.

Un día, no obstante, y sería ingrato por mi parte no mencionar esta anécdota, me envalentono. Cojo los pocos francos que me quedan aún y los meto en el bolsillo del delantal que llevo para disimular, me pregunto ahora por qué, mi embarazo. Subo una callejuela estrecha que conduce hasta una casa donde sé que venden manzanas. Le pregunto a la mujer que me abre el precio. Me parece astronómico y le hago saber que está por encima de mis posibilidades. Lo baja. Sigue siendo demasiado caro. Me mira fijamente a la cara, luego al vientre, y una vez más a la cara, que comienza a cubrírseme de lágrimas. Le confieso que las manzanas no son caras pero que aún así no puedo comprarlas. Mis palabras y mis lágrimas provocan en la mujer un shock eléctrico, anuda los picos de mi delantal y me lo llena de manzanas.

—Cuando quieras más, ven a buscarlas.

Me retiene un momento para hablarme y confiarme que su marido está prisionero de los alemanes y que le hubiera gustado, a ella también, tener un hijo. Deplora la situación en la que me ha situado la guerra y me prodiga toda clase de ánimos.

¡La buena mujer! ¡A pesar de todos estos años no he podido olvidarla! En varias ocasiones he podido apreciar esta solidaridad de las mujeres, de mujeres que todo parece separar, primero las fronteras, luego el idioma, las costumbres y la cultura, las afinidades políticas y sociales. A pesar de todas esas barreras que parecen infranqueables, existen bastantes elementos que, reunidos, predisponen a una misma solidaridad por encima de todo. Recurrir a

una serie de frases altisonantes para evocar mi reconocimiento hacia las mujeres que a lo largo de mi penoso devenir me han ofrecido ayuda y consuelo, me parece inútil e incluso superfluo. La sencillez de las palabras es a menudo la mejor prueba de reconocimiento. No hago, pues, más que evocar aquí el recuerdo de su apoyo.

Nuestra estancia en el pueblo de Le Catón llega a su fin. La 539ª Compañía ha abandonado ya el cuartel de Replat y Saboya para dirigirse a los Altos Alpes, a un pueblecito llamado Bâtie-Vieille, cerca de Gap.

Los hombres deben trabajar en la reparación de la única carretera que conduce a este pueblo; son alojados en viejas buhardillas abandonadas.

¿Por qué iba a privarse el digno Estado francés de la mano de obra formada por estos esclavos de la Era Moderna que no costaba prácticamente nada? Era preciso hacer pagar a estos rojos descreídos el precio que había costado a Francia su estancia en los campos de concentración. La hospitalidad sobre las playas mediterráneas, incluso en pleno invierno, es un lujo que cuesta muy caro. No había habido, sin embargo, ningún gasto de alojamiento. Los refugiados españoles se acostaban sobre la arena, se calentaban al sol cuando no llovía y no necesitaron electricidad, tuvieron para lavarse todo el mar que quisieron, todo el mar para ellos solos; y para refrescarse, en caso de que tuvieran calor, tenían la fría tramontana de invierno que levantaba la arena de las playas hasta oscurecer el cielo. De vez en cuando, como se hace con los gatos, les echaban una o dos sardinas de lata con un trocito minúsculo de pan. Todo esto había costado muy caro al Estado francés, había que pagar la cuenta.



Campo de Argelés. Distribución de pan.

Conocemos todo por los libros de Historia, el destino de los esclavos del antiguo Egipto, de los del Imperio Romano y de los de la época, ya lejana pero aún tan próxima, del tráfico de la carne de ébano de África. Pero la suerte de casi medio millón de esclavos españoles del siglo XX, incorporados por la fuerza a las compañías de trabajo obligatorio y la suerte de los que, por escapar a los campos de concentración, se incorporaron a la Legión Extranjera Francesa y sirvieron de carne de cañón en África, Europa y más tarde en Indochina, ¿quién la conoce? ¿Quién hablará de estos esclavos? Tirarán su historia al cesto del olvido con la de todos esos que lucharon en la Resistencia francesa y que formaron, gracias a su experiencia, a los guerrilleros del maquis francés. Todos estos combatientes de la División Leclerc que fueron los primeros en entrar en París con tanques sobre los que había inscritos en grandes letras nombres de batallas de la Guerra Civil española: Madrid,

Teruel, Guadalajara, Belchite, Ebro... ¿Quién se atreverá jamás a nombrarlos?

No sé si todos los que han erigido sus hogares sobre las arenas de Argelès-sur-Mer, Barcarès, Adge o Saint-Cyprien, por no citar más que estos lugares de veraneo, sabrán alguna vez sobre qué han construido sus casas. Alguien debería decírselo, en caso de que un día hicieran el funesto descubrimiento de huesos humanos removiendo la tierra de su jardín. Habría que decirles que sobre esa arena suave sobre la que se broncean lánguidamente al sol, hombres, mujeres y niños murieron de hambre, de sed, de frío, de disentería y también de locura. Sí, hay gente que perdió allí la razón, con su hatillo bajo el brazo, avanzaban hacia el mar en busca de una tierra de asilo más hospitalaria que la de Francia, la Francia de la libertad, la igualdad y la fraternidad. No soñaban con Rusia, como algunos podrían creer, sino con México, ese México que fue durante toda la Guerra Civil y durante todo el período franquista el único y verdadero aliado de la España republicana. Esos pobres seres devorados por la locura nunca arribaron a ese país de redención, tan ansiado, ese sueño desesperado, el único que les quedaba. ¡Oh, bellas playas del Mediterráneo francés, qué horribles fuisteis durante ese largo y triste invierno de 1939!

A fin de poder dirigirnos a los Altos Alpes, Miguela y yo tenemos que obtener primero de las autoridades locales permiso para dejar Le Catón. Nos conceden un salvoconducto que debemos renovar en Chambéry, lo que hago yendo a esta ciudad en una bicicleta prestada. Recorro los veintisiete kilómetros de ida y luego de vuelta con bastante facilidad a pesar de mi avanzado estado de gestación. De regreso me detengo en Bourget-du-Lac para ir a buscar mi ración de pan para tres días, y empujando la bicicleta durante los dos

kilómetros y medio que separan Le Bourget de Le Catón, me la como toda.

El problema de mis papeles de identidad está por fin resuelto. De ahora en adelante me llamo, de acuerdo con un trozo de papel que puedo mostrar, señora Delso de Miguel, nacida en 1918. Así pues, tengo cuatro años más, lo que hace de mí una persona mayor de edad, evitándome una posible deportación a España. Pero al mismo tiempo, esto me priva de la ración de chocolate destinado a los menores de dieciocho años. Mi libertad es quizás mi vida, a cambio de un trozo de chocolate, bien vale la pena. ¡Aunque... me gusta mucho el chocolate!

Miguela y yo vamos a despedimos de la señora y el señor Silvestre, los propietarios de la casa donde hemos vivido. Al día siguiente, con nuestro equipaje de la mano, descendemos por última vez la cuesta hacia Le Bourget. Nos dirigimos hacia los Altos Alpes. Tomamos el tren que va de Chambéry a Gap. En la estación de Gap nos reunimos con Pascual, el marido de Miguela, Dioni y su padre, que tiene ya sesenta y muchos años y que acaba de ser transferido a la CTE (Compañía de Trabajadores Extranjeros), donde está Dioni.

Llueve y es ya de noche. Tenemos que caminar hasta un caserío donde Dioni y Pascual han alquilado una casita que había servido en otro tiempo de escuela municipal. Dejamos la ciudad apenas iluminada para tomar una carretera desierta que nos conduce a Batie-Vieille. Pascual abre la marcha con su niña sobre los hombros. Los demás le seguimos en fila india, por la orilla de la carretera. La oscuridad es total y los hombres reconocen el camino con dificultad. Cada vez llueve más fuerte. A lo lejos, percibimos por fin la luz de una granja. Pascual y Miguela deciden acercarse hasta allí y pedirles

a los granjeros si pueden pasar la noche en el granero, pues la niña está empapada y aterida de frío.

Dioni, su padre y yo continuamos el camino. Todos los puntos de referencia son iguales en esta oscuridad. Dioni y su padre no consiguen encontrar el camino que se desvía hacia el caserío. El frío y el cansancio comienzan a hacer mella en mí. Ando como una sonámbula. Tengo la impresión de que llevo sobre mi vientre y mis hombros todo el peso de la humanidad. Tengo hambre, un hambre terrible. Los pocos víveres que pudimos procurarnos para el viaje, hace años que se acabaron. Encontramos por fin el camino que lleva al caserío situado en el municipio de Bâtie-Vieille y comenzamos a subir la pendiente, casi vertical en algunos puntos. Se oyen los clavos de mis botas chocar contra las piedras del camino. ¡Qué pesadas y molestas me parecen! Me dan ganas de quitármelas, tanto me duelen los pies. ¿Cómo puede Dioni orientarse en medio de todos esos árboles que parecen fantasmas amenazadores? Hacemos un alto para recuperar el aliento y poder guiarnos mejor en esta oscuridad enloquecedora.

—Ya llegamos, me parece distinguir los tejados de las casas —dice Dioni.

Tenemos que andar todavía un buen trecho y, de golpe, nos encontramos casi contra la fachada de la primera casa. El edificio donde debemos alojarnos se encuentra justo detrás.

Estamos por fin ante la puerta. Dioni rebusca en sus bolsillos. No tiene las llaves. Las tiene Pascual. Dice:

—Tenemos que entrar cueste lo que cueste.

Retrocede, toma impulso y se lanza contra la puerta, que cede.

En el interior, ni electricidad ni agua, nada más que una cama vieja en un rincón de una habitación muy grande. Dioni me conduce hasta allí a tientas y lleva a su padre a una habitacioncita contigua que ha debido servir en otro tiempo de alojamiento a la maestra y en la que dormirán Miguela y su hija. Estamos calados hasta los huesos. Nos quitamos la ropa mojada y nos acostamos, apretados el uno contra el otro para entrar en calor. ¿Qué hora puede ser? No tenemos la menor idea.

A la mañana siguiente nos despierta un rayo de sol que entra por la ventana. Recorro la habitación con la mirada. Dioni y Pascual han blanqueado las paredes con cal. Con ramas de árboles han fabricado una mesa y dos bancos. Hay una chimenea delante de la que hay una estufa de leña. Es todo el mobiliario. En la pared hay una especie de alacena que debía de servir para colocar los libros y el material escolar. Coloco aquí mis cosas.

Miguela, Pascual y la pequeña llegan un poco después. Fueron muy bien acogidos por los granjeros, que sintieron pena por la niña y les hicieron acostar dentro de la casa.

El teniente Staroselsky, comandante de la 539ª Compañía, ha sido remplazado por un capitán del ejército francés que ha permanecido fiel a Pétain. Es un borracho empedernido, este capitán, y no le gusta nada que las mujeres de los españoles merodeen por la compañía. Los tres hombres deben marcharse rápidamente: han faltado a la convocatoria de la mañana y el nuevo capitán, que es muy severo, les creará seguramente problemas. Prometen venir por la noche y traernos víveres. Mientras tanto, nos sugieren que vayamos a ver a la propietaria, nos venderá leche y quizá alguna otra cosa.

Así pues, voy a su casa casi de inmediato. Me parece muy simpática. Me vende leche y un poco de su propio pan. Le digo que sé coser y le ofrezco mis servicios. Me contrata. A cambio de mi trabajo, me alimentará. Por fin voy a poder comer cuanto me plazca.

Miguela y yo tenemos que presentarnos cuanto antes en la alcaldía. Se encuentra en el pueblo donde está acantonada la CTE. Nos recibe la secretaria del alcalde, una maestra retirada. Su rostro refleja una gran bondad y nobleza. Esta mujer compadecía a todos esos hombres tratados como esclavos. Abiertamente, manifiesta en varias ocasiones su indignación y su desaprobación. Entre otras cosas, se afana por poner la pequeña biblioteca municipal al servicio de los españoles. Su acogida es, pues, de lo más calurosa. Le hablamos de nuestra precaria situación. Sabe que al nuevo capitán no le agrada mi presencia y la de Miguela en estos parajes. Piensa que incluso hará todo lo posible por desembarazarse de nosotras y promete tenernos al corriente de los acontecimientos si intenta alguna cosa.

Un día Dioni llega un poco más pronto que de costumbre. Me trae una carta que mi madre le ha enviado a la compañía. Esta carta ha recorrido casi todo el itinerario de la CTE. Me anuncia la muerte de mi padre, acaecida el 13 de noviembre de 1940. Mi madre me cuenta también cómo mi hermano Miguel ha podido salir de la prisión franquista donde se encontraba para asistir al entierro. Se dirigió al puesto de la Guardia Civil a hacer una solicitud. Un miembro de la Guardia Civil se presentó enseguida en la casa para verificar la exactitud de su declaración. Parece que dio con un guardia que poseía todavía una pizca de humanidad. Este se escandalizó por las condiciones en las que vivía mi familia e hizo, sin duda, un informe favorable, pues mi hermano pudo salir sin escolta y

obtener permiso para quedarse en casa, debiendo presentarse dos veces a la semana en la comisaría de policía.

Cuando el gobierno republicano español decidió en 1936 incorporar a un ejército regular a todos los guerrilleros salidos de las organizaciones sindicales y políticas, mi hermano Miguel fue nombrado teniente. Él pertenecía a las milicias confederales de la CNT, de la que era miembro como obrero ebanista. Como el gobierno republicano temía armar al pueblo para que pudiera defender a la República, fue este mismo pueblo, por mediación de sus propias organizaciones, quien decidió tomar los medios para defenderse a sí mismo. Así, Miguel tomó parte en el asalto al Cuartel de la Montaña en Madrid, lo que permitió a los milicianos, el 18 de julio de 1936, apropiarse de armas que pertenecían a los militares rebeldes de ese día, el general Franco, que se levantó contra el gobierno de la República española elegido democráticamente. La Iglesia, la Falange Española, y la gran burguesía, propietaria de casi la totalidad del territorio español, apoyaban esta rebelión.

La cruel y terrible odisea de mi hermano durante la Guerra Civil y la posguerra es algo que supera el entendimiento. Miguel fue herido tres veces, en el frente de Madrid y en el de Teruel. En Teruel fue víctima, junto con el batallón que dirigía, de una encerrona. Los estalinistas eran maestros en este arte gracias a los consejeros técnicos y a las estrategias soviéticas. Esta técnica, ya vieja, había sido puesta a prueba por los bolcheviques durante la Revolución Rusa, bajo las órdenes de Trotski, entonces jefe del Ejército Rojo. Había sido utilizada contra los guerrilleros del anarquista Néstor Majno que combatieron a las tropas de Denikin, un contrarrevolucionario monárquico, durante la revolución campesina de Ucrania de 1919 a 1921. Durante la Guerra Civil, estas encerronas

tenían por fin hacer que los franquistas liquidaran, o al menos desacreditaran, a los que no eran comunistas. Sin embargo, supuestamente, los rusos habían venido a ayudar a los republicanos españoles de forma desinteresada.

Durante los combates contra las tropas franquistas, los comunistas procedían, según mi hermano, de la forma siguiente. Si se encontraban en el mismo campo de batalla que los anarcosindicalistas, buscaban cuidadosamente su objetivo, se aproximaban lo más posible y, aprovechando la oscuridad, abrían una brecha en el frente para dejar paso a los fascistas, que rodeaban entonces a las tropas anarcosindicalistas. Mi hermano y sus hombres tuvieron que defenderse granada en mano y a punta de pistola. En su huida, los supervivientes de la emboscada fueron ametrallados por los comunistas que les dispararon por la espalda tratándoles de cobardes.

Hacia el final de las hostilidades, en 1939, en la región centro de España, Miguel vivió el más espantoso drama que un ser humano pueda conocer. Se trata de cómo escapó a la muerte en condiciones que aún no he podido elucidar y que llevan a creer que se trataba de una ejecución realizada por los fascistas. Miguel se despertó en un camión lleno de muertos... Lo que siguió, sólo he podido saberlo por fragmentos que he sonsacado a unos y a otros. Mi hermano se negó a hablarme de ello cuando volví a verle tras la muerte de Franco en 1975, tan doloroso era aún ese recuerdo para él.

Su mujer me ha contado, mucho más tarde también, su propio periplo, de campo de concentración en campo de concentración, con su bebé en brazos, buscando a mi hermano. Le encontró finalmente en el peor de los campos disciplinarios, en la costa del Levante español, en la región de Valencia, donde se había hecho pasar por

soldado raso hasta que los fascistas descubrieron que había sido oficial y le metieron en prisión.

Después Miguel me ha confesado el inmenso terror que experimentaba cada vez que debía presentarse en la comisaría. Cada vez que iba le retenían durante mucho tiempo y siempre tenía miedo de no volver a salir. Era como una espada de Damocles constantemente pendiendo sobre su cabeza. ¡Pobre Miguel! Si hay un hombre que ha sufrido en esta maldita guerra, es desde luego él. Para terminar su odisea añadiré que le enviaron finalmente con las tropas de las Islas Canarias.

La lectura de la carta de mi madre anunciándome la muerte de mi padre fue algo que no olvidaré jamás. De golpe, ya no pensaba en mi propia suerte ni en mis desgracias, que eran después de todo mínimas.

Durante la Guerra Civil, mi padre había pasado un año en la cárcel Modelo de Barcelona debido a una ley decretada por el gobierno de Negrín y forjada por los comunistas, por la que se prohibía la posesión de armas en la retaguardia. El arma encontrada en casa de mis padres pertenecía en realidad a mi hermano. Él la había dejado allí por si algún día hacía falta. La verdad es que todos los hogares de los que no eran de afiliación comunista fueron registrados a conciencia, y en particular los de los trotskistas y los anarquistas. Mi padre no era ni una cosa ni la otra, no era más que una víctima de las circunstancias y del autoritarismo del Estado. Fue juzgado después de un año de detención y puesto en libertad en el acto. ¡Sobreseimiento! Un año de cárcel en el cuerpo de un hombre. ¡Sobreseimiento! Un año de sufrimientos inútiles. ¡Sobreseimiento! Policía. ¡Sobreseimiento! Justicieros. ¡Sobreseimiento! ¿Y su muerte?

La vida en la pequeña aldea de la Bâtie-Vieille prosigue con calma aparente. Paso la mayor parte del tiempo cosiendo en casa de la propietaria. Mi vientre sigue creciendo y siento al bebé moverse en el interior, una patada por aquí, una patada por allá. Se diría que tiene prisa por salir de su prisión.

Los hombres prosiguen su duro trabajo de forzados en la carretera. A pesar de las condiciones de vida más que precarias, esos hombres no se revuelven jamás. No hacen huelga. No se parecen en nada a los esclavos de los tiempos de los faraones que trabajaban en la construcción de las pirámides y que dejaban de trabajar para reclamar mejor tratamiento y mejor comida. Los españoles, parece que todo lo que quieren es ganar tiempo. Tiempo y más tiempo. Un tiempo para otro tiempo.

Dioni ha entablado una cierta amistad con un joven sargento francés del mando de la 539ª Compañía que tiene opiniones muy diferentes a las de los otros militares que han permanecido fieles al gobierno de Vichy. Se llama Bemard y nuestro querido Requena, que conoce mal el francés, le llama señor Renard (Zorro), lo que hace reír a todo el mundo. Ese señor le pregunta a Dioni si puedo lavarle y plancharle la ropa. Acepto. Esto me procurará algunos francos de más y algo de jabón, que es un artículo que escasea.

De vez en cuando vamos a Gap a hacer unas pequeñas compras en las tiendas de ultramarinos con nuestros bonos de alimentación. A menudo nos cruzamos con soldados y oficiales del ejército italiano de ocupación. Se comportan como grandes señores, como los verdaderos amos de la ciudad.

Es durante este verano de 1941 cuando nos llega un día una misiva anónima aconsejándonos salir pitando de la Bâtie-Vieille si no

queremos, Miguela, la pequeña y yo, vernos de nuevo en un campo de concentración. Es quizá la secretaria del ayuntamiento, o bien el sargento Bemard, quien quiere avisarnos del peligro. Poco importa. El capitán de la compañía ha hecho todo lo necesario para que nos detengan y nos encarcelen. Recogemos a toda velocidad nuestras cosas, y la granjera, a la que pongo al corriente de la situación, le pide a su marido que nos lleve en la carreta a Gap, a casa de unos españoles que viven en los alrededores. Todo se organiza rápidamente, poniendo en movimiento una verdadera red de resistencia. Al decirnos adiós, la buena mujer, a la que conozco desde hace sólo unos meses, tiene lágrimas en los ojos. Su compasión y su amistad sinceras me llegan directos al corazón. Miguela y la pequeña parten hacia Lyon. Yo me quedo en Gap.

Recibo pronto noticias de Dioni que me tranquilizan. La red comienza a funcionar de maravilla. Unos españoles que han fraternizado con los agricultores de la Bâtie-Vieille les han hablado de mi caso a éstos. Me han encontrado refugio en Corps, en el Isère, en casa de una prima suya que es propietaria de una pequeña tienda de comestibles y cuyo marido está preso en Alemania. Dioni me escribe también que su compañía partirá pronto hacia esa misma región para participar en los trabajos de construcción de un túnel entre la presa de Sautet y los saltos de Cordéac, a cuenta de la Electricité de France. Esa misma tarde tomo el autocar hacia Corps.

Todavía veo la sorpresa de esta valerosa tendera de Corps cuando me vio. Se llamaba señora Brunel. Sus ojos se pararon primero en mi vientre, después en mi rostro, luego de nuevo en mi vientre. Me presenté, ella gritó:

—Pobre pequeña, ¿dónde vas por los caminos de este mundo con una barriga como ésa? ¡Eres bienvenida! Como puedes ver, no hay gran lujo aquí; no tengo más que una cama, la otra es donde duerme mi hijo; tú te acostarás conmigo.

Después me tomó en su brazos y me apretó muy fuerte contra ella. ¿Cómo se puede calificar un gesto así? ¿Piedad? ¿Solidaridad? Mis convicciones personales no le interesaban. ¿Amor al prójimo? No sé nada, tres veces nada. ¿Era la miseria de la guerra la que nos unía, a ella, mujer de un prisionero, y a mí, apátrida perseguida, reducida a una vida errante por montes y valles? ¿Era simplemente el hecho de ser mujeres? No sabría decirlo. Hasta hoy no he podido encontrar respuestas a estas preguntas.



Presa de Sautet, 5 de diciembre de 1946. Trabajadores de la compañía ya «libres». De pie, de izquierda a derecha: el segundo Dioni; el tercero, Paco, y el último Pelegrí. En primer plano, Pedro

Me quedo en su casa varios días. Nos ponemos a buscar una vivienda, cosa más bien rara en un pueblo donde los pocos

alojamientos disponibles son ocupados por los obreros que trabajan en el proyecto hidroeléctrico. Acabamos por encontrar una. Es un sitio que se parece más bien a una caverna terriblemente oscura. La pátina del tiempo dejó allí su huella indeleble. El techo está formado por ojivas medievales y no sabe lo que es una mano de pintura desde tiempos inmemoriales. No hay ni agua corriente ni luz eléctrica ni cuarto de aseo. Por el contrario, esta amplia sala está bien provista de corrientes de aire, pues las puertas y ventanas están en un estado lamentable.

Vamos, la señora Brunel y yo, a ver a las propietarias de este alojamiento para alquilarlo. La tendera las conoce, pero yo no. Me encuentro ante dos mujeres mayores, dos gemelas idénticas. Los mismos pingos, las mismas greñas, la misma ausencia del más elemental aseo. Están, además, igual y solidariamente sordas como una tapia. Se parecen, curiosamente, a *las Señoritas de Aviñón* de Picasso. Aunque creo que la evocación de *Las preciosas ridículas* sería más apropiada. No obstante, se mostraron muy simpáticas y llegamos a un acuerdo sobre las condiciones de renta.

Quedaba por hacer lo esencial. Una vez más había abandonado sin ninguna clase de permiso un departamento francés para residir en otro. ¿Cómo reaccionaría la gendarmería? ¿De qué forma me castigarían una vez más? ¿Qué sería de mí si mi error sin fin debiera continuar? Es necesario que clarifique mi situación lo antes posible.

Prefiero presentarme en el ayuntamiento antes que en la gendarmería. El secretario me hace las preguntas de costumbre pero nada más, y eso sin quitarme los ojos del vientre. Se muestra bastante conciliador y me renueva el salvoconducto. Estoy en la gloria, ya veré más tarde cuál será la reacción de la gendarmería. Me

instalo más mal que bien en mi guarida. Una vez más tengo que ir a recoger leña seca a los bosques vecinos.

La 539ª Compañía de Trabajadores Extranjeros es por fin trasladada a la región de Corps y de Quet-en-Beaumont. La mitad de los hombres de la compañía permanece en el tajo de la presa de Sautet, cerca de Corps, y la otra mitad es enviada a los saltos de Cordéac, en la parte baja del pueblo de Quet-en-Beaumont. El padre de Dioni es destinado al primer lugar y Dioni al segundo, bastante más lejos, a unos diez kilómetros de Corps. Los sábados por la tarde después de la jornada viene a reunirse conmigo, la mayor parte de las veces sin permiso. El domingo, le toca ir por leña. A veces vamos los dos juntos.

El momento a la vez esperado y temido del parto se acerca a grandes pasos. A Dioni, aún bajo la férula de la autoridad militar, no le dan más que cincuenta céntimos al día. Yo obtengo una asignación militar diaria de siete francos. Me dirijo al ayuntamiento a pedir una ayuda, como hacen las mujeres de los presos. Conozco al alcalde de Corps, que es también el notario del pueblo. Me entrega todos los papeles necesarios, con una gran amabilidad (es mi deber decirlo), para que pueda ir a dar a luz a la maternidad de La Mure.

Esta ciudad está bastante alejada de Corps. En caso de urgencia, como estoy completamente sola, esta circunstancia podría causarme graves problemas. La señorita Blois, la comadrona de la maternidad —si creyera en los ángeles, diría que ella era uno— me aconseja, haciendo caso omiso de los problemas que podría ocasionarle, que vaya de inmediato a la maternidad y que no espere a la fecha prevista y más o menos cierta del parto. Y esto es lo que hago, lo cual no es bien visto por las religiosas de esa institución.

En primer lugar y ante todo, yo soy para ellas una roja. No tengo certificado de matrimonio religioso o civil ni seguridad social, tampoco estatus social. En mis documentos consta una fecha de nacimiento falsa y llevo el apellido de un hombre que no es mi marido. En otras palabras, no soy la cliente ideal ni respondo a sus criterios de selección. Bien me lo hacen saber. Primero con palabras, y luego a la hora de la distribución de la comida. Así, cuando hay en el menú conejo encebollado, me reservan cuidadosamente las carcasas. Lo cual no me sabe a mucho. Y así con todo.

No recibo ninguna visita antes del parto, excepto una muy breve de Dioni, que consiguió escaparse del campamento un domingo. No recibo ninguna golosina, ninguna flor, ningún regalo. Me contento con mirar los de las demás. Pero, cosa rara, no siento ningún deseo de tener esas cosas. Ni siquiera sé que es costumbre ofrecer tales presentes a una parturienta. No he conocido con anterioridad una situación semejante. Soy una extranjera de apenas diecinueve años, la más joven de toda la maternidad, y me encuentro inmersa en un mundo que me es completamente desconocido.

Mi hija nace el 26 de setiembre de 1941 a las doce menos cuarto de la noche. Parto natural, sin anestesia. Pesa tres kilos setecientos cincuenta gramos, tiene el cabello rubio y los ojos azules. Está inscrita en el registro con el nombre de Vida. Más tarde ella se encargará de cambiar todo eso. Su pelo se volvió oscuro, los ojos también; y en cuanto al nombre, debido a las leyes de otro país, a otras circunstancias y a otras religiosas, debió cambiarse el nombre también. Vayas donde vayas siempre te chocas contra un muro. Triste realidad que da la razón una vez más a nuestro querido Cervantes y a su don Quijote, que dice a Sancho Panza:

—Con la iglesia hemos topado, Sancho!

Al día siguiente del nacimiento de Vida, la señorita Blois, la comadrona, se encarga de telefonar al capitán de la Compañía para que le transmita la noticia a Dioni. La niña nació un viernes por la tarde y no puede venir a conocerla hasta el domingo.

Recibo después la visita de la mujer y la cuñada de Isidoro López, comerciante de fruta de La Mure. Algún tiempo más tarde será arrestado por la Gestapo y enviado al campo de concentración de Mauthausen. Cuando volví a verle a su regreso del campo, tras la Liberación, apenas era la sombra de sí mismo. Su mujer me contó que después de su arresto, mucha gente, y en particular españoles, que tenía costumbre de frecuentar su tienda y su casa, dejó de hacerlo. Yo soy una de las pocas personas de su entorno que continuó visitándola. Me estaba muy agradecida por mi fidelidad. A mí, no obstante, no me costaba nada pasar a saludarla cuando iba a La Mure.

En la maternidad, donde las religiosas me tratan de pecadora y de insensata, siento que mi presencia no es deseada. Sus coacciones se vuelven cada vez más opresivas a pesar de las protestas de la comadrona. A espaldas de las religiosas me hace entrar en la sala de puericultura para enseñarme los rudimentos de los cuidados de un bebé. Necesito mucho este estímulo.

Cuatro o cinco días después del parto, la señorita Blois me invita a dar un paseo por el jardín del hospital. Mientras caminamos, me pide que no deje la maternidad más que cuando yo quiera, y que no haga caso de las buenas hermanas. Me voy a encontrar, me dice, completamente sola con la niña y todavía no sé cuidar de un recién nacido. Además, las condiciones en las que vivo no son muy halagüeñas. Le doy sinceramente las gracias por su generosidad. Nos sentamos sobre un banco del jardín. Respiro, aliviada.

De golpe me dice:

—¡Mire! ¡Su leche!

Un hilillo de leche se ha deslizado por mi piel, bajo el camisón y el abrigo, demasiado grande, y unas gotas caen junto a mis pies. Nos echamos a reír, locamente. Me dice:

—¡Al menos al bebé no le faltará leche! Tendréis que alimentaros como es debido.

Ahí reside todo el problema. El hambre. Para las personas que como yo carecen de recursos financieros es un gran problema aprovisionarse, aunque sólo sea un poco, en el mercado negro. De ahora en adelante, el Estado francés añadirá a mi asignación militar un suplemento para mi hija. La astronómica suma de cuatro francos y cincuenta céntimos se añadirá a los siete francos míos. Lo que hace un total de once francos y cincuenta céntimos. Y sin embargo, Dioni, el padre de la niña, realiza una jornada de trabajo agotadora horadando la roca viva para responder a las necesidades de la Electricité de France, en los saltos de Cordéac.

Como no sé nada sobre las leyes del país en cuanto al registro de nacimientos, me siento desposeída, completamente perdida. Como hija de apátridas, tenemos que registrarla a fin de que pueda obtener la nacionalidad francesa, a la que tiene derecho por su lugar de nacimiento. ¿Pero cómo hacerlo? No tengo, como refugiada, ningún documento oficial que pueda atestiguar mi identidad. Además, mi instinto, que me hace huir de las autoridades, me incita a no rozarme demasiado con esas mismas autoridades. En mi situación, frecuentarlas es un peligro.

Muchos años más tarde, Vida quiso hacer uso de su derecho a la nacionalidad francesa. Su solicitud le fue denegada por el gobierno francés basándose en el antiguo código civil, y no quiso ni tomar en consideración nuestra participación en la Resistencia durante la ocupación alemana. La ley es la ley. La noción de una nacionalidad definida no tiene para nosotros, los anarquistas, el mismo valor que otros le conceden, pero lo que pasa es que hay cosas que se hacen y otras que no. Después Vida encontró un país de acogida más generoso.

Aprovecho un permiso dominical de Dioni para dejar la maternidad. Me despido de la comadrona prometiéndole seguir sus consejos e ir a visitarla a la primera oportunidad. Después, con nuestro paquetito en brazos, Dioni y yo caminamos hasta la estación para tomar el tren que hace el trayecto entre Grenoble y Corps. Llegamos a Corps hacia el final de la tarde. Estamos casi a finales de octubre y en los Alpes en esta época del año hace ya frío.

Al entrar en casa, me entra una congoja... Es todo tan negro, tan frío, tan poco acogedor. Pongo a la niña en una cuna vieja que me han prestado y que habrá hecho la fortuna de algún coleccionista. Pongo ésta sobre un caballete que sirve para serrar la leña. Para iluminarnos tenemos una lámpara de carburo que Dioni me ha traído de la mina y que da continuamente explosiones, lo cual me asusta. Encendemos un fuego de piñas secas. Me ocupo de la pequeña mientras Dioni prepara algo que llevarnos a la boca. Una nueva vida comienza para los tres.

Dioni debe volver a su compañía y yo me quedo sola con mi hija en esta habitación donde nada predispone a ninguna clase de desahogo. No tengo más que la presencia de mi nueva compañerita que me pide continuamente de comer. Caigo rápidamente en la

depresión. Cuando la niña llora, no sabiendo qué hacer, lloro también.

En mi sombría morada descubro un día una ventanita que había sido sellada y luego condenada y cuyo cristal está recubierto de una fina capa de cemento. La raspo, da sobre un pequeño huerto. Veo un día a una anciana que labra la tierra. Golpeo el cristal y le pido por señas que si puede quitar las telarañas que lo recubren. Se marcha y vuelve unos minutos más tarde con un trapo y limpia la ventana por completo. ¡Qué esplendor, ver brillar el sol a través de esta ventana! Le doy las gracias y le enseño la niña. Me dedica una gran sonrisa.

Los días soleados los paso ahora delante de la ventana mirando este rincón de verdor con mi pequeña en brazos. Nos dejamos acariciar por los bienhechores rayos del sol.

Confeccioné la primera mantilla con un viejo saco de dormir, llamado también en el ejército francés, “saco de carne”. No conozco el origen de esta expresión, pero me parece que como este equipo estaba destinado a los soldados y los soldados, por principio, están destinados a servir de carne de cañón, ese nombre me parece de lo más apropiado. Supongo también que los sacos de dormir destinados a los generales deben sin duda llamarse “sacos de basura”, a menos que los jefes del ejército no utilicen saco y duerman entre encajes.

De padre a hija, pasando por la madre, estamos todos ataviados con el distintivo del ejército francés. En materia de disfraces, es el último grito entre los antimilitaristas. Espero, no obstante, que cuando la pequeña necesite zapatos nuestra miseria haya terminado.

Ahora vivo apartada de la CTE, pero los lazos que me unen a sus trescientos hombres no están en absoluto rotos. Me lo demuestran de sobra viniendo a vernos, a la niña y a mí, cuando tienen ocasión.

El primero en visitarme es Canosa, el peluquero de señoras. Encontró la forma, con los cincuenta céntimos que recibía del Estado francés a cambio de su trabajo diario, de comprarle a Vida un precioso perrito de peluche. Me quedé estupefacta, hasta tal punto, que ningún sonido salió de mi garganta cuando quise darle las gracias. Hay también un artista que viene a pintar el retrato de Vida. Cada uno ofrece lo que puede.

Un día Dioni llega acompañado de un judío flamenco que intenta persuadirle de que se vaya con él al norte de África atravesando España. Dioni lo rechaza, no quiere embarcarse en una empresa tan arriesgada, temiendo sobre todo perdernos a nosotras, a la niña y a mí. No obstante, le damos al hombre toda la información que podemos, y algunos puntos de referencia a fin de que pueda encontrar ayuda para pasar la frontera. Se marcha. Nunca más hemos oído hablar de él. ¿Cuál fue su suerte?

Eran muchos los que se dirigían a los españoles con el fin de comprarles algún documento de origen español, partida de nacimiento (quienes la hubieran conservado) u otros. No creo que ningún español se haya aprovechado nunca indignamente de este comercio o abusado de una situación de este tipo. La ayuda que podíamos proporcionar a otros, con frecuencia arriesgando mucho, fue siempre un gesto de gran solidaridad y completamente desinteresado, al menos de lo que yo tengo conocimiento.

En este lugar conocemos también a un socialista italiano, Zavaroni, que se había escapado de su país y había encontrado refugio en

Francia. A Willy, un antinazi alemán, periodista de una importante revista de Berlín, a su mujer, Charlotte; así como a toda una pléyade de gente. Todos trabajan en la construcción del túnel en calidad de mineros, luchando por sobrevivir e intentando escapar a la represión que hace estragos en sus países respectivos así como en territorio francés.

El municipio de Corps, situado entre el límite del departamento de los Altos Alpes y el de Isère, en el Delfinado, entre el macizo de Vercors y el de Oisans, es un lugar de paso para la gente que huye de los alemanes. Todos los Alpes franceses son un hormiguero de resistentes. Las altas montañas ofrecen un refugio casi inexpugnable al maquis y a los que intentan escapar del Servicio de Trabajo Obligatorio (STO), el cual conduce directamente a Alemania y que el débil mariscal Pétain alaba tanto.

En este pueblo, en apariencia tranquilo y apacible, pasarán cosas sorprendentes. A finales de 1941, el enfrentamiento gendarmería-resistencia-refractarios al STO ha comenzado ya o está a punto de comenzar. Algunos gendarmes devotos del gobierno de Vichy resultarán ser verdaderos perros de caza para descubrir a los jóvenes que se niegan a plegarse a las órdenes del Estado. El acoso fue tan excesivo que la Resistencia tuvo que arreglarle las cuentas a uno de ellos. Una mañana se encontró su cuerpo en un arbolado cerca de Corps, lo que sirvió de lección a otros. Es una justicia radical y expeditiva que responde diente por diente. De vez en cuando se encuentra a algún muerto en alguna parte, a alguien conocido, un vecino incluso, cuyas actividades secretas, claro está, se ignoraban. Siempre se pone cara de sorpresa cuando algo sucede. El verdadero peligro no viene de los alemanes, pues éstos no conocen a nadie, sino de los franceses mismos, que sí que conocen la región y a la

gente. Si la Resistencia es muy activa, no lo son menos las personas al servicio del gobierno de Vichy y de su policía.

Cuando los guerrilleros de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) o de los Francotiradores y Partisanos (FTP) tienden emboscadas y atacan a las tropas alemanas acantonadas en esta región estratégica por donde pasa la vía Napoleón, los alemanes saben muy bien dónde buscar, saben a qué puertas llamar para tomar rehenes, es una forma de efectuar represalias. Si hay españoles, los cogen los primeros. Garrigue, uno de nuestros amigos de la 539ª Compañía, que trabajaba en la presa de Sautet como mecánico, fue arrestado de esta forma. Era padre de seis hijos.

Uno de mis vecinos, que vivía tres casas por encima de la mía, se hacía pasar por un refugiado belga y ocupaba el puesto de jefe de almacén en la presa de Sautet, fue encontrado muerto con una bala en la cabeza. ¿Quién era en realidad? Nadie lo sabe con seguridad. Es incluso posible que fuera la Resistencia quien le arreglara las cuentas. Algunas coincidencias me parecen turbias. Relacionando los sucesos que rodearon su muerte y atando cabos, llegué mucho más tarde a la conclusión de que ese tipo era un soplón. Como jefe de almacén, ¿no conocía a mucha gente, así como muchas direcciones?

Lo que me hizo sospechar fue la facilidad con la que una supuesta asistente social me encontró en Corps. Había venido antes a visitarme a Batie-Vieille, lugar que debí abandonar de forma precipitada. La vi, estando ya en Corps, entrar y salir frecuentemente de casa de mi vecino, el supuesto refugiado belga.

Un sábado por la mañana, esta mujer se presenta en mi casa y me dice que como vivo en muy malas condiciones y la asignación militar que recibo no me basta, está en posición de encontrarme un lugar

donde seremos mejor tratadas la niña y yo. Me repite su oferta en varias ocasiones, con mucha insistencia. Me figuro adonde quiere llegar. Le digo que realizo en casa algunos trabajos de costura para la señora Francou, una modista de Corps, y además remiendo ropa para algunas mujeres a cambio de unos francos, un poco de comida o un poco de carbón. Ante su celo, llego a la conclusión de que hay una verdadera falta de mano de obra en Alemania para hacer funcionar las industrias de guerra. Sé además que hasta los niños alemanes son obligados a trabajar en ellas. Después de que se marcha, no dejo de preocuparme. Dioni llega esa misma noche y se lo cuento todo.



Corps, diciembre de 1941. Ana y su hija Vida.

—Tengo miedo de que un día, al llegar aquí, no te encuentre ni a ti ni a la niña. Mañana por la mañana lo recogemos todo y nos marchamos. Tengo unos compañeros en La Salle-en-Beaumont que

trabajan como leñadores en el monte. Viven junto a la vía Napoleón y me han dicho que muy cerca de su casa hay una vivienda vacía. Allí estaréis seguras las dos.

Una vez más salimos de *estampía*. Avisamos a las señoritas de Aviñón, las propietarias, explicándoles nuestra precipitada marcha sin decirles, no obstante, adonde nos dirigimos. Sabemos que los gendarmes acabarán encontrándonos, después de todo La Salle-en-Beaumont forma parte del mismo territorio administrativo que Corps. Pero lo importante es salir lo antes posible.

Dioni sabe por su amigos que el secretario del ayuntamiento de La Salle-en-Beaumont es un antiguo maestro, miembro del SFIO (Partido Socialista Francés). Con él las cosas serán más fáciles. Se llama Panechat, es un soltero alegre entrado en carnes que tras su jubilación se ha hecho cargo de la secretaría del ayuntamiento. Esta información que me da Dioni disipa algo mis miedos y retomo confianza.

El domingo por la mañana tomamos el primer tren que sale en dirección a Grenoble y que hace parada en La Salle-en-Beaumont. La estación se encuentra casi enfrente del lugar donde vamos a elegir domicilio. Vamos directamente a la vivienda de nuestros amigos leñadores. Afortunadamente, están en casa. Horrorizados por lo que les contamos, prometen ayudarnos a instalarnos. Nos dicen que la vivienda vacía pertenece a su patrón y que ellos arreglarán el asunto con él.

Nos comentan que los gendarmes están también muy activos en esta región persiguiendo continuamente a los jóvenes que se niegan a ir a trabajar a Alemania. Nos cuentan lo que le ha pasado a uno de sus amigos. Los gendarmes fueron a su casa en plena noche para

sorprenderle y el muchacho tuvo que salir huyendo por una ventana que daba a un campo de trigo que acababa de ser segado. Al correr descalzo por la paja recién cortada, el pobre muchacho se infligió graves cortes en los pies y en las piernas.

Conocí más tarde a un joven francés de nombre Pierrot que era hijo de un taxista parisino. Se había refugiado en la localidad, pero él se resignó a partir. Nunca volvió de Alemania. Tenía casi mi edad. ¡Bonita medalla para la gendarmería francesa!

Toda Francia se ha convertido en una monería, todos corren en todas direcciones. Los jóvenes sobre todo. Escapan a las montañas. Pronto será el turno de los menos jóvenes. La vida de los refugiados se convierte en una verdadera pesadilla. Desaparece gente sin dejar el menor rastro. Ese fue el caso de Requena y de tantos otros.

Una de las primeras cosas que hago en La Salle-en-Beaumont es ir a inscribirme y hacer que me renueven el salvoconducto. Mi primer contacto con el secretario es muy cordial. Charlamos durante un buen rato. Pone a mi disposición la pequeña biblioteca municipal, diciéndome con gran orgullo que puedo encontrar en ella *Los Miserables*, la obra maestra de Víctor Hugo, así como la mayor parte de los clásicos franceses.

Es en la pequeña biblioteca de este pueblo donde conozco a varios de los grandes autores de la literatura francesa. En ella descubro a Alejandro Dumas con *Los tres mosqueteros* y *Veinte años después*. ¡Fue una verdadera proeza de paciencia! Me sedujeron Zola, Anatole France, Voltaire, Baudelaire. Ya los conocía de nombre, pero nunca los había leído en español, excepto a Zola. En el transcurso del invierno devoro la biblioteca al completo. Creo que es esta gran pasión por la lectura la que me ha permitido aprender los

rudimentos de la lengua francesa. Sola, sin profesor, sin escuela. Mi escuela fue el exilio. Mi vida, la de una saltamontes, llena de miedo, pero también de un ardiente deseo de vivir y de sobrevivir a esta horrible hecatombe que se desencadenaba por toda Europa, a esta epidemia mortal del fascismo y a esta enfermedad solapada de la opresión sufrida por las mujeres españolas.

Tuve en efecto que defenderme contra la costumbre española ancestral que quería que la mujer o la compañera de un hombre sirviera a todos los varones de la tribu, a su padre, a sus hermanos, a su suegro, a sus cuñados. A la menor oportunidad, el padre de Dioni me imponía esta servidumbre. Un día, cuando me increpó con un vigoroso: «las mujeres a la cocina», expresión con la que había seguramente increpado durante toda la vida a su mujer y a su propia hija, me dije que la emancipación de una mujer comienza en su propia casa, fuera ésta la de una princesa o la de una vagabunda.

Conociendo las precarias condiciones en las que vivía, sobre todo en Corps, cuando nació mi hija, me imponía la dura tarea de ir a lavarle la ropa al lavadero público en pleno invierno y ponerla a secar en la única habitación de que disponía. Yo aceptaba a regañadientes, hasta el día que le pregunté directamente si se daba cuenta de lo que hacía. Todos los hombres de la compañía se lavaban su ropa. Aunque le hacía alguna vez algún favor a alguien, a Requena por ejemplo, que tenía una mano inválida, no estaba en absoluto obligada, por el simple hecho de amar a su hijo, a servirle de criada. Si ésa era la costumbre en España, por el momento vivíamos en Francia, y precisamente me encontraba en Francia porque había luchado desde mi adolescencia contra la explotación de las mujeres. Él estaba en mejor forma física que yo, que acababa de dar a luz.

Creo que como tantos otros no había comprendido nada de la lucha que habíamos llevado a cabo durante casi tres años. No, verdaderamente no había comprendido nada. Se vilipendia al fascismo, al totalitarismo estalinista, a la Iglesia, a la burguesía, y, no obstante, algunos, yo diría incluso muchos de los que predicaban la libertad, nuestra gran libertad, tenían enormes dificultades en deshacerse de ese pesado y penoso yugo. En este terreno, los españoles tenían todavía mucho que aprender. Con gran pesar, lo confieso, me he dejado llevar en alguna ocasión, ¡oh, de esto hace ya mucho tiempo!, por mi temperamento fogoso y le he propinado a alguno unas cuantas hostias magistrales.

Estamos en 1942. La 539ª Compañía será pronto disuelta, los hombres van a convertirse en trabajadores libres. Terminado el control militar, se termina también la asignación militar. Los españoles tendrán derecho, como el resto de los trabajadores de la obra, a paga regular, cartilla de la seguridad social y salvoconducto. Lo mismo para mí y para los demás extranjeros. Cada uno podrá vivir como quiera, dentro de lo que son las restricciones y los imperativos impuestos por el gobierno de Vichy y por la guerra, que va a intensificarse.

La ocupación alemana, las acciones de la Resistencia, la represión de la Gestapo, la caza de españoles y las redadas que la policía franquista perpetra libremente en territorio francés, continúan siendo las amenazas permanentes. Muchos de nosotros vamos a vernos implicados, de una forma u otra, en la lucha a ultranza contra el gran terror.

El ensañamiento que el capitán que sustituyó al teniente Staroselsky ha demostrado en la persecución de las mujeres y las compañeras de los españoles va a llegar a su fin. En lo que a mí

respecta, puede tirarse de los pelos; él poseía la fuerza, pero yo, gracias a la complicidad de numerosa buena gente, le he opuesto mi astucia, mi obstinación y mi determinación por vivir. Y he salido ganadora.

Entre 1940 y 1942, mientras huía con el miedo pegado a los talones, como tantos otros, de un pueblo a otro o de un vagón a un cuarto, la bella y talentosa María Casares se quejaba porque aborrecía las cortinas a rayas verdes de su apartamento parisino. Y su papá, el señor Casares Quiroga, que era primer ministro de la República española cuando la insurrección del ejército dirigida por el general felón

Francisco Franco, se preguntaba... ¿Había hecho bien al negarse, el 18 de julio de 1936, a armar al pueblo para que pudiera defenderse contra el fascismo? ¿Qué temía de ese pueblo? ¿Que utilizara las armas con otros fines? Con su hija María Casares se refugió en París y no vivieron, al final de la guerra, los horrores del éxodo ni los campos de concentración franceses. Como siempre, fue el pueblo el que pagó la cuenta y el que padeció. Después, María Casares ha sido condecorada por no sé qué organización española. No sé a título de qué y por qué méritos.

Durante esos dos años, entre 1940 y 1942, mi amiga Julia moría asesinada en la cárcel modelo de Barcelona y mi hermana, la rubia Dolores, se iba poniendo rígida bajo los efectos de las inyecciones de aguarrás que le administraban en el hospital psiquiátrico de Ciempozuelos, en Madrid. Con sus dulces manos y sus suaves sonrisas, las religiosas del hospital le inyectaban este líquido. ¿Querían vengarse así de haber tenido que quitarse el velo y dejarse crecer el pelo para ejercer su profesión de enfermeras en los hospitales? Nunca fueron violadas o maltratadas, mientras que los

fascistas, a los que tanto amaban, les afeitaron la cabeza a las mujeres al final de la guerra e inscribieron sobre sus frentes las letras UHP, Uníos Hermanos Proletarios. Paralelamente, hicieron entrar en los conventos, de buena gana o por la fuerza, a los hijos e hijas de los rojos fusilados o encarcelados. Bien podría ser que sean todos esos niños malditos los que han comenzado a hacer tambalearse todo en el interior de la vieja Iglesia Católica española. ¡Quién sabe!

La triste historia de Dolores es la de muchos otros niños españoles. Durante la batalla de Madrid, evacuaron a los niños de la ciudad y los condujeron hacia la zona de Barcelona, a Vilanova i La Geltrú. Allí Dolores quedó traumatizada por los numerosos bombardeos de la Legión Cóndor alemana, a finales de la guerra. Después de la victoria de Franco, don Fidel, su profesor, que era también el director de la escuela, una escuela racionalista puesta en funcionamiento durante la Revolución, fue fusilado. Los comunistas habían querido evacuar a toda la escuela hacia la Unión Soviética. De camino hacia la frontera francesa, Dolores y muchos niños más fueron abandonados en pleno campo, en medio de los combates de las fuerzas republicanas y franquistas.

Y durante esos dos años, de 1940 a 1942, Ana, la saltamontes, intentaba por todos los medios salvar la piel, como esos trescientos hombres de la 539ª Compañía: Alonso, Dioni, Pelegrí, Paco, Panes, Gibert, Caberol, Galán, Canosa, Requena, Rainier y los demás.

No pondré ninguna etiqueta política a ningún rostro de estos trescientos hombres, estos esclavos de la era moderna sobre territorio francés, mal alojados, mal alimentados, que no ganaban más que cincuenta céntimos al día haciendo trabajos de ingeniería civil y militar, de agricultura y en industrias de guerra, por la eterna gloria de Francia y de los franceses. No todos teníamos las mismas

opiniones políticas, ni siquiera la misma opinión sobre las relaciones entre hombres y mujeres. A pesar de las ideas que defendían, era aún muy difícil para algunos deshacerse de la cultura machista adquirida en el transcurso de los siglos. ¿Qué diferencia hay entonces entre la derecha y la izquierda? ¿No era la divisa de la Alemania nazi, en lo que concernía a las mujeres: Kirche, Kinder, Küche (Iglesia, Niños, Cocina)? Dejando aparte la Iglesia, ¿dónde está la diferencia? ¡Sin embargo, nosotros teníamos ya una revolución a las espaldas! Era preciso atender a las necesidades en continuo crecimiento de lo cotidiano, dirán algunos. Quiero creerlo... Hubo, sin embargo, intensos momentos de reflexión sobre este tema.

La revolución emancipadora de las mujeres era, y sigue siendo, y de forma perentoria, una revolución dentro de la revolución. A riesgo de ofender a algunos, diré que en el transcurso de los años que han seguido a todos estos sucesos he tenido ocasión de observar a estos mismos hombres o a otros parecidos, así como a sus hijos, y son, en esta cuestión, salvo raras excepciones, exactamente iguales a lo que eran hace cincuenta años.

A pesar de todo, guardo en lo más hondo de mí corazón un sitio para cada uno de esos trescientos hombres que fueron mis queridos compañeros durante uno de los períodos más graves de la historia de la humanidad.

A finales de 1941, llegó el día «D», con una «d» pequeñita, para los hombres de la 539ª Compañía. Es sábado por la tarde. Dioni vuelve completamente sucio, la cara ennegrecida por el polvo, vestido de minero. Entra en el dormitorio donde duerme Vida y la mira largamente. Luego vuelve a la habitación donde yo estoy, toma una silla y me dice que me siente al otro lado de la mesa. Sus ojos gris azulado se iluminan de repente con un brillo que no he visto desde

hace tiempo. Se mete la mano en el bolsillo, saca un fajo de billetes y con gran cuidado, mirándome a los ojos, comienza a contarlos, poniéndolos uno al lado del otro: un billete de cien francos, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Es el salario que la Entreprise Industrielle, una contrata de Electricité de France, le ha entregado por dos semanas de trabajo a Dionisio Delso de Miguel, trabajador «libre». La 539ª Compañía de Trabajadores Extranjeros ha sido disuelta.

Teniendo en cuenta nuestra negra miseria, esta tentadora suma de setecientos francos representa mucho para nosotros. Y representa tanto porque además significa que de humanos de tercera clase pasamos a segunda. El nombre de trabajador libre nos parece por otra parte peregrino, pues la libertad no se adquiere con una nómina.

No mucho después, en 1944, el lugar de los españoles, esos esclavos de la era moderna, será ocupado por otros hombres, por los prisioneros alemanes de la Wehrmacht, que serán vigilados por soldados y oficiales del ejército soviético.

Nunca he comprendido porqué los prisioneros alemanes eran vigilados por rusos en territorio francés. Los rusos me contaron que como se encontraban del otro lado de los Alpes franceses con los partisanos italianos, esos hombres eran sus prisioneros y que, siempre según ellos, esos prisioneros debían ser transferidos a la Unión Soviética. Entre los prisioneros había alemanes, checoslovacos, húngaros, austríacos, en fin, hombres que procedían de los países ocupados por las fuerzas del III Reich.

Encontrarse en territorio francés, trabajar por nada y vivir en condiciones verdaderamente miserables no era nada comparado con el terror que les infundía la idea de ser transferidos a la Unión

Soviética. No estaban en un error, pues hoy sabemos que la mayoría de los prisioneros alemanes no volvieron a sus hogares hasta diez años después del fin de las hostilidades y que muchos no volvieron jamás.

Tuve ocasión, mientras paseaba a mi hija, de hablar con algunos de ellos a través de la alambrada de espino que rodeaban las barracas de la obra. Me mostraban fotos de sus mujeres e hijos y me decía a mí misma, ante toda esta enorme miseria: ¡Mierda de guerra! Puede que nosotros, los anarcosindicalistas, seamos más idiotas que el resto de los humanos, pero el sufrimiento de hombres y mujeres nos es intolerable. Ayer eran mis enemigos. ¿Lo eran todos verdaderamente? ¿Habían querido verdaderamente esta maldita guerra?

Disfruto haciendo enfurecer a los soviéticos. Les prestaba a los prisioneros alemanes mi molinillo de café para que pudieran moler la sal gorda, les daba lo que podía, aunque no fuera gran cosa. Algunos vinieron incluso a comer a mi mesa con un permiso especial, alegando que tenían que realizar algún trabajo. Los rusos me decían:

—Tú, la española, ¿ya has olvidado, lo has olvidado todo?

Y yo les respondía:

—No, no he olvidado nada. No os he olvidado a vosotros, los soviéticos, y os llevaré mucho tiempo en mi memoria, como a los nazis y a los fascistas.

Me alegra haber podido ayudar a algunos a evadirse y a reunirse con sus mujeres y sus hijos en Austria, en Checoslovaquia o en cualquier otro sitio. Para que el amor y la paz florezca aún en sus corazones.

Levanto mi copa a la salud de los trescientos hombres de la 539ª Compañía de Trabajadores Extranjeros. A los combatientes de la libertad durante la Guerra Civil.

—¡Bebo a tu salud, Ana, la saltamontes!

La moraleja del cuento es la siguiente: Francia, al abrir sus fronteras en 1939 a quinientos mil «indeseables», hacía una inversión no calculada que resultó ser altamente rentable. De lo que se deduce que nunca hay que tirar a los humanos a la basura, pues siempre pueden servir para algo.

CAPÍTULO III

La Resistencia

Junio de 1944, La Salle-en-Beaumont, Isère, Francia. Son las dos de la tarde. Hace un calor tórrido. En la vía Napoleón, junto a la que vivo y que va de Gap a Grenoble, reina la calma más completa. No se oye más que el ruido que hacen las carretas de los campesinos que van al campo. Algunos días se oye también el ruido de los camiones del señor Barbe que explota la madera, no muy lejos, o el de los vehículos del ejército de ocupación alemán.

De repente, el ronroneo de un motor atrae mi atención. El ruido cesa, se cierra la puerta de un coche, oigo voces, salgo. Son los FFI (Fuerzas Francesas del Interior) del maquis de las montañas de los alrededores. Buscan a un voluntario para llevar un mensaje importante a Les Souchons, municipio situado a unos seis kilómetros de la La Salle-en-Beaumont.

Las pocas personas presentes se niegan a aceptar esta misión. Es demasiado peligroso. Avanzo y me ofrezco voluntaria. Los resistentes me miran. Soy la única mujer del grupo. Como no poseo ningún medio de locomoción, les pido que requisen una bicicleta en el pueblo y les indico el sitio donde pueden encontrar una, lo que hacen al instante.

Es la bici de Pierrette Batistelli, la misma que le arranqué de las manos a un soldado de una columna alemana que pasaba por aquí el día anterior. El soldado se la había quitado a Pierrette. La niña lloraba, fui hasta la cabeza de la columna (¡qué inconsciencia!) para hablar con el oficial al mando y pedirle, de la forma más ingenua, si querría devolverle la bicicleta a la chiquilla. No sé si consintió por la sorpresa que le había causado mi solicitud o por la manera en que me dirigí a él. El caso es que dio orden de que la bici en cuestión le fuera restituída a Pierrette, con gran alegría por parte de ésta y mía.

El hombre del maquis me dice que coja mi carné de identidad. Este no es más que un salvoconducto de refugiada española. No importa, estoy decidida. Me da dos cartas y me advierte con mucha insistencia que las destruya en caso de peligro. Luego me desea suerte. Cojo las cartas y me las meto en el sostén. Le confío mi hija a alguien del pueblo, corro a casa a buscar el salvoconducto y parto de inmediato. Siento en mi nuca la mirada de la gente del pueblo y de los FFI. Se quedan un rato largo, o eso me parece, plantados en mitad de la carretera mirando cómo subo la cuesta.

Hace un calor espantoso bajo un sol abrasador y la carretera asciende... asciende. Nunca me pareció tan larga. Estoy cansada de pedalear, bajo de la bicicleta y continúo a pie. Tengo miedo de encontrarme cara a cara con los alemanes. Saco las cartas, quiero saber lo que contienen en caso de que me vea obligada a destruirlas y pueda transmitir el mensaje de viva voz. El texto de las dos cartas es el mismo. (No desvelaré el contenido de este texto; aunque después de todo el tiempo transcurrido la cosa no tiene importancia, para mí se trata de una cuestión de ética.) Me vuelvo a poner las cartas en el sostén y prosigo la subida de la cuesta.

Llego por fin al pueblo de Les Souchons y me dirijo al café que pertenece al alcalde. El café está vacío, sólo hay una mujer. Le pido que llame al alcalde porque tengo algo importante que decirle. La mujer va a buscarle.

Me miro en un espejo del bar, tengo el rostro congestionado por el calor. Me siento, o más bien me dejo caer pesadamente sobre una silla. Tengo una sed terrible. La mujer no me ha ofrecido nada de beber. No tengo dinero y no puedo pedir que me sirvan nada.

El alcalde llega por fin, le entrego una de las cartas. La lee con atención, no me dice nada. Le pregunto si puede hacer entrega de la otra carta al alcalde del pueblo vecino, tal y como está indicado en el sobre. Me dice que hará lo necesario. Me doy prisa en marchar. Ya es hora. A lo lejos se ven los blindados alemanes avanzando, pero esta vez, la carretera desciende, lo que me facilita la tarea.

Llego por fin al pueblo, varias personas salen de sus casas. Acechaban mi regreso. Me preguntan. Algunos se sorprenden de verme volver sana y salva. Tengo mucho calor, tengo náuseas, vomito. Son los nervios, me dicen.

Dioni llega, no quiero decirle nada de momento. Pero me hace preguntas y le cuento todo. Me dice que lo que acabo de hacer es insensato, que no lo he pensado bien. Además de haber corrido un gran riesgo, he comprometido nuestra ya precaria situación al actuar en pleno día y a la vista de todo el mundo.

El nombre de Dioni figura en la lista de la Gestapo, el mío también. En dos ocasiones, alguien bien informado le ha avisado justo a tiempo de su arresto inminente, en la obra misma. Lo que le salvó fue que al salir de la galería subterránea donde estaba trabajando,

salió rápidamente en bicicleta sin pasar por la ducha. No sabemos quién es la persona que vela tan bien por él.



La Salle-en-Beaumont, 1944.

Ana, mensajera de los FFI, en la bicicleta de Pierrette

Por mediación del comandante Pedro Ortiz, la Resistencia francesa debe proporcionarnos carnés de identidad de nacionalidad francesa. Dioni ha recibido el suyo, con su foto sellada y debidamente firmado por el prefecto de Grenoble. No tiene más que rellenarlo con el nombre que quiera, un nombre francés, por supuesto. Mi carné se hace esperar. Vivimos sobre ascuas.

Un poco apartada de la carretera, cerca del molino de harina, vive una anciana con su nieto de diecisiete años. El padre del muchacho

reside en Grenoble. Se dice que es miembro de la milicia y gran simpatizante de Pétain. El muchacho, cada vez que me ve salir con la bici de Dioni o con la de Pierrette, me lanza la misma pregunta:

—¿Va a la oficina de información?

Le respondo siempre con una broma. Esto me inquieta no obstante un poco. Decido ir a ver al secretario del ayuntamiento, el señor Panechat, para hacerle partícipe de mis temores.

Me dice que se harán cargo de él y que en caso de que me suceda algo le arreglarán las cuentas a su padre. Lo cual no me tranquiliza en absoluto.

—Si me hubieran detenido durante mi misión y hubiera tenido que presentar el salvoconducto, hubiera sido fusilada por ser... por ser ¿qué?

Le hago esta pregunta a mi compañero Miguel Mele, que forma parte del maquis para el que he llevado el mensaje. Me responde:

—Sabes perfectamente que te hubieran acusado de lo que más les hubiera convenido: terrorista, francotiradora o simplemente resistente. En cualquier caso, el final hubiera sido el mismo.

—¿Y los franceses que hubieran dicho? Muerta por Francia.

¿Me hubieran dado incluso una medalla, a título póstumo, como buena terrorista? Y es que el terrorismo es una cuestión de circunstancias, época, lugar y fines perseguidos. Es lo que se considera como un deber de Estado lo que distingue el «buen» terrorismo del «malo». Como madre soltera, mi hija se hubiera convertido en inclusera. Entonces hubiera sido francesa, sin duda.

Una vez, volviendo de Corps, la noche me sorprende en plena carretera. La dinamo de mi bici está averiada, no veo nada. En Quet-en-Beaumont llamo a la puerta de la casa de Muñoz. Hijo de inmigrantes españoles, es francés y francotirador. Afortunadamente, está en casa.

—Entra —me dice—. Siéntate y come algo, nos marcharemos después. Voy a acompañarte.

Después de haberme recuperado un poco, retomo el camino con él. Va delante, y yo le sigo detrás. Distingo la forma de su revólver escondido debajo de la chaqueta. Al llegar a La Salle-en-Beaumont vemos al famoso joven que parece estar siempre vigilándome. Nos ve. ¿Qué dirá esta vez? Se queda callado, contentándose con mirar.

Todo el mundo está nervioso hoy. Al poco de llegar le cuento a Dioni la gran redada que ha llevado a cabo la Gestapo en Corps. Han tomado rehenes. Muñoz se marcha a su casa y nosotros nos acostamos. No pegamos ojo en toda la noche.

Al día siguiente, Dioni va a entrevistarse con Panechat, el secretario del ayuntamiento y le dice que quiere incorporarse al maquis de la montaña sin tardar. El secretario le responde que va a intentar localizar a los resistentes y que le dará una respuesta pronto.

Intento identificar quién es esta persona que siempre me avisa a tiempo. En vano. Estamos rodeados de amigos y enemigos y no sabemos quiénes son unos y otros. Esto forma parte del juego de la guerra.

Visito a Teresa. Vive en una casita al borde del precipicio que domina las obras de Cordéac. Muy cerca de su casa hay postes que conducen la energía eléctrica producida en la central de Sautet.

Durante la noche, los resistentes han dinamitado uno de esos postes. Alguien vino a avisarla. Una voz, al otro lado de la puerta, le susurró que no se preocupara, que no se asustara y, sobre todo, que no abriera. Me dice que cree haber reconocido la voz de Muñoz. Le digo que está loca, que se equivoca y que Muñoz no tiene nada que ver con todas esas historias. Pero yo sé bien que es él.

Ayer cocí unos panes y le pedí a Dioni que le llevara uno a Ortiz, así como unas salchichas que hago yo misma y un poco de azúcar obtenida gracias a los vales que hemos falsificado. Ortiz ya no estaba en casa, le habían detenido.

Cada vez huele más a chamusquina. Tres cuerpos de policías nos van pisando ahora los talones: la policía de Vichy, la española y la Gestapo.

Hemos tenido hoy noticias de Ortiz. Está en Grenoble en casa de unos amigos de la Resistencia, en casa de los que nos han procurado los documentos de identidad. Gracias al chaquetón de cuero negro que tiene desde la Guerra Civil, ha podido escaparse del convoy donde se encontraba cuando el tren hizo una parada en Lyon. En medio de la muchedumbre, se hizo pasar por un policía y consiguió escapar.

Ortiz nos hace saber que va a venir bajo nombre falso a trabajar en la oficina de la obra, donde tiene varios amigos.

He ido a La Mure. Al volver, a medio camino, el tren se ha detenido de repente. La vía estaba bloqueada por una columna

alemana. Los pasajeros, asustados, se han tirado al suelo del vagón. La columna ha despejado la vía, pero el tren no podía ponerse en marcha, habían hecho saltar un puente. Unas semanas antes, había visto a unos trabajadores de la TODT [\(18\)](#) colocar explosivos en ese lugar.

Los pasajeros han abierto las puertas de los vagones, han salido precipitadamente y han echado a correr hacia el campo como conejos. Soy la única que tomó la carretera que transcurre paralela a la vía férrea. Estaba oscuro y llevaba un vestido blanco. Un buen blanco en suma.

Me encontré de nuevo cara a cara con una segunda columna alemana compuesta por blindados y camiones llenos de soldados que se dirigen hacia Grenoble. Reduzco el paso. Siento los ojos de los soldados fijos en mí. No puedo olvidar el peso de su mirada. Mi sangre fría me ha sorprendido a mí misma. ¿Temeridad o inconsciencia? No sabría decirlo.

Acabo de acostarme, es casi la una de la noche. Rememoro los incidentes de la jornada, la gente que he visto en La Mure y que vuelven a España a vivir en la clandestinidad. Les he hecho saber mi deseo de que Vida viva en un sitio seguro y de enviarla a España a casa de mi madre. Si Dioni se une al maquis en la montaña y si me pasa algo, ¿qué será de ella? No me atrevo ni a pensarlo. ¿Pero sabe acaso mi madre si seguimos vivos? (Mucho después de la Liberación, me dirá que después de haber visto fotos de los campos de concentración alemanes en las paredes del vestíbulo de la embajada de Gran Bretaña en Madrid, donde se mencionaba que muchos refugiados españoles habían perecido en Mauthausen y Buchenwald, nos creía muertos y quiso hacer averiguaciones a través de la Cruz Roja e intentar encontrar el paradero de la niña que sabía

había tenido.) Pienso en todos los clandestinos que luchan contra el franquismo en España y en los que vuelven allí para unírseles.

De repente, llaman a la puerta. Me invade el pánico. Dioni no ha venido aún, trabaja con el equipo de noche en la galería subterránea de la obra. No lo encontrarán aquí si es a él a quien vienen a buscar. Me calmo. Es quizá la Gestapo, o la policía francesa, da lo mismo en estas circunstancias. Oigo tras la puerta una voz que dice:

—Ana, abre la puerta. No tengas miedo, soy Miguel.

Enciendo una vela, me echo la sábana por los hombros y abro. Miguel Mele, un amigo, no está solo. Otros resistentes están con él. Traen todas armas automáticas. Les digo que entren rápidamente, se niegan, temiendo ser detenidos dentro de la casa. Vigilan la entrada mientras Miguel pasa a la cocina.

Me pregunta a qué hora he visto pasar los últimos alemanes. Como vivo justo al lado de la carretera y todo el mundo pasa por delante de mi puerta, detento un puesto estratégico de primer orden. Le cuento los sucesos de la tarde y le hablo de las columnas alemanas y de la voladura del puente. Me pregunta si sé dónde pueden encontrar camiones. Le digo que sé de un sitio, pero que me deje primero curarle el pie, que sangra. Lleva sandalias, desde luego no es el calzado más adecuado para andar por la montaña. No tiene tiempo, tienen mucha prisa. Salimos de la casa y voy a la cabeza del cortejo hasta las puertas del garaje donde se encuentran los camiones.

Antes de dejarles y de volver a casa le pregunto a Miguel si puede llevarse la moto del ejército que los resistentes han escondido en mi casa. Representa un peligro para nosotros. Dioni cree que tenerla es una imprudencia.

ÉTAT FRANÇAIS N: 4.010

CARTE D'IDENTITÉ

Prénoms _____

Fils de _____ et de _____

Profession _____

Né le _____

à _____

Département _____

Nationalité _____

Domicile _____

SIGNALEMENT

Taille _____

Cheveux _____

Moustache _____

Yeux _____

Signes particuliers _____

Nez { Dos _____ base _____

Dimensions _____

Forme du visage _____

Telnt _____

Empreinte digitale _____

Le Titulaire, _____

Les Témoins, ...
Carte d'identité perimée
Carte d'identification

Vu par le Juge de Paix : _____

GRENOBLE 20 MAI 1943 194

COMMISSAIRE DE POLICE GRENOBLE

CHANGEMENTS DE RÉSIDENCE

Carnet de identidad emitido por la Resistencia.
Dioni lo rellenó con un nombre falso.

Espero tras las cortinas de mi cocina, en la oscuridad. Veo luz en la casa del otro lado de la carretera. Han debido de ver todo. Los resistentes regresan a pie y se alejan en la noche. No ha funcionado. No han conseguido arrancar los camiones. La luna hace brillar peligrosamente los cañones de las metralletas que llevan a la espalda.

Al día siguiente recibo la visita de la señora Pignatelli y de su hija Chela, que tiene unos doce años. Unas personas le anunciaron, hace ya algunos meses, la detención de su hijo René [\(19\)](#) cerca de la frontera italiana. Transportaba una estación emisora. Su marido es oficial en la obra de Cordéac donde trabaja Dioni. La pobre mujer no sabe a quién contar su pena.

Quiere también advertirme de lo que la gente del pueblo dice de mí. Como ven, de día y de noche, hombres salir de mi casa y saben que Dioni trabaja de noche, dicen que tengo unas costumbres algo ligeras. Me echo a reír:

—Si no es más que eso, no es grave. ¡Mi reputación es la menor de mis preocupaciones!

Es cierto que hace algunos días un hombre, perseguido por la policía, ha pasado la noche en mi casa. Se marchó en el primer tren, el de las cinco de la mañana. Iba a España para pasar luego al norte de África.

La señora Pignatelli me dice también que han encontrado a un resistente muerto desangrado a la orilla de la carretera. Nadie le ha socorrido. Nadie le ha dado refugio por miedo a las represalias. Pienso de golpe en Miguel Mele. ¿Por qué en él? No sé, quizá porque su fuerte acento español hace desconfiar tanto a la gente. Willy, un refugiado alemán que es amigo de Dioni, durante una visita a nuestra casa, un domingo, con su mujer Charlotte, nos dice que los habitantes del pueblo donde vive, Sautet, albergan sospechas contra él y que desconfían. Por temor a atravesar el puente de Sautet que está vigilado por los alemanes, pasa todos los días, para ir al trabajo, por la ladera de la montaña, camino muy difícil en invierno. Todo el

mundo desconfía de todo el mundo. Incluso Dioni y Willy desconfían el uno del otro.

Un día, durante una de sus visitas, Dioni le preguntó a Willy:

—¿Eres judío?

—No, no soy judío.

—Entonces, ¿eres comunista?

—No, socialista, ¿y tú?

—Yo soy republicano.

Me parece que Willy no se lo creyó.

Un día les encontré por casualidad en el tren que va de Corps a Grenoble. Me dijeron que volvían a Saint-Germain-en-Laye, no lejos de París, donde tenían su piso. No les creí. ¿Cómo podían volver a su domicilio y, sobre todo, viajar por una Francia ocupada por los alemanes con salvoconductos sobre los que estaba escrito con todas sus letras *Ex alemanes?* [\(20\)](#)

Willy y Charlotte abandonaban seguramente la obra por motivos graves. Su partida debía de estar ya planificada antes de su última visita a nuestro domicilio en La Salle-en-Beaumont. Willy nos ofreció en esa ocasión transferir a nuestro nombre su suscripción al periódico pétainista *Gringoire* [\(21\)](#) en caso de que tuvieran que marcharse.

Después de la caída del III Reich, de vuelta en Berlín, Willy y Charlotte nos escribieron, describiéndonos los horrores que encontraron allí. Les ofrecimos mandarles paquetes de comida. Lo rechazaron. Después perdimos su rastro.

Muchos años más tarde, leyendo el libro de Hanna Schramm y Barbara Vormeier sobre el campo de concentración francés de Gurs, en los Pirineos, donde fueron internados, primero, refugiados españoles y, después, alemanes antinazis, judíos y otros extranjeros, me topé con el nombre de Willy Müzenberg, periodista berlinés, diputado y antiguo dirigente del partido comunista alemán que había roto con Moscú. Pienso que se trata del mismo Willy, pues muchas cosas concuerdan. No sabíamos de él más que lo que había querido decirnos y no nos había contado gran cosa. Nos imaginábamos que quizá... Especulábamos sobre un pasado aún reciente. Cuando se ha roto con los amos del Kremlin, como él parecía haber hecho, si se trataba del mismo Willy, se debe de vivir en el más puro absurdo. Así es cómo nuestra recíproca desconfianza estaba justificada.

Dioni ha sido siempre muy ingenuo. A pesar de todas sus duras experiencias como comisario político durante la Guerra Civil española, era incapaz de descubrir las malas intenciones de los hombres, y en particular de esos grandes zorros que eran los estalinistas. Una prueba era la ayuda económica que les daba a los francotiradores cuando atravesaban momentos difíciles. Quizá su amistad con Muñoz estaba por encima de cualquier consideración. También es verdad que implicarse directa o indirectamente en los diversos movimientos de Resistencia, bajo la forma que fueran, no representaba para nosotros una simple actividad pasajera, sino la continuación de nuestra lucha contra el nazismo y el fascismo. Puede parecer sorprendente que hubiera anarquistas que combatieran al lado de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) o de los Francotiradores y Partisanos franceses (FTP), pero no tenían mucha elección, el fascismo era el enemigo común.

La Resistencia francesa se aprovechó, pues, de la experiencia que los refugiados españoles habían adquirido durante la Guerra Civil. En todos los maquis, en toda la extensión del territorio francés, el papel que jugaron los resistentes españoles fue de primer orden en cuanto a organización e incluso puesta en práctica de técnicas de guerrilla. El gran sabotaje al Polígono de Grenoble ocupado por los alemanes fue obra de un español y un checoslovaco, ambos pertenecían a la Resistencia. El capitán Raymond, llamado también por los españoles Caraquemada, fue responsable de numerosas acciones de guerrilla en el famoso maquis del bosque de Rochechouart, en Haute-Vienne. Caraquemada fue durante un día comandante de la ciudad de Lyon.

¿Qué queda de todos estos hechos en la memoria de los franceses? En las ciudades de Lyon, Annecy, Pont-de-Claix... algunas placas conmemorativas —recuerdos de los muertos— subrayan la participación de los exiliados españoles en la Resistencia. Todos esos millares de españoles refugiados en Francia, juzgados indeseables en un principio, fueron, en suma, bien útiles después. Supieron agradecer el fantástico recibimiento que recibieron en 1939 en los campos de concentración franceses.

Desde hace algún tiempo, sobre la vía Napoleón hay un continuo desfile de tropas. Ya habíamos visto pasar por ella a los regimientos piamonteses del ejército del mariscal Badoglio, tras la caída de Mussolini. Estaba en el umbral de mi casa cuando le lancé a los soldados de infantería:

—La guerra é finita, ándate a casa.

Lo que me valió las miradas furibundas de los oficiales, seguramente fascistas. Uno de ellos me preguntó:

—¿A qué hora han pasado los alemanes?

Le respondí que no me acordaba. Y no obstante...

**OFFICE CENTRAL
DES
RÉFUGIÉS ESPAGNOLS**

Application du Décret N° 45-766
du 15 Mars 1945

N° 51.894

PARIS, le 12 NOVEMBRE 1947
PRÉFECTURE
DE SAVOIE
-6 DEC 1947

CERTIFICAT DE NATIONALITÉ

L'Office Central des Réfugiés espagnols certifie par le présent,
sur la base des documents produits, que

DELISO, Ana née CAMELLO GARCIA
de profession **son menage** née à **Madrid**
province de **Madrid** Espagne, le **20 octobre 1922**
de **Francisco** et de son épouse **Mamuela**
domiciliée actuellement à **LA RAY, par Sainte Foy en
Tarantaise. (Savoie)** est un réfugié espagnol.

Le présent certificat est destiné à être produit à la Préfecture
pour solliciter la carte d'identité d'étranger ou un certificat
d'identité et de voyage.

Par application
du Décret du 30 juin 1947
(Journal Officiel du 16 juillet 1947)

Vu pour **contestation**
du présent certificat
PARIS, le 12 NOV 1947
Le Gouverneur
Délégué pour la France
de la Commission Préparatoire
de l'O. I. R.

LE DIRECTEUR,
OFFICE CENTRAL
DES RÉFUGIÉS ESPAGNOLS

Blauken

Certificado de nacionalidad emitido por la Oficina Internacional para el Refugiado, dependiente de la ONU.

Veintidós de agosto de 1944. Nueve y treinta de la mañana. Un ruido ensordecedor y continuo llega de la carretera. Me digo:

—¡Más blindados! ¿No ha terminado aún la gresca?

El ruido se hace cada vez más ensordecedor. Voy al dormitorio y miro por la puerta trasera. La carretera, ligeramente en pendiente, está llena de tanques, hasta donde se pierde la vista. Salgo.

¡Son los americanos! Una ambulancia de la Cruz Roja que transporta a unos soldados heridos se para delante de mi puerta. Los heridos parecen estar muy mal. Corro a buscar un cacharro grande de leche y se la reparto. Me sonríen y me dan las gracias. Ahora se para un jeep. Un general americano, por mediación de un intérprete, me pregunta:

—¿A qué hora han pasado los últimos alemanes?

Decididamente, es la pregunta de moda.

Después de la Liberación, haciendo uso de la autoridad adquirida durante la Resistencia, los estalinistas franceses y españoles se apresuran a acabar el trabajo que los nazis no han tenido tiempo de finalizar. Entregándose a una nueva cacería, se dedican, tras la huida del ejército alemán y de la policía de Vichy, a batir las prisiones donde la Gestapo hizo encarcelar a anarquistas, troskistas, socialistas... asesinando en el acto a la mayoría de ellos.

Después harán creer que estos crímenes fueron cometidos por las policías francesa y alemana. Familias enteras de refugiados españoles fueron liquidados en el sur de Francia. E incluso llegaron a quemar sus casas.

El expediente de la Resistencia no es únicamente de color rosa.

Alguien (siempre ese alguien que nunca hemos podido identificar) nos previene de la encerrona que espera a Dioni en el camino que toma por la noche para ir al trabajo. Se prevé igualmente hacerme

correr la misma suerte, una vez Dioni eliminado, para que no pueda hablar.

Sabemos quién está tras ese plan. Es el estalinista español Antonio Serrano, que viene frecuentemente a la obra. Y para más inri, Serrano es el cuñado de Miguel Mele, que es anarcosindicalista y cuyo suegro es socialista. Serrano tiene a su alrededor con qué hacer una verdadera matanza familiar.

REPUBLIQUE FRANÇAISE
MINISTÈRE
DE LA JUSTICE
DIRECTION
DES AFFAIRES CIVILES
ET DU SCAU
13, place Vendôme
75042 PARIS Cedex 01
Tél 261.80.22

PARIS le 23 juillet 1984
LE GARDE DES SCAUX, MINISTRE DE LA JUSTICE
à
Monsieur le Ministre des Relations Extérieures
Direction des Français à l'Etranger
et des Etrangers en France
Service des Accords de Réciprocité
21 bis, rue la Pérouse
75775 PARIS CEDEX 16

Reference à rappeler:
03/Nationalité
1521 Y 84 IL/MM

à l'attention de Madame BRELIER

OBJET : Nationalité de Mme Vida DELSO DE MIGUEL.
R E F : V/lettre Delo DE MIGUEL/84 du 06.07.1984 n° 010201.

Par lettre susvisée, vous avez bien voulu me consulter sur la situation de Mme Vida DELSO DE MIGUEL, née le 26 septembre 1941 en France de deux parents de nationalité espagnole, réfugiés politiques.

J'ai l'honneur de vous faire connaître qu'au vu des documents que vous m'avez communiqués, l'intéressée m'apparaît de nationalité espagnole, comme née en France de parents alors espagnols (ainsi que l'atteste leur carte d'identité de réfugiés espagnols du 4 août 1950, vis-à-vis desquels sa filiation est établie).

En effet, la légitimité de l'intéressée résulte de son acte de naissance qu'il ne nous appartient pas de contester.

L'article 21 ancien du code de la nationalité française, dans sa rédaction issue de l'ordonnance du 19 octobre 1945 alors applicable, n'a en conséquence, en l'espèce, aucune place.

En tout état de cause, dans l'hypothèse où les parents de l'intéressée auraient été apatrides lors de sa naissance, l'intéressée ne se serait pas vu attribuer pour autant la nationalité française, l'article 21 ancien du code de la nationalité française (ordonnance du 19 octobre 1945) ne prévoyant pas ce cas (créé seulement par l'article 21.1 nouveau du code de la nationalité française, tel qu'issu de la réforme du 9 septembre 1973).

ACCORDS DE RÉCIPROCITÉ
27 JUL 1984
ARRIVÉE

Carta del ministerio de Justicia de Francia, denegando la nacionalidad francesa de la hija de Ana y Dioni. Hija de apátridas.

¿Por qué no pusieron en ejecución sus designios? Nunca lo hemos sabido. ¡Escapamos por los pelos! ¡Los hijos de puta!

Un día tuve la ocasión de estar cara a cara con algunos de los que habían proyectado este complot contra nosotros, y les dije:

—Parece que habéis querido convertirme en viuda. ¡Pues sabed que somos una familia numerosa!

Un hombre del pueblo, que se enriqueció en el mercado negro durante la guerra explotando a la pobre gente e importándole un bledo su miseria, ha ido a ver al secretario del ayuntamiento, al señor Panechat, para decirle que yo había tenido, el mismo día del desembarco, palabras desagradables para con las tropas de liberación. Lo más extraño es que el secretario se lo ha tomado en serio y le ha creído. El secretario me convoca y le digo:

—¿No ve que tiene miedo por su pellejo? ¿A que se le pidan cuentas?

—Sí, pero... me han dicho también que recibía usted el periódico *Gringoire*.

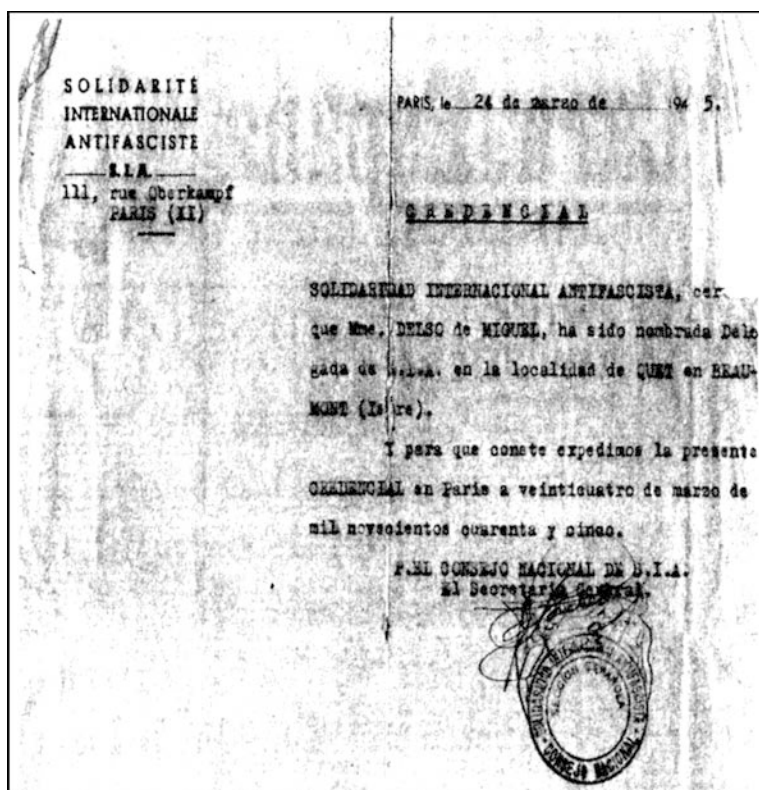
Me echo a reír.

—¿No os han dicho también que me acostaba con los Francotiradores y con los FFI que venían a mi casa por la noche? No os lo han dicho, ¿no? Lo que pasa es que a la gente no le gusta, señor Panechat, que una mujer haga lo que las mujeres no tienen costumbre de hacer, que haga otra cosa que ir a misa, ocuparse de la cocina y tener niños. Eso es, señor Panechat, lo que pasa.

Me mira, estupefacto, y no responde nada.

Unas semanas más tarde dejamos La Salle-en-Beaumont para ir a vivir a la obra misma de Quet-en-Beaumont, cerca del salto de Cordéac.

Tras la Liberación, se concedió a los refugiados españoles un documento de identidad de residente privilegiado, válido por diez años y acompañado de un permiso de trabajo. Por lo tanto, no teníamos que presentarnos regularmente ante las autoridades como debían hacer el resto de los extranjeros. ¡Esa fue nuestra recompensa!



Credencial de Ana como Secretaria-delegada de la sección española de Solidaridad Internacional Antifascista

En Quet-en-Beaumont, con algunos amigos españoles, comenzamos a organizar una sección de Solidaridad Internacional

Antifascista, de la que me nombraron secretaria. Una vez más, era la única mujer de esta organización.

Poco después fue creada, en el emplazamiento de la obra, la Junta Española de Liberación, compuesta por representantes de las dos grandes organizaciones sindicales españolas, el POUM, Partido Obrero de Unificación Marxista, por el Bloc republicano, el Partido Socialista, y el Movimiento Libertario. Publicamos un periódico, *Cara a España*, que fue el portavoz de la Alianza Democrática Española en el Isère.

Nuestra lucha sin cuartel contra el franquismo continuaba. La promesa de liberar a España, que habían hecho los Aliados, cayó en el olvido. Todos los que como yo lucharon con los Aliados, con la esperanza de que cumplieran sus promesas, fuimos víctimas de una de las más grandes engaños del siglo.

¿Será siempre mejor la razón del más fuerte?

EPÍLOGO

Treinta y siete años después

Después de treinta y siete años abrí una ventana a mi exilio y fui a ver el rincón de tierra que me vio nacer. Era el mes de octubre de 1976; Franco estaba muerto y enterrado en el Valle de los Caídos bajo un monumento hecho con toneladas de cemento, una verdadera montaña. Quizá se querían asegurar de que no volvería nunca más a aparecer. La represión hacía todavía muchos estragos.



Ana Delso a los 54 años

Todas las noches, al acostarme, temía que viniera la policía a despertarme debido a mi pasado de resistente antifascista en el extranjero. Una noche tuve una horrible pesadilla en la que mezclaba mi internamiento en el campo de concentración, mi persecución en Francia, la batalla de Madrid y el asesinato de Julia.

Julia había nacido en un barrio obrero de Barcelona. Tras la derrota de la República a manos de las fuerzas fascistas de Franco, Hitler y Mussolini, ella y un puñado de compañeros comenzaron a organizar de inmediato un grupo de solidaridad y resistencia. Fue detenida y encarcelada en la cárcel Modelo de Barcelona. La mataron a golpes en el transcurso de un interrogatorio porque se negaba a hablar. La mataron en nombre de la civilización cristiana y de la patria.

Pensando en ella escribí este poema.

MIENTRAS LOS TRAUMATISMOS SE PERPETÚAN

Me acuesto y estoy al acecho
No consigo dormirme.
Oigo el reloj de la plaza
Desgranar las horas.
El silencio pesa, el miedo me asalta.
Me parece oír pasos en la escalera
Y los timbres de las puertas.

Me adormilo, oigo disparos de fusil,
Hacen agujeros en la noche,

El cañón retumba, el humo acre me ahoga,
Alguien me llama:
¡Ana, por aquí, Ana, sálvame!
Recoge los jazmines de hoy,
Hay que hacer sitio para los de mañana
Recógelos al son de las campanas del mediodía,
Estarán más perfumados.

¡Ana, por aquí, Ana!
Esconde el dentífrico de la vista de los niños.
¡Tienen tanta hambre!
¡Tíralo por encima de la alambrada,
Escóndelo en un agujero en la arena!
¿Para qué esconderlo?
¡Si no tienen qué comer,
Se comerán la arena!

Me despierto
Me parece oír pasos en la escalera,
Y los timbres de las puertas.
Falsa alarma, el ruido se aleja.
Me levanto y bebo una jarra entera de agua,
Pero el ruido resuena todavía en mi cabeza
¡Los pasos en la escalera!
¡Las culatas de los fusiles!
¡Y los timbres de las puertas!
¡Ana, sálvame, Ana!
¡Los asesinos están en libertad!
¡Julia! ¡Julia!

Noche de octubre en Madrid, 1976

LORQUE LES TRAUMATISMES SE PERPÉTUEMENT

Je me couche et je guette./Je n'arrive pas à m'endormir./J'entends l'horloge de la place/Egrener toutes les heures./Le silence est lourd, la peur m'assaille./H me semble entendre des pas dans l'escalier/Et les sonneries des portes./

Je m'assoupis, j'entends des coups de fusil,/Ils font des trous dans la nuit,/Le canon tonne, la fumée acre m'étouffe,/Quelqu'un m'appelle:/Ana, par ici, Ana, sauve-moi!/Cueille les jasmins du jour,/Il faut faire de la place pour ceux de demain/Cueille-les au son des cloches de midi,/Ils seront plus parfumés./

Ana, par ici, Ana!/Cache le dentifrice de la vue des enfants,/Ils ont tellement faim/Jette-le par-dessus les barbelés,/Cache-le dans un trou de sable!/

Pourquoi le cacher?/S'ils n'ont rien à manger,/Ils mangeront le sable!/ Je me réveille./Il me semble entendre des pas dans l'escalier/Et les sonneries des portes./Fausse alerte, le bruit s'éloigne./Je me lève et bois une jarre pleine d'eau,/Mais le bruit retentit toujours dans ma tête/Les pas dans l'escalier!/Les crosses des fusils!/Et les sonneries des portes!/Ana, sauve-moi, Ana!/

Les assassins sont en liberté!/Julia! Julia!

Nuit d'octobre à Madrid, 1976.

Mujeres Libres, Vilanova i La Geltrú

Estábamos las cuatro tan cerca unas de otras cuando estábamos juntas... Podría recorrer el mundo entero para encontraros.

Hoy he pasado muy cerca de los lugares que amamos. Eramos tan jóvenes y estábamos tan convencidas. Teníamos toneladas de sueños para hacer un mundo mejor que hubiera sido realmente nuestro.

He pensado en vosotras, queridas compañeras, cuando he pasado muy cerca del lugar donde duerme Pilar, al pie de la colina, bajo la sombra de un ciprés, de cara al mar. El mar estaba cubierto de sus mejores galas y el sol ardiente lanzaba sus confeti. Guirnaldas de oro vagaban por la arena y la espuma de las olas ha dibujado su lecho.

He vuelto a ver la casa donde vivimos juntas y donde errábamos entre el sonido de las mareas. Abajo, sobre las rocas donde se rompen las olas, el chapoteo del agua ha ahogado mis sollozos. Nuestros cuatro nombres, los he gritado al mar: ¡Pilar, Consuelo, Carmen, Ana! En el alboroto del agua, el viento me ha respondido. He buscado la huella de nuestros pasos sobre la arena, pero el tiempo ha cumplido su obra.

Me gustaría deciros que he pasado muy cerca, incluso he aplicado el oído, y en mi extravío, he creído oír aún nuestras risas.

Algo, de golpe, ha aflorado a mi memoria, me ha hecho pensar en ese día en el que la mar estaba en desbandada. Desde nuestra casa

en el acantilado, tras los cristales, he mirado el horizonte. Una emisora extranjera emitía música de Rachmaninov. Tenía diecisiete años y estábamos en guerra, pero me sentía bien, completamente sola allí, en ese instante, cara al universo, hasta que la Luftwaffe hizo un ruido infernal.

Ocre es el suelo
Ocre es el cielo
Ocres son los muros de la Ciudadela
Ocre es el rostro arrugado del labrador
Como las tejas onduladas
De las casuchas diseminadas por la llanura.
Ocre es el viento afilado
Como una espada toledana
Ocre es la mirada petrificada
Que se refleja en el fondo del pozo.
Ya no sé de dónde soy
Pertenezco a un horizonte sin fin
Donde la nube se carga para regar la tierra.
Tierra de ninguna parte
Esta tierra donde me busco.
Tierra manchada de sangre
Por siempre maculada.
Tierra roja, tierra ocre
Reseca por los vientos del norte.
No será para mí Nunca más verde Y yo
Nunca más seré de aquí

Ni de otra parte.
¿Existir por existir?

En Castilla, 1976

Ocre est le sol/Ocre est le ciel/Ocre sont les murs de la
Citadelle/Ocre est le visage ridé du laboureur/Ressemblant aux tuiles
ondulées/Des masures disséminées dans la plaine./Ocre est le vent
aiguisé/Comme une lame de Tolède/Ocre est le regard pétrifié/Qui
se mire au fond du puts./Je ne suis plus d'où j'étais/J'appartiens á un
horizon sans fin/Où le nuage se charge pour arroser la terre./Terre
de nulle part/Cette terre ou je me cherche./Terre tachée de sang/Á
tout jamais maculée./Terre rouge, terre ocre/Asséchée par les vents
du nord./Elle ne sera pour moi/Plus jamais verte/Et moi/Je ne serai
plus jamais d'ici/Ni d'ailleurs./Exister pour exister?

Notas

- [1.](#) Correspondencia personal con la autora, 6 agosto 1984.
- [2.](#) Las obras sobre la Guerra Civil y sobre las pasiones que ésta ha suscitado son demasiado numerosas para hacer aquí una lista. Dos, sin embargo, nos iluminan muy particularmente sobre las repercusiones políticas y sociales de la guerra sobre los miembros de la sociedad española, se trata de la obra clásica Homenaje a Cataluña, de GEORGE ORWELL (Barcelona: Ariel, 1970, 2ª ed. 1983) y de *Blood of Spain: An Oral History of the Spanish Civil War*, de RONALD FRASER (New York: Pantheon, 1979). La obra de GERALD BRENAN titulada *El laberinto español* (Barcelona: Ruedo Ibérico, 1977) nos ofrece sin duda el aspecto histórico del conflicto de más fácil acceso.
- [3.](#) Una buena parte del resumen que sigue ha sido extraído de mi obra *Revolution and Community: Mobilization, De politicization and Perceptions of change in Civil War Spain*, y de *Women Living Change*, bajo la dirección de SUSAN C. BOURQUE y DONNA ROBINSON DIVINE, (Philadelphia: Temple University Press, 1985) pp. 85-115, y muy particularmente pp. 87-90. Ver también *El laberinto español*, de BRENAN.
- [4.](#) TEMMA KAPLAN nos describe de forma detallada y con simpatía la amplitud y la importancia del movimiento anarquista en Jerez, en su estudio titulado *Anarquismo en Andalucía* (Barcelona: Grijalbo, 1977). Para un resumen general de la historia de las luchas

comunalistas y colectivistas en Andalucía, ver también JUAN DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas — Córdoba, Antecedentes para una reforma agraria* (Madrid: Revista de Derecho Privado, 1929; reeditado por Alianza Editorial, Madrid, 1969).

5. Las obras siguientes están dedicadas especialmente a las mujeres empleadas en la industria textil en este período y a la condición de la mujer en general: ALBERT BALCELLS, *La mujer obrera en la industria catalana durante el primer cuarto del siglo XX*, pp. 7-121, y otros ensayos en *Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1900-1936)* (Barcelona: Laia, 1974). Ver también ROSA MARÍA CAPEL MARTINEZ, *El trabajo y la educación de la mujer en España, 1900-1930* (Madrid, 1982).

6. Nombre que debía diferenciarlas de las escuelas «irracionales» dirigidas por la Iglesia.

7. Para más información sobre la revolución social, consultar, por ejemplo, ORWELL, *Homenaje a Cataluña*; FRASER, *Blood of Spain*; GASTON LEVAL, *Espagne Libertaire, 1936-1939: L'oeuvre constructive de la Révolution espagnole* (Editions de Cercle, Éditions de la Tête de Feuilles, 1971); WALTER TAUBER, «Les Tramways de Barcelona collectivisés pendant la Révolution espagnole (1936-1939)» Bulletin d'information (FIEHS, I, n^o 2 (1977), pp. 8-54); y FRANK MINTZ, *La autogestión en la España revolucionaria* (Madrid: La Piqueta, 1977).

8. Entre las obras que tratan en especial de la relación entre el movimiento anarcosindicalista y el «problema de las mujeres», ver MARY NASH, *Mujer y movimiento en España, 1931-1939* (Barcelona: Fontamara, 1981), sobre todo los capítulos I y II; y *Mujeres Libres: España 1936-1939*, selección y prólogo de Mary Nash, Serie Los

Libertarios 1 (Barcelona: Tusquets, 1976), sobre todo «Estudio Preliminar» pp. 7-39; y mi ensayo «Sepárate and Equal? Mujeres Libres and Annarchist Strategy for Women's Emanciparon», *Feminist Studies*, vol. II, nº 1 (Hiver, 1985), pp. 63-83.

[9.](#) Sobre Mujeres Libres, ver NASH, *Mujeres Libres*; TEMMA KAPLAN, «Other Scenarios: Women and Spanish Annarchism», en *Becoming Visible: Women in European History*, bajo la dirección de CLAUDIA KOONZ y RENATA BRIDENTHAL (New York: Houghton Mifflin, 1977), pp. 400-421; y ACKELSBERG, «Mujeres Libres: Organizing Women in the Spanish Civil War», *Radical America*, vol. 18, nº 1 (1984), pp. 7-23.

[10.](#) Trato este fenómeno de forma más elaborada en *Revolution and Community*.

[11.](#) Sobre el papel contrarrevolucionario de la Unión Soviética y del Partido Comunista Español, ver, en particular, BURNETT BOLLOTEN, *La Revolución Española* (Madrid: Alianza Editorial, 1990) y PIERRE BROUÉ y ÉMILE TÉMINE, *La revolución y la guerra de España* (México: Fondo de Cultura Económica, 1962).

[12.](#) Para un relato en el que se trata de forma más general las difíciles condiciones de los refugiados españoles en Francia después de la guerra, ver LOUIS S. STEIN, *Beyond Death and Exile: The Spanish Republicans in France, 1939-1955*, (Cambridge: Harvard University Press, 1979)

[13.](#) La recuperación de los que han muerto y que ya no están aquí para decir quiénes eran ha sido siempre una práctica corriente entre los comunistas. Y Bethune no escapa a esta regla. Así, en su biografía, escrita por Ted Alian y Sydney Gordon y publicada en Montreal por L'Étincelle en 1973, se ven fotos de Norman Bethune

llevando cuatro insignias diferentes, la de coronel del ejército republicano español, la de Canadá, la de la Cruz Roja y la estrella de cinco puntas. A pesar de estos documentos, los autores declaran que Bethune era comunista. ¿Cómo explicar entonces su presencia en este hospital de las milicias de la CNT? ¿Quién era verdaderamente?

14. En 1976, si no me equivoco, en España se condenó a prisión a una mujer por adulterio. Las conquistas de la Revolución de 1936-1939 fueron rápidamente relegadas con el advenimiento del franquismo y esto con el apoyo de la todopoderosa Iglesia Católica.

15. Divisa del anarquismo.

16. Pocos saben que es este Martí Ibáñez quien fundó algunos años más tarde la prestigiosa revista científica y literaria americana M.D., de la que algunos médicos aún se acuerdan. El doctor Martí Ibáñez fue uno de los primeros en preocuparse por la educación sexual y la planificación familiar, escribiendo y difundiendo folletos informativos sobre estas cuestiones.

17. Se dice que fue en esta gruta donde escribió su libro Graziella. Este fue el primer libro que leí en francés. Me lo regaló Paul Rudelle, el hijo de los propietarios del Hotel du Commerce donde estuve trabajando para evitar ser encontrada y enviada de vuelta a España. En aquella época mi conocimiento del francés era más que rudimentario, pero me las arreglé para leerlo, tal era mi pasión por la lectura.

18. La organización TODT, denominada así según el nombre de su promotor, en 1938, y designada por las iniciales OT, está bajo la autoridad del alto mando de la Wehrmacht al principio de las hostilidades. Utiliza prisioneros y trabajadores militarizados, bajo la tutela del Ministerio de Armamento y Municiones después de un

conflicto con el ejército. Tras la muerte de Todt, pasa a ser responsabilidad del Ministro de la Producción, Albert Speer. La TODT empleaba a dos millones de trabajadores.

[19.](#) Francotirador. Había combatido en la Guerra Civil española. Fue internado en Dachau.

[20.](#) A los alemanes que abandonaron Alemania en 1933 para huir del nazismo les fue retirada la nacionalidad por orden ministerial del III Reich.

[21.](#) Fue en este periódico donde me enteré de que existía una División Carlomagno de voluntarios franceses de extrema derecha que combatió al lado de los alemanes en el frente ruso.